



La otra playa
Gustavo Nielsen

Clarín
ALPAGARA

Premio Clarín de Novela 2010

2010

La otra playa

GUSTAVO NIELSEN

ClarínX
ALFACURA

Nielsen, Gustavo
La otra playa - 1a ed. - Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Algegrana :
Arce Gráfico Editorial Argentino, 2010.
184 p. : 21x13 cm.
ISBN 978-987-04-1676-0
1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotográfico, electrónico, magnético, electrónico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

© Gustavo Nielsen, 2010
De esta edición:
AGEA / Aguilar U.T.E., 2010
Tacuarí 1842, Buenos Aires

Diseño de tapa: Claudio Carrizo
Imagen de tapa: *María en el mar*, tinta negra sobre cartón,
65x95 cm, © Gustavo Nielsen, 2010, colección del autor

ISBN: 978-987-04-1676-0
Impreso en la Argentina,
Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Primera edición: diciembre de 2010

Así es la foto: no sabe decir lo que da a ver.
ROLAND BARTHES

—¿Quién es?

En la diapositiva aparecía una mujer de unos cuarenta y cinco años; teñida de rubio, con ojos de salir de viaje por primera vez. Miraba hacia la cámara. Una de sus manos se aferraba a una plancha; la otra estiraba las piernas de un pantalón. El cuarto estaba pintado de verde.

El pantalón era del hombre obeso. Salta muy alto en las fotos (tal vez fuera realmente alto), y le gustaban los cinturones de grandes hebillas doradas como el de la diapositiva anterior. Los espectadores ya sabían que el hombre tenía un Renault Dauphine, una frente que se alargaba en la calvicie y una billetera llena de dólares, de la que la mujer teñida de rubio había obtenido varios primeros planos.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Antonio.

—Cacho y la tía Alicia.

—¿De verdad?

—Les pusimos así.

La diapositiva siguiente los mostraba juntos y con las cabezas recorridas. El escenario era una playa. Habrían colocado la cámara en automático sobre el

techo del Renault. Hacían un esfuerzo por entrar en el cuadro, sonriendo como niños. Se habían quitado las remeras: el hombre tenía un vello tupido en el pecho, que le llegaba hasta los hombros; la mujer, unos senos pequeños sostenidos por un corpiño rojo. Una margarita de plástico unía los dos triángulos de tela.

—No hay modo de saber cómo se llaman —agregó Zopi.

Parecían felices adentro de su viaje, al menos más felices que las cuatro personas que miraban pasar las diapositivas y comían galletitas con queso crema: Antonio, Marta, Sara y Zopi.

—No se pierdan ésta —dijo Sara, la esposa de Zopi, una morocha esmirriada con cara de dormida. Señaló hacia la pantalla—: Es nuestra foto favorita.

El Renault Dauphine estaba detenido en medio de un camino en un bosque. Los troncos casi lo rozaban. El camino estaba cubierto de pinocha. La pareja se había bajado del auto; el hombre posaba parado detrás de la puerta abierta del conductor. Apoyaba un codo sobre el techo y otro en el canto de la puerta. Unía sus manos a la altura del pecho, tapando una medalla que recién se veía en la diapositiva siguiente. La medalla colgaba de su cuello por una gruesa cadena dorada.

—Tiene ojotas Adidas —dijo Zopi.

El hombre estaba muy erguido, como exagerando su gran altura. Cruzaba la pierna izquierda sobre la derecha y doblaba una ojota contra la pinocha. Las piernas también eran peludas. Estaba relajado.

Más relajado que los cuatro que lo miraban incansablemente, mientras comían las galletitas. Cuando Sara quiso pasar la diapositiva, Zopi le pidió que la dejara más tiempo.

—Ya no se consiguen esas ojotas —agregó.

—¿Será Cariló? —preguntó Marta, la mujer de Antonio.

—No.

Sara hizo una mueca escueta con su labio inferior, como reafirmando lo poco que sabían. Sonó el timbre. Se levantó a atender.

—Es la pizza —dijo, volviendo del portero eléctrico. Traía un billere doblado en la mano y una moneda para la propina—. Yo bajo.

Cuando entró otra vez al comedor, su marido había pasado la diapositiva. Ahora había un morro verde en un cielo gris; Sara sabía que ésa era la primera de una larga serie de paisajes. Zopi pasó varias rápidamente.

—Es Brasil, ¿ver? —se detuvo en un cartel escrito en portugués—. Curitiba, o algo así.

En casi todas las fotos aparecía alguno de los dos. Ella sonreía más, porque tenía entera la dentadura. Él la encuadraba siempre en el medio, a veces no hacía foco o movía la cámara. Invariablemente, le corraba la coronilla rubia.

Sara llevó a la mesa servilletas de papel y botellas. Abrió las cajas con las pizzas. Sirvió las porciones sin mirar la pantalla.

—Ésta que viene es mi favorita *especial* —dijo Zopi, para diferenciarla de la favorita de ambos.

Espiaba las imágenes en el carrusel del proyector, levantándolas del carrete antes de que fueran proyectadas—. Imperdible —agregó.

El hombre estaba sentado. La parza le salía como una pelota maciza, desde el elástico del slip. Tenía cara de recién levantado, aunque ya se había colgado el medallón. Sobre una mesita ratona había una taza y una medialuna mordida. El sol que se reflejaba en el medallón impedía ver el repujado. Zopi dijo:

—“Campeón de nacimiento, Colegio San José de Morón, quinto grado B, turno tarde.” “No me la saco nunca más”, le prometió a su entrenador. Cacho está en el mundo para cumplir su promesa.

—Si es que está —agregó Antonio, con una sonrisa.

Para Zopi y su mujer, los dueños de casa, ésa era la primera vez que Antonio sonreía en lo que iba de la noche. Para Marta, la primera vez en lo que iba del mes.

Zopi hizo los cuernos con las manos. Sara dijo que la pizza era riquísima y se les iba a enfriar. Había fugaza y de jamón y morrones. Se sirvió Bidú Cola y le convidó a Marta.

—¿En esta casa tampoco toman Coca? —preguntó Antonio.

Sara miró a su marido y repitió la mueca del labio. Zopi sonrió, acarició el cuello de su esposa y contestó negativamente, como si no supiera de qué le estaban hablando, o no le importara. Puso el proyector en automático. Eran cientos de fotos.

—Dos valijas llenas —explicó.

Sara había comprado la primera por cinco pesos en una feria de Pompeya. Había ido a buscar una lámpara de tres conos como la que aparecía en la película *Departamento de soltero*. Una amiga la había conseguido ahí. La lámpara no estaba. Cuando volvió a casa con las diapositivas, Zopi le echó en cara que había comprado algo inútil y tonto. ¿A quién podían interesarle las fotos de viaje de dos desconocidos? Bastante insoportable era mirar las de uno.

Desde entonces las habían pasado más de diez veces. Había algo perverso en compartir ese viaje con aquella pareja. A la pasión de Cacho por tener el auto radiante correspondía la obsesión de Alicia por la ropa extremadamente planchada. Les hacía la raya hasta a los jeans. Habían descubierto que Alicia siempre se metía al agua, estuviera soleado o no. Él jamás lo hacía. Sabían que Alicia se levantaba más temprano que Cacho: había varias fotos de él desperzándose o quitándose las lagañas de los ojos. Ella prefería los colores claros y las telas salpicadas de lunares o flores. Él, las rayas verticales y el negro.

—Porque tiene complejo de gordo —dijo Sara.

Antonio, que era fotógrafo, hizo el comentario de que ella era mejor que él a la hora de apretar el disparador: medía la distancia, se fijaba en la luz, abría correctamente el diafragma, componía el cuadro y probablemente hacía una marca en la arena para que él se parara en ese lugar.

—Cacho aprendió para la segunda valija —dijo Sara.

A ésa la habían comprado un mes después. La amiga le había avisado que en el Ejército de Salvación había visto una lámpara de pie muy parecida a la de la pelécula. La lámpara tenía cinco pantallas cónicas. "Apurate", le dijo. Ella se cambió y fue. Un cono era amarillo, otro verde, otro rojo, otro azul y el último anaranjado. El vendedor, un tartamudo hurraño vestido de overol, desarmó la lámpara para que entrara en un taxi. Los conos verde y anaranjado eran positos. Sara se arrepintió: los agregados no le gustaban. El vendedor protestó. Dejó el pie de la lámpara sobre una valija igual a la que Sara había comprado la vez anterior.

—¿Qué tiene? —le preguntó.

—Diapositivas —dijo él, disponiéndose a leer el diario.

Sara sospechó que esa valija iba a costarle más. Discutió el precio. Insistió en que era igual de tamaño a una valija anterior que había comprado en otra feria, y que le había salido cinco pesos. El hombre no tenía ganas de venderle nada.

—Le estoy quitando un clavo. ¿Quién puede querer estas diapositivas?

—Los dueños —contestó el vendedor, subiendo los hombros—. Los parientes de los dueños.

"Yo no soy ninguna de las dos cosas", estuvo por agregar Sara, pero sintió que no valía la pena. ¿Cómo explicarle lo que habían disfrutado inventándoles la vida a esos desconocidos?

Cuando le avisó a Zopi por teléfono, él dejó de trabajar. Estaba ansioso por saber cómo seguía ese

viaje. Manejó tan rápido hasta su casa que casi chocó. Sara ya había servido la mesa. El proyector estaba entre la ensaladera y la botella de vino.

—Cacho aprende a sacar, sí, pero las nuevas fotos no son interesantes —dijo Sara.

—Hay mucho vegetal; son como más... artísticas. Además, repíen los vestidos. Y él ya tiene ganas de volverse —agregó Zopi.

—A lo mejor extraña a sus hijos —dijo Marta.

—¿Cómo sabés que tiene hijos? —dijo Sara.

—¿Tienen? —preguntó Antonio.

—Más adelante aparece una mano sosteniendo un abanico de fotos de chicos —Zopi empezó a explicar—. Dos varones y una nena. La mano es la de

Cacho; las fotos están ajaditas, como sacadas de la billettera. No se puede saber quién es el más grande de los tres, porque en las fotos todos tienen entre cuatro y cinco años. ¿Cómo te diste cuenta, Marta?

Ella no pudo contestar porque estaba masticando su porción de fainá. Antonio dijo:

—La mayoría de las parejas, a una cierta edad, ya tienen chicos.

Ellos tenían una hija: Victoria, de veinte años.

Zopi y Sara tenían una nena de tres años y un chico de seis.

—Volvé a la anterior —pidió Antonio.

Zopi apretó el control remoto del proyector.

—Esa foto está muy bien sacada. Mirá qué nitidez. Y el perfito...

—Le da un toque, ¿no? Un *algo*... Ésta del perro es una serie bastante divertida —dijo Sara.

—Hay una mejor, ¿no? —le preguntó Zopi, mirándola.

—Más adelante.

—Miren la luz sobre la cara... bien —siguió acor-
tando Antonio—. Perfectamente graduada. Ade-
más, hasta logró sacar lindo al gordo, ¿no?

—El gordo es lindo —dijo Sara, haciéndose la
ofendida.

—Medio grasa, nomás, con esa cuerda en el pe-
cho... —Zopi se mostró celoso.

—Vos sos más lindo —dijo ella, por lo que recibió
un beso sobre los labios—, pero él tiene lo suyo.

—Buena espalda —agregó Marta—, buen lomo.

—Carne de exportación —dijo Zopi—. La tía
Alicia también está muy cogible.

—Yo no dije cogible, eso lo agregaste vos —se
defendió Marta.

—Dijiste que tenía buen lomo —le recordó
Zopi.

—Es tan masculino, con todo ese pelo en el pe-
cho, a lo Sandro... —se entrometió Sara, para de-
fender a su amiga—. Si no tuviera a Zopi, yo me lo
transaría.

—Todos hicieron silencio.

—El gordo debe ser un tigre. Por las sonrisas de
la tía, digo.

La mujer mostraba su dentadura. Detrás había
una estatua de un niño arrodillado. El perro lamía
la cara de la mujer. El hombre no había sabido si
sacarle al perro o a la estatua, por lo que las dos si-
tuaciones habían salido cortadas.

—Habrá que ver si viven, ¿no? —insistió
Antonio.

Marta se sirvió gaseosa.

—Dejalos que vivan *ahí*... Mirá lo felices que
están.

—Bien cogidos y descansaditos —agregó Sara.

—Y bien comidos! —dijo Zopi, después de pasar
la diapositiva—. Mirá a Cacho preparando el asado.
Morcillas, vacío, esto... bueno, no se ve bien.

—Debe ser una molleja —dijo Marta.

—O el cerebro del perro. Ves, acá está la pija del
perro... —siguió explicando Zopi.

—Es una salchicha —retucó Sara.

—Ah, cierto! Mirá vos... Pensé que era, nomás,
una pija...

Ella lo golpeó cariñosamente.

—Por el color rosado que tomó la película, pa-
recen los revelados previos al 78 —dijo Antonio—.
Para el Mundial, Kodak importó al país un nuevo
químico que evitaba este envejecimiento prematuro
de los colores. ¿Ven que los amarillos y los verdes
están casi igualados?

—Sí.

—Es por eso. ¿Se acuerdan de las películas de
principio de la dictadura? Tenían el mismo proble-
ma técnico.

Zopi volvió a poner el proyector en automático,
y le aumentó la velocidad. Había comenzado la se-
gunda tanda de fotos, las que Sara llamaba *artísticas*.
Las fotos mostraban cardos, piedras, flores, árbo-
les, nubes, pasto, espuma. Era como si se hubieran

cansado de sacarse entre ellos y empezaran a buscar alrededor algo que valiera la pena encuadrar. Las imágenes pasaron rápidamente, hasta llegar a la pantalla en blanco. Sara cambió el carrusel por otro, y guardó el que ya habían visto.

—En alguna parte salía el año, ¿no, amor?

—Sí —contestó Zopi—. En un cartel nuevoito, de un plan de viviendas.

—¿1977?

—76.

Antonio afirmó con la cabeza y completó:

—Capaz que a la vuelta los limpiaron los milicos.

Zopi dejó sobre su plato el borde mordido de la última porción de pizza.

—Dejame disfrutar... —dijo. Después lo imitó: "Capaz que los limpiaron los milicos." ¿Qué querés, que lloremos?

Antonio puso cara de resignación. Dijo:

—¿Vos pensás que tipos como éstos, que sacaron cien fotos de unas vacaciones berretas, donarían su recuerdo al Ejército de Salvación? Solamente muertos.

—¿Cien, decís? Trescientas sesenta y siete... —afirmó Sara.

—Más a mi favor. Mirá las caras que tienen, el coche, cómo se visten, esa medalla al valor por haber entrado a la clase media...

—A lo mejor se fueron del país —acotó Marta—.

Y no iban a estar cargando valijas con diapositivas. Se las dejaron de regalo a un pariente que las vendió por moneditas.

Zopi y Sara asintieron. Preferían creer en la hipótesis del viaje, o pensar que Cacho y la tía Alicia se habían tenido que mudar a un departamento más chico, donde no cabían los cachivaches. O que se habían separado.

—Poniendo mucha mala onda llegamos a creer que en la segunda parte del viaje les habían robado el Renó Doffn —dijo Sara—. ¿Ven que no sale más, y que él está deprimido? Miren sus ojos... ¿No hay una foto mejor?

Zopi buscó, pasando rápido, y volvió a la foto anterior.

—Ésa fue la máxima desgracia que llegamos a suponer para ellos. Y ni siquiera sirve, porque en la anteuúltima diapo aparece de nuevo la trompa del Renó —completó Sara.

Se rascó la cabeza, pensativa.

—Nos gustan mucho así, felices... ¿no, amor?

Zopi vació su vaso de gaseosa y se volvió a servir.

—Los queremos así —dijo.

Para Antonio, sin embargo, la perspectiva de que Cacho y Alicia ya no existieran les agregaba a las fotos un extraño valor. Iluminados bajo la luz del proyector, aquellos muertos habían regresado a la vida. Habían *aparecido*. Antonio prefería pensar-se como un resucitador que como el *voyeur* de un pasado que el propio dueño había desechado por desinterés.

Zopi se detuvo en una foto en la que Cacho leía el diario.

—¿Alcanzan a ver la fecha?

—Hacé más foco.

—¡Así!

—No se ve.

—Más no se puede. La toma está mal.

—¡A ver?—dijo Antonio, reaccionando.

Se inclinó sobre el proyector. Giró el cañón milimétricamente hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Movió el lente hasta que el periódico quedó medianamente enfocado. El año del diario no se alcanzaba a leer.

—“Seis de enero de...”

—Y no hay más datos—señaló Zopi.

Antonio soltó el cañón del proyector. La pantalla desdibujó los límites del hombre sentado. Zopi no pasó la diapositiva hasta que el foco volvió.

—Deseo sinceramente que Cachó y la tía estén más viejos que antes—mintió Antonio, haciéndole un gesto a Marta. Se puso de pic.

—Ojalá—remarcó Zopi.

—¿No se toman un café? Postre no hay, pero café...—invitó Sara.

—La falta de café en esta casa es causal de divorcio—agregó Zopi.

—Mañana tengo que levantarme temprano

—dijo Antonio—, y estoy durmiendo poco...

—Si revela dos noches seguidas, anda toda la semana grogui—agregó Marta—. ¿Y cuánto hace que venís dale que dale todas las noches?

—Diez días.

—¿Y cuándo...?—Zopi le hizo un gesto a Marta como diciéndole “¿cuándo cogen?”.

Sara lo golpeó en la espalda para que no fuera guarango. Marta se sonrojó.

—En el cuarto oscuro—dijo.

Abrazó y besó a su marido en la mejilla. Cualquiera que hubiera visto sus ojos podía afirmar que estaba orgullosa de Antonio. Pero él no se dio por aludido. Sara miró a Zopi y le dijo:

—A ver si me cambiás las lamparitas del cuarto por unas rojas, ¿eh?

—Sí, amor—contestó él.

Marta y Antonio salieron. En la calle hacía frío. Se subieron al auto. Casi no hablaron en todo el trayecto hasta la casa, que quedaba bastante alejada del centro. En un semáforo, Marta intentó acariciarle la mano. Él recibió la caricia con indiferencia; después buscó soltarse para poder hacer el cambio y arrancar.

Llegaron a las dos de la mañana. Victoria aún no había regresado de bailar. En la pared del living estaban colgadas las fotos de Victoria que Marta había enmarcado. No eran buenas, pero a ella le gustaban. Su hija en bicicleta, corriendo, saltando a la soga. Victoria, según Antonio, era difícil de fotografiar, a pesar de lo bonita que era. Bastaba apuntarle con el objetivo para que la belleza se le desdibujara.

Marta dio vuelta la cabeza buscando los ojos de Antonio. Él soltó el picaporte y desvió su mirada hacia un rincón en el que había un paraguero y un oso panda de peluche. Ella caminó los pocos pasos que la separaban de su marido y lo abrazó. Allí estaba Marta para amarlo, sostenerlo y cuidarlo. ¿No

Le alcanzaba a él la infinita promesa de ese abrazo? Antonio se liberó suavemente para inclinarse a apagar la luz.

Marta fue hasta la cocina y colocó una pava sobre la hornalla. Echó un puñado de granos de café en la moladora.

—Cerrá la puerta —dijo él.

—¿Por qué?

—Por el ruido.

—¿Y a quién jodemos?

—A los vecinos.

Ella no le hizo caso y enchufó la moladora. Antonio se levantó y cerró la puerta que separaba el living de las habitaciones. Luego cerró la de la cocina. Ni el ruido de la moladora ni el pitido de la cafetera le resultaban conocidos. Le parecían ruidos recientes, acabados de inventar.

—¿Hace cuánto que tenemos esa moladora?

—Fue un regalo de casamiento —dijo ella.

—¿Y esa pava que chifla?

—La compré el otro día en el supermercado.

La taza de café tenía espuma hasta el borde. A Antonio no le gustaba que el café tuviera espuma.

—Está sin azúcar —dijo.

—Acá tenés —dijo ella, pasándole la azucarera y una cuchara.

Él se sirvió un terrón, revolvió, probó y acabó dando un largo trago. Asintió con la cabeza. Ella apoyó las manos sobre la mesa.

—¿No querés que hablemos?

—No —dijo él.

Ella bajó la mirada. Le dio la espalda, para que él no notara que le temblaban los labios.

—Te quiero mucho; la quiero a Vicki —dijo Antonio—. Puedo sentir *eso* —remarcó la palabra para que no hubiera dudas—. Pero algo me está pasando. Eso de que sobro...

—No entiendo, amor —dijo ella, y se sentó.

—Es así. Es la impresión que tengo...

—Cómo vas a sobrar en tu propia casa. Ey, mirame cuando te hablo.

Antonio levantó la mirada.

—Soy Marta, tu esposa...

Él asintió en silencio. Los ojos de ella estaban brillantes. Se habla incorporado del asiento, e inclinaba el cuerpo hacia la cara de Antonio.

—Ya sé —dijo él.

—Te necesito al lado mío. ¡Cómo vas a sobrar en tu hogar! Qué ideas son ésas...

Antonio desviaba la mirada y ella se la buscaba con los ojos.

—¿Mañana vas a ir al sicólogo?

—Sí.

—Mirí que tenés que ir, ¿eh?

—Claro.

Esperó a que él agregara algo. Le preguntó:

—¿Y pensás sacar fotos, también?

—Voy a llevar la cámara.

Antonio la miró. Los ojos de ella no le creían.

—Por las dudas... —dijo él.

Marta tomó su café. Una llave dio vuelta en la cerradura. Antonio alargó un brazo y abrió un poco

la puerta de la cocina. Una chica morocha muy pa-
recida a Marta intentó colarse sigilosamente por el
pasillo que iba a las habitaciones.

—¡Eh! —gritó su madre.

—Ah —dijo ella, asomándose—. Estaban des-
piertos... ¿Pasa algo?

—No —dijo Antonio.

Victoria sonrió como nunca lo hacía frente a la
cámara, para después empezar a contarle a su ma-
dre, a gritos:

—¿A que no sabés con quién sale Amanda?

Amanda era su amiga íntima.

—Fernando —dijo Marta.

—No.

—Javier.

—Frío.

—Marce.

—Heladísimo.

—No sé.

—¡El hermano de Fernando!

—¿No es muy grande?

—Tiene treinta y dos. Amanda cumple veinte en
agosto. Adiviná qué le llevó de regalo la primera vez
que la invitó a salir.

—Me parece un chico muy grande... —Marta
miró a Antonio, esperando que dijera algo. Antonio
permaneció callado.

—¡Adivinál! —dijo Victoria.

—No me gusta que salgan con chicos tan gran-
des. Ni a papá —insistió Marta.

—¡Un ramo de rosas enorme! ¿No es enternecedor?

Marta volvió a mirar a Antonio. Él dijo:

—Sí, *enternecedor*.

Victoria le dio a Antonio un entusiasta beso en
la mejilla, como si no hubiera advertido el juego de
palabras, y salió corriendo de la cocina. Su madre se
asomó al pasillo.

—¿Y quién te trajo? —preguntó.

—Fer.

—¿En coche?

—Claro, en qué va a ser.

—¿Ese muchacho ya tiene registro?

—Hace rato, mamá.

Marta regresó a su asiento. Antonio dijo, simple-
mente:

—Podríamos decirle que lo entre, alguna vez.

—¿A Fer?

—A ése que nombra.

Marta tiró el resto de su café en la pileta sin po-
nerse de pic.

—¿Y quién se lo tiene que decir? ¿Yo?

—Sos la madre, después de todo.

—¿Que entre a su *amigo* a casa, decís?

—Para que nos conozca, al menos. Para ver cómo es.
Marta resopló, angustiada.

—Lo único que sirve es que vayas al sicólogo
—dijo, cambiando repentinamente de tema.

—No me parece mala idea saber con quién anda
Vicki.

—No te parecerá mala idea que yo me entere de
con quién anda... Y yo ya lo sé. Vas a faltar como la
última vez, ¿no?

Para Antonio, hacer fotos de calle significaba salir, subir a un colectivo, tomar el subte. Caminar por Florida, detenerse en la esquina de Corrientes. Mujeres, varones, niños. Taxistas, vendedores de globos, ejecutivos, ancianos, promotoras, adolescentes, parejas, perros. Un pájaro sobre un cable. Un avión gris. Aquel bicho aplastado; esos zapatos de taco alto; dos linyeras borrachos; cuatro chinos mirando revistas. Una chapira de Bidú Cola clavada en el asfalto.

El charco reflejó la luz del cielo con la cámara apuntando hacia arriba, en un ejercicio copiado al movimiento de los ojos, para saber si realmente el cielo flotaba sobre el charco. Antonio estaba seguro, a Antonio le sobraba seguridad. Se movía al enfocarse: nube, nube cargada; cúpula, cúpula dorada, cúpula dorada con óxido verde, cúpula dorada con óxido verde y un pálido reflejo de sol. Dos limpiavidrios almorzando empanadas en un andamio, como si no estuvieran a treinta metros del piso, como si estuvieran en un parque, de picnic. Una bandera argentina al lado de una española; la argentina sucia,

la otra, no. Un empresario en su oficina se rasó la nariz mientras hablaba por el celular; el dintel de la puerta del Banco de la Provincia de Buenos Aires, la tracería descendente de la madera de la puerta. Fotos. El reflejo de una cabeza de mujer en el vidrio, el detalle del peinado atado en un manojito. Un elástico amarillo al que le dieron tres vueltas sobre el pelo; colita, clic. Aros de plástico, infantiles, aunque la chica no era tan chica, pelo castaño oscuro, clic, como el de Marta, clic, los ojos abiertos, redondos, no como los de Marta, no: sorprendidos.

“Le estoy sacando fotos, ¿sí?” Las colitas eran dos, e iban una a cada lado de la cabeza. Un elástico amarillo y el otro verde. Tenía unos treinta años y cara de haber visto un fantasma. Su mirada helada había entrado por el cañón de la cámara de Antonio, había atravesado lentes y el aro cambiante del diafragma. ¿Por qué ponía esa cara? Antonio dudó con su dedo sobre el disparador. Alejó el ojo del visor; quiso ver a la chica en directo. Los mecanismos de su cámara estaban a la espera de que a Antonio le regresara el aliento. La cámara tembló porque temblaban las manos que la sostenían, resoplando al escalofrío sobre la columna vertebral de Antonio.

Por el medio pasaban autos, motos. Un ciclista vestido de azul fosforescente. Semáforo. Luz roja. La gente cruzó, una señora retó a sus dos hijos; la siguió un grupo de yuppies con malecines, un paseador de perros rodeado de animales, un policía. Semáforo en verde; más autos. ¿Por qué esos ojos extraviados en

una portaña elegida al azar entre todas las chicas del Centro? Si ni siquiera era demasiado bella; si ni siquiera había en ella un gran garbo, ni un detalle que la hiciera sobresalir, ni le quedaba graciosa la polera bordó que llevaba puesta. Victoria era más bonita, sin ir más lejos. ¿Qué veía Antonio en esa desconocida para volver a dispararle una y otra vez, para insistir tanto en lograr su retrato? *Algo*. Un acento en el rostro. Una marca imposible de definir, pero que la diferenciaba de las otras caras del día. Había en ella un “mirame”; aunque estuviera ofendida. Había abierto su boca, había ahucado en hoyuelos sus mejillas; pestañeó, como si no lo pudiera creer: alguien se había atrevido a sacarle una foto. No una; montones. Con qué permiso.

“No soy un monstruo, señorita, no soy un ladrón; tan sólo saco fotos de la calle, de la gente en la calle. Es lo único por lo que siento un leve interés; no me interprete mal, tengo familia, aunque tampoco esté demostrando un gran interés por ella. Lo que siento por estas fotos, una vez que las revelo y las veo, se parece a un afecto mediano, casi cariño. No se trata de amor por usted ni por nadie; el amor ha desaparecido de mi vida; mi única pasión es este ruido, clic, el próximo que escuche...”

Pasaban más autos, más bicicletas, más gente; un camión frigorífico se detuvo. Antonio ya no vio a la chica. Vio su propio rostro reflejado sobre la superficie del camión. Seguía siendo el mismo morocho de ojos negros, de rasgos fuertes. La edad le había gastado los filos. Los años eran como el viento en

las rocas, ¿o tal vez era la imprecisión del reflejo en la chapa? Posó, como lo habría hecho para la foto de otro. Posó para el espejo de la fotografía. Allí, en el reflejo, estaba el otro Antonio. El que creía ser y tenía la obligación de ser para salir menos pelado y menos cincuentón en las fotos. Hundió panza, levantó el mentón, pero no sonrió. La sonrisa le agregaba años. El camión arrancó, llevándose su pose.

La chica se había ido. Con ella se habían ido las colitas, una con el elástico amarillo y otra con el elástico verde (¿o serían del mismo color?), el pulóver bordó de cuello alto (¿o sería una polera?), los aros de plástico (¿o serían de metal?). Adentro de la máquina estaban los negativos para probarlo todo.

A veces, Antonio hacía fotos porque los gestos de la gente le recordaban otros gestos anteriores, o fotografiaba lugares porque le parecía que ya había estado ahí, como en un *déjà vu*. Su memoria era una trampa y la fotografía, un trajo para burlarla o adentrarse en ella. ¿Qué era lo que le había gustado de la chica? Las colitas, claro. Tal vez la chica se había levantado muy temprano esa mañana, con la decisión de hacerse colitas en el pelo. Similares a las que tenía en su foto de diez años, y que su mamá peinaba con tanta prolijidad. Como si el tiempo no hubiera pasado. Y en el espejo de ese día no se había visto ridícula. Se había visto mágica, renovada. Se había visto a sí misma haciéndole un homenaje a su mamá. Después, salió.

Antonio se detuvo a mirar otras cosas, con el zoom. Un pañuelo de una señora que parecía una

abuela de Plaza de Mayo, aunque el pañuelo no era blanco. Un despachador de pizza en motoneta con cara de estar pensando en el verano; la levedad en la muñeca de una mujer mayor con medias caladas; un botiquín vacío en las manos de un viejo. Nada de eso valía una nueva foto.

Caminó hasta Córdoba. Perfíles, cuellos, broches, dientes, volados, hebillas. Resplandecientes, asoleados, amables en su dejarse sacar. Todos eran objetos después de que Antonio los fijara en los rollos. Inmóviles, espectados. Dignos de recibir la eternidad. Cargó la máquina nuevamente. Miró el reloj, sin que la hora le importara. Tuvo el antojo repentino de un café. Entró en el primer bar que encontró. Allí estaba, otra vez, ella.

Sentada, deshaciéndose las colitas. Se quitó el elástico amarillo, se manoseó el pelo para darle forma, se miró reflejada en el vidrio. Antonio caminó hasta la barra. Apuntó a la chica con el teleobjetivo. Era la toma de un detalle, la mano agitando aquel pelo castaño, jugueteando con él como si fuera una mascota nueva. La chica se deshizo la otra colita; en el movimiento volteó la cabeza y lo vio, o tal vez no, pero la mirada había pasado cerca, pensó Antonio, muy cerca de su cámara. La chica llamó al mozo. Tenía puesta una polera, no un pulóver, y era roja, pero no tan oscura como Antonio la recordaba. Tenía un aro solo, de plástico, verde y chiquito. Antonio se apuró a fotografiar. Después la chica señaló hacia la barra. ¿Cómo explicarle que eran pequeñas tomas de su cara y no la cara

entera? ¿Cómo decirle que nadie iba a reconocerla por esos detalles inconexos, que era simplemente arte, una operación estética que tal vez jamás llegara a una sala de exposiciones? ¿Cómo decirle que le parecía una modelo exquisita, no por lo linda, sino por algo que le pasaba al verla, algo que era una cosquilla y que sin duda no era deseo, porque él ya conocía el deseo y esto era una cosa nueva, recién llegada a su cuerpo y a su cabeza? El deseo le había resultado aburrido, un lugar del que había que mudarse para poder seguir.

Recorrió el bar con la vista. Apparently, no estaba molestando a nadie. También miró, sobre su hombro, al empleado de la caja, como pidiéndole permiso. El empleado no le devolvió la mirada. Qué le iban a importar unas pocas fotos. Antonio volvió a recorrer todas las caras, una por una, desde su máquina de fotografiar. El zoom le acercaba gestos, algún guiño, una propina, un sorbo, un ceño. Dos elásticos, uno amarillo y otro verde, sobre una mesa pegada a la vidriera.

Antonio caminó hacia la chica; el mozo dejaba ante ella una taza y un plato con tres medialunas. Ella le agradeció, tomó una medialuna, la partió y mojó la mitad en el café con leche. Esos labios sin pintar eran una cosa digna de verse. Pero no de verse sólo durante el segundo de la toma sino más y más, pensó Antonio, una y otra vez, para siempre. La chica sacó un libro de la cartera. Antonio enfocó la tapa para leer el título, aunque aún necesitaba estar más cerca; ahora sí: *Buenas copias y ampliaciones.*

O sea que ella también era fotógrafa, o le interesaba la fotografía. Bien.

Antonio siguió acercándose. Le pareció que la chica no posaba, aunque tampoco reaccionaba a su acoso. Abrió el diafragma para que la gente que se veía a través de la vidriera quedara sfumada, como un telón de manchas grises. Ya estaba a un paso de su mesa. "Tiene una cara para virar a sepia", pensó.

Corrió la silla sin pedirle permiso. Se sentó en el borde, como si no quisiera invadirla del todo, entrando despacio en su desayuno, en sus ojos observando a los que pasaban por afuera del bar y a la gente de adentro también, mirándolos pero sin verlo a él, a Antonio. Sacó de su cartera un espejito y un pote de rubor. Examinó su cara frente al espejito; se quitó una pestaña. Antonio no la pudo ver porque estaba cambiando el lente por uno de mayor aproximación, y porque estaba esperando que ella le dijera "deje de molestarme, por favor". Pero no. Ella sacó un cepillo y se arregló el pelo suelto. Movió la cabeza a un lado, a otro; inclinó la frente para disponer del flequillo. El sonido del disparador hizo saltar a Antonio; ella no se inmutó. Le sacó una foto del anillo de sello con una letra "L", una de los dientes apresando la punta de la medialuna. Hasta que su cara se salió de foco. La vio irse rápidamente. Llevaba la prisa de la chica del beso de Doisneau.

Antonio vio que tenía pantalones y borceguíes; no se había fijado antes, en la calle. El bolso era grande, porque además de cosméticos llevaba un libro. "Quizás una cámara", pensó Antonio. Mordió

la mediatuna que quedaba en el plato. Se dijo que debería haberse presentado, pedido permiso. "Parece una chica para virar a sepia. No usted, claro, sino su imagen en un papel brillante. Discúlpeme si la molesté. ¿Puedo mandarle las copias a alguna dirección?"

Ella lo hubiera pensado. Antonio le habría dejado su teléfono. ¿Por qué virarla a sepia? ¿Para hacerla más vieja, para convertirla en una antigüedad? Ella se había hecho las colitas justamente para conseguir lo contrario. En su libro *Buenas copias y ampliaciones*, que era de los años sesenta, las chicas eran altas y delgadas, tenían cuerpos atléticos y cabellos luminosos. Conocía ese libro. Ella llevaba colitas. Ninguna mujer de ese libro llevaba colitas.

Antonio salió del bar.

"Sé que la molesté y me quiero disculpar. Ando peleado con la vida. No reconozco a nadie, no sé adónde me dirijo, no tengo recuerdos, no sé por qué me rodean los que me rodean, ni para qué. Estoy perdido. Todas las personas me parecen desconocidas. Me siento como voy ahora, caminando a contramano del tránsito, y la ví a usted igual, o sentí que le pasaba algo como a mí, y que en la decisión de hacerse o deshacerse las colitas del pelo había no sólo muchas fotos, sino algo existencial. Como cuando se mira un paisaje y se dice 'ya estuve ahí', y uno nunca ha estado."

Distinguí, muchos metros adelante, un trazo de pelo, un borceguí. La cara de ella apurada, mirando hacia atrás. Antonio chocaba contra los hombros de

la gente que venía en otra dirección, tropezaba con las baldosas flojas, fotografiaba el movimiento con la cámara en alto, mientras veía otra pierna de ella, "¡ahí, ahí!", salir y entrar de cuadro como en una película. Ella miró hacia la izquierda, hacia la derecha. ¿No había salida? Antonio leyó el horror en sus ojos y soltó la cámara, que estiró la correa sobre su cuello. Estaba aturdido entre una marea de cuerpos que lo rozaban y lo hacían trastabillar. Con ganas de decirle a la chica: "No se asuste; soy fotógrafo, soy Antonio y hoy, por primera vez en meses, he vuelto a interesarme en el género humano. Quiero que todas estas fotos juntas revelen el milagro de verla. Que no sean quietas. Quiero recuperarla huyendo, íntegra, sobre la mesada de mi laboratorio. Para poder estar de nuevo con usted".

2014-1-1

—¿Quién es?

Victoria espiaba los negativos, sentada sobre la tapa del inodoro. Antonio le había permitido secarlos con el secador de pelo, sin dejar que se formaran gotas. En el caso de que quedaran gotas había que volverlos a lavar. Por el modo de hacer la pregunta, Antonio supo que su hija quería decirle algo más.

—Una chica—respondió.

Era obvio. Una chica con polera y coliras en el pelo. Una chica que se hacía la nena con más de treinta años. Una chica que desayunaba, que no miraba a cámara, que se perdía entre la multitud. Antonio terminó de batir el ranque de revelado los treinta segundos que precisaba para fijar el otro rollo.

—Me quedan seis fotos en la máquina. ¿Quieres que te saque?

—Tengo ojeras —dijo Victoria, sin apartar la vista de la película.

Esperaba el siguiente rollo con el secador de pelo cruzado sobre sus piernas flacas. En sus manos, el secador parecía un arma sin balas.

Antonio volvió a guardar el fijador adentro de una de las botellas de color caramelo, utilizando un embudo de plástico. La botella estaba etiquetada.

—¿Cómo se llama el muchacho con el que estás saliendo? —Le preguntó, casi distraídamente.

Victoria también se hizo la distraída.

—¿Las demás fotos son de la misma chica?

—No todas —dijo él.

Abrió la tapa del tanque de revelado. Sacó el espiral y lo separó en dos. El rollo se soltó como la cuerda de un juguete roto. Lo sostuvo por una de las puntas y ojeó las tomas antes de meter la película en el balde con agua. Habían salido poco contrastadas, a pesar de que les había hecho un baño muy agitado.

Victoria también miró. Sólo cinco fotos no eran de la chica.

—A mamá no le va a gustar —dijo, frunciendo la nariz, y salió del baño antes de que él pudiera contestarle.

Antonio también sabía eso, más ahora, que las cosas con Marta no estaban bien. Había sacado unas cien fotos, casi todas de la misma mujer. ¿Qué había sentido? Urgencia. Ella podía estumarse en cualquier instante. Los negativos no mostraban ninguna cara completa. La mujer, en las tomas de Antonio, era una colección de trazos.

En su habitación, cambió la lámpara del velador de la mesa de luz por una roja. Acomodó los caballetes y la tabla muy cerca de la cama matrimonial. Su dormitorio era un cuarto grande; el más fácil de

ventilar. Para revelar necesitaba espacio y ventilación, porque los objetos eran grandes y los olores, corrosivos. Dispuso la ampliadora, las tres cubetas, el balde, la guillotina, las cajas con los papeles. Agregó una cuarta cubeta para el virador. Enchufó la ampliadora; la probó. Volcó cada líquido en la cubeta correspondiente.

Después fue hacia el living. Buscó la cámara que había dejado en el sillón; desplegó el trípode y la enroscó. Sobre la mesa había un bolso y un toallón. Antonio conectó la tripa a la cámara; bajó un relón blanco. Se puso delante del objetivo, sosteniendo el pulsador en la mano derecha. Sacó las fotos una tras otra, variando apenas la mirada. Victoria lo miró hacer mientras comía dulce de leche con una cucharita.

—Cara de San Martín —dijo.

Antonio rebobinó el rollo y llevó la cámara hasta el baño. Al salir le preguntó si quería pasar al cuarto oscuro.

—Están por venir a buscarme para ir al club.

—¿Tu novio?

—Tonto —dijo Victoria.

Antonio colgó del pieaporte de su dormitorio el cartel de "No abrir, hombre revelándose" que le había regalado Marta. Oyó cómo Victoria cerraba la puerta de la heladera y el portazo en la puerta de entrada. Cortó los negativos que estaban secos en tiras de seis fotos. Ubicó una tira en la ampliadora e hizo foco sobre una cartulina blanca.

Allí estaba ella. O había estado, al menos. Una chica con la luz al revés. En el negativo, sus ojos

asustados eran negros con puntos blancos. El pelo era gris; la piel de la cara estaba hecha de una materia más oscura que la de las colitas.

La chica tenía la boca abierta. Antonio enfocó la imagen de la ampliadora hacia la pared del cuarto, sobre la cabecera de la cama. Los dientes eran lo más negro de la foto. El miedo en directo de la chica, en negativo, agrandado a los límites del dormitorio, era como el miedo a dejar de existir, algo que él mismo vivía en sus pesadillas. Un miedo tan palpable como súbito: pasaba de un instante al otro, sin aviso.

De un sobre de plástico negro sacó una hoja de papel sensible y unas tiritas. Volvió a enderezar la ampliadora. Cubrió la hoja con el sobre y acomodó una tirita para hacer la muestra. Se guió con el filtro hasta ubicarla donde estaban los labios, los dientes, parte de la nariz y una fracción del ojo. Le dio tres tiempos de exposición, tapando con la mano. Ocho segundos, dieciséis, veinticuatro. Metió la tirita en el revelador, sujetándola con una pinza. Dieciséis había sido poco tiempo para ese tamaño de imagen; veinticuatro era demasiado. Expuso la hoja. Contó veinte segundos en el cronómetro.

El revelado era el acto mismo de la aparición, lo que más le gustaba de todo el proceso. Las figuras se acercaban a su ojo como surgiendo desde la profundidad de un estanque. Los vapores de los preparados le daban un frágil mareo, similar al de la anestesia total al salir de una cirugía. Siempre pensaba lo mismo, aunque no recordaba que lo hubieran operado. Tosió. La volatilización de los tres líquidos

mezclados hacía que el aire fuera picante. Bajo la tibieza de la química, surgió la cara de ella.

Habla quemado la foto. El fondo demasiado blanco le daba a la chica un aspecto irreal. Sacó más papeles: hizo otras copias, utilizando diferentes filtros para conseguir nuevos contrastes. En la cubeta de revelado aparecía la polera, la colita del pelo, los dedos finos. La taza, los sobres abiertos de sacarina, una cucharita; el libro, el bolso, el codo tirante en la polera. Otra vez las manos de ella, el pelo ahora suelto, despeinado, el aro de plástico. Y otras personas atrás; muchas. Manchas grises y negras.

Revelar tenía una velocidad diferente de sacar fotos. Para Antonio, sacar era pura provocación y rapidez. Y a él no le gustaba la rapidez. Revelar, en cambio, era un descanso: la medición exacta de los tiempos; el cuidado en el manejo de los líquidos.

Fue reuniendo las copias en el balde. Cuando hubo suficientes, las llevó para el baño. Las pegó, mojadas, contra los azulejos. A la luz del tubo fluorescente, no le satisfacían. No iba a poder recomponer la imagen que tenía de la chica a partir de un rompecabezas donde las piezas hacían un esfuerzo por no coincidir. Ella estaba ahí, pero las fotos no se le parecían.

¿Las fotos mentían? No. Antonio habría proyectado sus ganas de conocer o reconocer a alguien en su sesión fotográfica. "Eso me hubiera dicho el analista", pensó. Uno creía ver una persona en la calle, pero a veces no era más que el deseo de ver a esa persona, proyectado sobre el cuerpo de otra. Las

muchedumbres de las ciudades eran ideales para la confusión.

Mirándolas bien, pensó Antonio, había un rubor general que tal vez resumía el *aire* de la chica. Una especie de sombra que acompañaba ciertos gestos. Por ejemplo: cuando se había peinado con las manos. O al correr, ya afuera del bar. Pero tampoco eran detalles muy probatorios.

Llegó a la conclusión de que lo que no reconocía era la ropa de ella, como si alguna vez la hubiera visto vestida de otra forma. Era como si la ropa "no le fuera", pensó, lo que sucedía a veces con las caras de la gente que se hacía cirugías. Antonio solía percibir que a algunas narices les faltaba el caballero, o que ciertos pómulos no iban con el resto de los rasgos. Una vez Zopi le había mostrado el retrato de una mujer que había conocido en un restorán. Antonio había sentido que algo estaba equivocado en aquella cara tan hermosa. Zopi lo verificó: la mujer había sufrido un accidente del que había salido con la nariz rota.

Antonio tenía ante sí una colección imposible de clasificar, se dijo, porque esa modelo, tal vez, sería inclasificable. "Lorena es una chica impredecible", pensó. ¿Lorena? Le había puesto un nombre. Se sorprendió. Le iba perfectamente. Con el nombre a cuestras, las piezas le parecieron más amables. En el fondo de ese nombre y esas imágenes había algo que Antonio necesitaba con urgencia. Algo que pertenecía al pasado y que podía solucionarle el presente. Un recuerdo que lo afligía. Ese recuerdo debía ser su rompecabezas imposible; no ella.

Eran las ocho y media de la noche. Aún le quedaba un rollo. Llevó el tanque al baño. Apagó la luz. Sacó el rollo de la máquina y lo rebobinó en el espiral de revelado. Mientras estuvo a oscuras, Lorena también estuvo ahí, descuarizada en catorce papeles. Entoscó la tapa del tanque; encendió la luz. Buscó la botella de líquido para negativos, que era diferente del que usaba para revelar los papeles. "Marta está por llegar", pensó. Barió el tanque; calculó el tiempo; lo vació. Puso el detenedor. "A mamá no le va a gustar." Puso el fijador. ¿Qué tenía que ver Marta en todo esto? Eran fotos de una chica que había visto en la calle. Nada más.

Mientras lavaba el nuevo rollo bajo la canilla, recordó un detalle suelto: el lunar. En el cuello, cerca del mentón. Lo buscó hasta encontrarlo: la chica había subido un poco la cabeza, de una manera desafiante o despectiva, y el lunar había quedado retratado a medio perfil. Para lograrlo, Antonio había tenido que agacharse.

Oyó la puerta de entrada cuando estaba secando los negativos. Había ocho tomas de Lorena. El rollo terminaba con las seis de su propia cara, y una séptima cortada al medio. El resto de las tomas era de otras personas, autos, perros, algún cartel. Cortó las ocho primeras y se las llevó, aún mojadas, al dormitorio.

—Hola. —Marta golpeó la puerta—. ¿Se puede?

—No todavía —dijo él.

Midió el tiempo dos veces en distintos recortes de papel. La vio: nítida y clara. ¿Cómo probar que

esa chica era alguien que había encontrado en la calle por azar y con quien no había cruzado una palabra? ¿Cómo, después de todas aquellas ampliaciones pegadas en el baño?

Hizo la copia con los dedos cruzados, la reveló y fijó. Dejó caer el papel en la última cubeta. La imagen se sumergió en el virador sepia. Apretó el cronómetro.

La puerta del baño se cerró desde adentro con un clic que era similar al que hacía su cámara al disparar. Que a su vez era un ruido parecido al interruptor de la luz que se encendía para que su mujer, Marta, se quedara mirando a *la otra*. A Lorena. Parada y fraccionada como una res de carnicero. Quitada. Adherida a las paredes del receptáculo de ducha, en su baño, como una equivocación. Un error. Un error cometido por él.

Marta irrumpió violentamente en el cuarto oscuro.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—No sé —mintió Antonio.

Marta abrió las ventanas del dormitorio, para ventilar. Antonio guardó los líquidos en las botellas y lavó las cubetas en el baño. Había dicho la verdad: no sabía cuál era el nombre de la chica; Lorena no era más que una suposición. Recogió las fotos aún húmedas y las llevó hasta su escritorio. Las ordenó de distintas maneras, tratándolas con mucho cuidado. Arrugó y tiró la primera ampliación y otra de Lorena corriendo, porque estaban fuera de foco. Pensó que no tenía sentido guardar esas dos fotos, e inmediatamente se le instaló la pregunta en la cabeza: ¿qué sentido tenía guardar las otras?

Marta ya les había encontrado un sentido: había visto dudar a su marido, le había oído decir por centésima vez "no sé". Sabía que Antonio estaba mintiéndole. ¿Cómo te fue con el sicólogo? No sé, no sé. Entonces Marta se retiró a la cocina. Antonio se quedó a solas con la evidencia de haber pasado la mañana con una mujer a la que le había dedicado su tiempo. Las fotos no decían más que eso: era alguien, sí. Había una calle, había un bar. Cuando él llegó a la cocina, Marta estaba pelando papas.

—Le sacaste de cerca —dijo.

—Usé el teleobjetivo.

Marta dejó el cuchillo sobre la mesa y se puso los anteojos. Fue hasta el escritorio y volvió con una copia grande.

—Tiene poco grano para haber sido sacada con tele —dijo.

—Me acerqué, sí. ¿No puedo, acaso?

—Si te acercaste es porque ella lo permitió.

—¿Y?

Marta se secó las manos mojadas en el delantal.

—Claro —dijo—. Cogete a todas las modelos que encuentres, ¿sabés?

Antonio se acercó para abrazarla, pero ella lo rechazó. Cortaba papas con furia.

—No me cogí a nadie —dijo él.

—Pero la seguiste por la calle.

—¿Y qué?

—¿Te gusta?

Antonio subió los hombros levemente.

—¿Y si alguien me sacara mil fotos a mí? —agregó Marta.

—Si es un profesional, no veo el problema. Sería su trabajo.

—¿Y si lo hace alguien que me ve por la calle, eh? Alguien común.

Antonio movió la cabeza en una negación leve.

—También saqué fotos de otra gente... de un perro.

Fue hasta el baño. Volvió con la fracción del rollo que contenía esas tomas.

—Más de veinte —dijo, soltando la cinta sobre la mesa. Ella recogió los negativos y los miró al traluz.

—Pero hice solamente las copias de ella. Y estoy segura de que sabés el nombre.

—No.

—Menús.

Marta cortó zanahorias. Fue metiendo los pedazos en una olla.

—Además —agregó—, son fotos capciosas.

—¿Qué tienen de capciosas?

—No son fotos normales, quiero decir. Ahí hubo algo. Por eso le sacaste tantas.

—No hubo nada.

Marta apagó el fuego, se quitó el delantal y regresó al escritorio. Pasaba las fotos como si las estuviera eligiendo para quemarlas.

—No hay nada ahí —le dijo Antonio—. Es solamente una chica con una polera...

Marta separó dos ampliaciones.

—Mirá —dijo.

—¿Sí?

—¿Qué ves?

—A la chica.

—¿Y qué tiene acá?

—El pelo recogido en una colita.

—En dos.

—En dos, sí.

—¿Y acá?

—El pelo suelto.

—Se deshizo las colitas después de que vos la miraste y le sacaste la foto. Se las deshizo para vos.

Antonio no dijo nada.

—Fíjate cómo posa —insistió Marta—. Fíjate la mirada... ¿Qué dice?

Antonio levantó la foto que ella estaba indicándole. Se la acercó a los ojos.

—Nada *capcioso*... —dijo.

Ella regresó furiosa a la cocina. Antonio la siguió.

—¿Qué me tenía que decir?

Marta terminó de cortar las zanahorias con los ojos vidriosos. Peló una cebolla.

—¿Sos idiota o te haces? Esa mujer está gritando "¡te gusto más ahora, o cuando estaba disfrazada de colegiala?"

—¿Qué imaginación...

—Sí, una imaginación bárbara. ¿Cuántas fotos le hiciste?

—Ésas.

—Seguro que más del triple. Había otros rollos en el baño, cuando llegué. Seguro que le hiciste más de cien fotos. ¡Las del pelo también las tenés, o ésas las vas a esconder?

Metió unos pedazos de zapallo en la olla y encendió el fuego al mínimo. Echó sal. Buscó una bandeja de carne congelada en el freezer y la puso en el microondas.

Antonio volvió al dormitorio, a cerrar las ventanas. Sacó del balde la foto vitrada a sepia, la escurrió y la pegó del lado interno de la puerta de su mesa de luz. Vació el balde en el inodoro.

Marta tenía razón: estaba ocultando algo. Pero era algo que también estaba oculto para él. Cuando entró

nuevamente a la cocina, ella había apagado las hornallas. Miraba a través de la ventana. Tenía la cara lavada por la indignación, aunque Antonio supuso que ya estaba en paz. Sus facciones estaban en descanso.

Antonio cargó en la cámara un rollo de cuatrocientas asas. Abrió al máximo el diafragma. Puso el obturador en un número alto, para bajarle el tiempo de entrada a la luz. Se acercó hasta la piel de ella con el zoom. Recorrió su perfil hacia abajo: su cuello corto, la ramura abierta del escote. Miró su mano estilizada, como las manos en las fotos de Man Ray. El gesto en la cara de ella también parecía actuado, desde la perspectiva de la máquina. Antonio no sacó la foto. Marta dijo:

—¿Vas a explicarme lo que está pasando?

—En la habitación.

Marta entró primero. Se sentó sobre la cama. Antonio había desarmado el laboratorio; un leve olor a amoníaco llenaba el aire del cuarto. Encendió un reflector.

—Apartá la manra —le dijo.

Las sábanas blancas, en el cuarto blanco, eran un telón sin fin. Marta se sacó los zapatos y se sentó en el medio de la cama.

—Sacate la blusa.

El corpiño era blanco como todo lo demás. Sobre la sábana se habían formado dos arrugas.

—Y la pollera —dijo Antonio.

Marta tiró la ropa hacia donde él estaba, para que no quedara dentro de cuadro. Se agachó hacia el costado para ocultar sus zapatos debajo de la cama.

—Ahora las medias...

Marta cerró los ojos. Se desvistió lentamente, como si la desnudez le resultara dolorosa. Hizo un bollo con la ropa interior y también la arrojó.

Antonio empezó a fotografiarla. Se alejaba un paso y ella salía entera. Se acercaba y ella se inclinaba, para mostrar y no mostrar.

Marta era la madre de su hija, pero no era su amor. Tal vez lo había sido en otro momento. Ahora era solamente su compañera de cama, la mujer a la que estaba acostumbrado. Ese cuerpo estaba tan preparado para la excitación que casi no necesitaba preámbulos, pensó Antonio. A Marta le bastaba una mirada, una caricia, un pedido. Antonio la recostaba, le rozaba las piernas, le olía el vello. Disparaba sobre ella sin mirar; luego retrocedía y volvía a enfocarla. Marta lo excitaba más cuando todo su cuerpo entraba en cuadro. Y era una excitación que ya no dependía del amor. Que funcionaba sola, en desmedro de las palabras y los sentimientos.

Antonio cambió el rollo, enroscó la cámara en el trípode, apuntó con el automático en secuencias de un minuto por foto. Se quitó la ropa y se subió al cuerpo de Marta. La luz empezó a parpadear. La cámara fue sacando una foto tras otra.

Marta cerraba los ojos para perderse. Antonio los cerraba para no ver. Sus ojos estaban en la cámara, separados del cuerpo.

Por la mente de Marta pasaba la recuperación del amor. Su cabeza estaba llena de entrega.

En la mente de Antonio había seis letras en sepia, florando como en una sopa. De a ratos, esas letras componían sílabas sin significado. Todo el resto del tiempo, giraban en desorden. Por fin un nombre se ordenó en una vertical de crucigrama, y un estremecimiento cruzó la espalda de Antonio como un latigazo. Dejó salir las letras con el semen.

La máquina hizo la última toma y empezó a rebobinar el rollo automáticamente. Hacía un ruido molesto, como si estuviera llena de moscas. Marta esperó a que se detuviera.

—Quiero la verdad...

Antonio no tenía ganas de hablar.

—... por dolorosa que sea —completó ella.

—No hay mucho que decir.

Marta se puso de costado, para verle la cara.

—Vamos a hacer una cosa —inventó, tratando de sonar convincente—. Ya que te gusta tanto la fotografía...

Se levantó de la cama en un salto. Tomó el cronómetro que estaba apoyado sobre la base de la ampliadora.

—No quiero jugar a nada... —dijo él.

—Sí, vamos a jugar. Te voy a medir el tiempo de revelado.

Antonio siguió sin moverse. Ella encendió la luz roja y apagó el reflector. Se arrodilló a los pies de la cama.

—Tenés que prometerme que vas a decir la verdad.

—No sé de qué.

Antonio se incorporó hasta quedar sentado. Acomodó las almohadas sobre la pared para que le hicieran de respaldo.

—O sea que hay temas en los que no me decís la verdad... —dijo Marta.

—No me enrolles. Vos sabés la verdad de todo lo que pasa.

—Con una mano en el corazón: no. Si la supiera, no te estaría preguntando.

—¿Y de qué vamos a hablar?

—Antes, jurame. Antonio dudó.

—¿Para qué hacemos esto? —dijo.

—Porque las otras cosas que hicimos no resultaron —dijo Marta.

—No creo que sirva.

—Lo anterior tampoco sirvió. Probemos algo nuevo. Esto es nuevo...

—¿Es una técnica freudiana? Marta abrió grandes los ojos.

—Mejor ni hablar de sicología, ¿no? Ni de ir al sicólogo.

—Ya. —Antonio rehuyó su mirada y levantó la mano derecha—. Lo juro.

—No, así: "Juro decir toda la verdad, sin omitir nada importante". El juego del revelado tiene reglas precisas.

—Como vos digas.

—Bueno... —dijo Marta—. Es simple. Ya que el fotógrafo no quiere ir al sicólogo, va a decirle la verdad al laboratorista. Una verdad corti-

ta, sin tapujos. Un revelado del alma. ¿Me estás escuchando?

—Sí.

—Tenes treinta segundos de cronómetro. Después de esos treinta segundos, te voy a dejar tranquilo. Pero tenés que desahogarte. Hablá de lo que quieras. Asociá pensamientos... Si hay que ser brutal, dale nomás. Pero nada más que medio minuto.

—¿Y si nos lastimamos?

—No sé qué podría lastimarme más. Me siento tan abandonada que parece que estuviera viviendo adentro del cuerpo de otro, de un cuerpo enfermo o moribundo...

La imagen de Marta sobresaltó a Antonio.

—Si hasta debo parecer otra persona... ¿no es cierto? —agregó.

—No sé —dijo él, aturdido—. ¿Qué es eso de parecer otra persona?

Marta se subió a la cama.

—Lo que siento que me está ocurriendo...

—dijo—. A lo mejor se me pegó tu virus.

Antonio no supo qué contestar.

—Yo no miro... —agregó Marta, mientras se tapaba la cara con la sábana—. Vos hablá...

Pulsó el cronómetro.

—Rápido —le pidió—. ¿Qué pensás de mí?

Antonio exhaló.

—Creo que no sos mi mujer —dijo. Apretó los párpados. La nariz se le frunció un poco—. No te reconozco. Tampoco a Vicki. Victoria no parece

hija mía. Como si no deseara quererlos más, o algo así. Una ataraxia.

—¿Qué es?

—Una disminución del deseo.

—Ajá.

—Me calentás, es cierto. Me encanta tu cuerpo.

Tu cuerpo es lo único que puedo recordar. Pero a ese recuerdo le falta algo... Estoy viviendo como...

Se puso a pensar.

—... suspendido —completó.

—No entiendo —dijo Marra.

Antonio abrió los ojos.

—Como si estuviera recemplazando a alguien. Tembló.

—Un espíritu te acaba de atravesar —dijo Marra. El temblor se contagió al cuerpo de ella.

—Ésa es mi cruz —dijo Antonio—. Y no sé más.

Y no estoy con nadie.

—¿Y esa chica?

—Tampoco sé quién es.

—¿Ni el nombre?

—Le inventé un nombre, mientras esperaba a que se secaran los negativos. No sé por qué, pero podría afirmar que es el de ella.

—¿Cuál?

Antonio dudó, pero dijo:

—Lorena.

Marra apartó la mirada hacia abajo.

—¿Le hablaste?

—¿Cuándo?

—Mientras le sacabas fotos.

—No.

—¿De verdad?

—Estoy bajo juramento.

—¿Y por qué suponés que se llama Lorena?

Antonio pensó.

—Lo sé, simplemente —dijo—. Se me ocurrió que era ese nombre, y punto.

—Se lo habrás visto en una pulsera... O en la cubierta del libro que leía.

—Puede ser.

Marra dejó de preguntar. Miró el segundero. Los treinta segundos habían pasado.

—Te creó —dijo.

Denuvo el cronómetro.

Él sentía un dolor inmóvil, como si estuviera congelado.

—Tengo miedo —dijo, de repente.

Marra lo abrazó. Las lágrimas se les mezclaron en las caras. Algo los estaba separando poco a poco, pero aún podían estar así. La congoja era el camino de los que no se podían despejar. Si Antonio hubiera tenido más tiempo y más coraje, habría agregado: "Lorena es el lugar al que tengo que ir". Ésa era su única certeza, y no era más que una vaguedad. Una suposición absurda nacida de la insolación de estar sacando fotos en la calle, bajo el día quieto.

Marra deshizo el abrazo. Tenía la cara empapada.

Se puso una bata, salió hacia la cocina y volvió con una tira de negativos. Encendió la ampliadora. Dirigió la máquina para que proyectara sobre la pared de la cabecera de la cama. Apagó la luz roja.

Antonio no podía ver la foto, acostado; inclinó la cabeza hacia atrás mientras Marta enfocaba. Se ubicó al lado de ella. Era uno de sus seis retratos, las últimas fotos del rollo anterior. Corrió la cámara y el trípode para que no interfirieran en la proyección.

—Así te quiero ver—dijo Marta.

Antonio sintió un escalofrío en el que casi se le resbaló la cámara de las manos. Volvió a acercarse hasta la cama; se agachó. La sombra circular de su cabeza cortaba en dos la gran sonrisa.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—¿Qué cosa?—dijo ella.

—Subí la foto.

Marta inclinó la ampliadora hasta que se vio solamente la sonrisa. El resto de la cara, alargada y difusa, subía por el cielo raso. Los ojos eran ovalados hacia arriba y la nariz, larga.

—La foto no era así—dijo Antonio.

—¿Así cómo?

—Poné otra, a ver...

Marta destrabó el chasis y corrió la tira de negativos. Proyectó, una tras otra, las seis fotos y media. En la última habla solamente media sonrisa. Antonio estaba paralizado.

—Victoria fue testigo. Estaba serio cuando me las saqué.

—¿Cara de San Martín?

—Eso.

—Pero acá estás sonriendo... ¿Cómo va a salir una cosa por otra?

En la proyección, las comisuras de sus labios estaban hacia arriba, estradas quién sabe por qué hilos absurdos. Antonio dejó la cámara sobre la cama. Cayó sentado al piso, sin fuerzas. El de la foto no era él.

—Quítalo—dijo.

Ella se apuró a destrabar el chasis. Los negativos cedieron.

—Llévatelos—pidió Antonio—. Tíralos a la basura.

—Sí, sí—dijo Marta, confundida.

Fue hasta la cocina. Si por ella hubiera sido, habría tirado hasta las ampliaciones. Cerró la bolsa y la sacó del tacho. Salio al pasillo y depositó la basura en el conducto de la recolección.

Puso a hervir agua para el café. Volvió al dormitorio. Antonio estaba estirado en el piso. Se tapaba la cara con las manos.

—Es tarde—dijo Marta—. Vistámonos, que debe estar por llegar Vicki.

Antonio se puso la ropa en silencio. Marta lo abrazó, porque vio que temblaba. Trató de darle calor entre sus brazos.

—No es frío—dijo él.

Ella tomó el cronómetro y dijo:

—Mi parte de verdad, ahora.

Apretó el pulsador. El cronómetro empezó a funcionar. Marta esperó sin hablar durante veinticinco segundos. Cuando el tiempo estaba por agotarse, dijo:

—Te amo igual.

Antonio denuvo el cronómetro.

—¿Quién es?

Zopi miraba la foto virada a sepia.

—No sé.

Zopi no le creía.

—Soy tu amigo. A mí me lo decís.

La casa estaba en la playa, sobre una barranca.

Zopi la había conseguido por el fin de semana. Mar-
ta había hablado con Sara. La idea era que Zopi ale-
jara por unos días a Antonio de su familia. Victoria
estaba con un ataque de nervios desde que Marta le
había contado lo que pensaba su padre. Marta no
lo había hecho como una venganza; simplemente
se lo había contado, sin prever el ataque. Zopi acep-
tó el encargo con miramientos.

—Lo llevo, pero le digo que fue idea de ustedes.

Antonio se había entusiasmado con la perspecti-
va de irse un fin de semana.

—En la misma mañana hice unas veinte fotos de
otras cosas. Las últimas fueron las mías, ésas que te
conté. Las fotos del horror.

—¿Las trajiste?

—Las tiré.

—¿Y era una sonrisita, decís, algo sutil?

—Era una gran sonrisa.

—Que vos nunca harías, obviamente.

Antonio esperó un segundo antes de contestarle.

—Tengo bruxismo, desde la adolescencia. Sé cómo salen mis dientes gastados en una foto.

La casa estaba llena de velas. Zopi las había encendido, aunque todavía habla luz. También había encendido algunos sahumerios. El ambiente olía levemente a humo.

—Me las saqué yo mismo. Digamos: no me sorprendí...

—Tu hija te vio cuando posabas... ¿qué dice?

Antonio apartó la mirada.

—Vicki no me habla.

Levantó el vaso desganadamente. Zopi también tomó un trago del suyo. La luz del porche se encendió.

—Es la segunda vez que la veo prenderse sola —dijo Antonio.

—Tiene un sensor.

—¿Y qué lo habrá activado?

Zopi levantó los hombros.

—Algún bichito...

Se puso de pic. Miró hacia la extensión desierta de la playa. La tarde hacía que las piedras diseminadas sobre la arena tuvieran sombras largas.

—Traje una conservadora con carne y una bolsa de carbón —dijo—. Y más vino.

La luz del porche volvió a apagarse.

—¿Y la parrilla?

—Abajo hay una churrasquera —Zopi señaló por la ventana—. Vení que te la muestro.

Bajaron por una escalera de piedra. La parrilla y la mesa eran de material. La mesa estaba en bastante mal estado. Las plantas la hablan invadido.

—Hay que limpiar un poco. Esperá acá —dijo Zopi.

Antonio se quedó parado en el lugar. La vegetación formaba una gruta alrededor de la parrilla. La asadera estaba hecha de hierros muy separados. Debajo, en la leñera, había una pila de troncos. Antonio movió uno de los troncos con el pic y salió una araña. Antonio saltó hacia atrás. Hacía frío. La playa quedaba a más de doscientos metros. El piso estaba embarrado.

Le iba a venir bien pasar dos días con Zopi. No eran muy amigos, pero Antonio lo tenía por una buena persona: interesante y amable. Lo vio bajar con un diario, fósforos, carbón, una cimitarra y un serrucho.

—Hagámoslo rápido, antes de que se vaya la luz —dijo Zopi.

—¿Y no vamos a bajar a la playa?

—Mañana.

Se pusieron a trabajar. Zopi se ocupó de serruchar las ramas grandes, que fue apartando hacia una pila de maleza de años anteriores. Antonio cortó, a golpe de cimitarra, los plumerillos y zarzas que habían invadido los costados de la parrilla.

—Ponelos estirados, a modo de alfombra, para caminar sobre el barro sin ensuciarnos.

—¿Y si mañana llueve? —preguntó Antonio.

—¿Qué hay?

—No vamos a poder ir a la playa.

Zopi retiró otra rama. El cielo apareció sobre el hueco de la vegetación arrancada.

—Acá el tiempo lo manejamos nosotros. ¿Vos querés que llueva?

—No.

—Bueno, no va a llover.

Antonio siguió cortando yuyos, mientras Zopi hacía bollos con el papel de diario y los tiraba a la parrilla. Le acercó ramitas secas y un fósforo. Se arrodilló para elegir los troncos en la leñera.

—Ojo que hay arañas—le advirtió Antonio.

—Todo este lugar es un gran nido de arañas—contestó Zopi.

La casa había sido de su mujer, en otro tiempo. Ahora era de unos amigos de Sara, porque la habían vendido. Ellos se la prestaban.

—No me digas que le tenés miedo a las arañas.

—No.

—¿Y a los murciélagos? De noche hacen ruido en el entretecho.

—¿Mucho ruido?

Zopi puso cara de más o menos.

—¿Y nunca entran a las habitaciones?—dijo Antonio.

—A veces.

Por lo demás, era una casa cómoda, de techo de chapa con faldones de paja haciendo de cielo raso. Había un dormitorio grande, un baño y un estar con la cocina abierta. El baño daba al dormitorio.

Antonio pensaba que era bueno que la casa fuera sencilla. Zopi parecía un hombre organizado; ya había decidido dónde dormiría cada uno. Se había elegido el sillón del estar para dejarle el dormitorio. Al lado del sillón había una mesa ratona. Los demás muebles eran una vieja mesa de algarrobo con cuatro sillas, una de las cuales estaba desvencijada. Sobre la barra de la cocina colgaban, de ganchos, una batería de ollas, sartenes de aluminio, jarros y tazas enlozadas. La barra era de la misma madera que la mesa. Había un balde de cobre lleno de velas, un par de candelabros y una linterna que funcionaba débilmente.

—Voy a traer la conservadora. Así vamos saliendo...—dijo Zopi.

—¿Querés que te ayude?

—No.

Había logrado encender una fogata considerable. Antonio le arrojó la bolsa de carbón y buscó una vara rígida para arizar el fuego. "Vino", se le ocurrió. "Ojalá traiga el vino." Se asomó a la escalera, pero ya había oscurecido y no pudo ver nada.

Un ruido lo distrajo. Escuchó con atención. ¿Serían pájaros o ratas? El piso seguía aguachento, a pesar de la alfombra de zarzas. La montaña de carbón crujió, y las chispas volaron hacia el cielo.

No había sonreído en aquellas fotos, estaba seguro. Se había autorretratado montones de veces; otros lo habían retratado y le habían rogado, inútilmente, que moviera los labios. Inspiró un largo tirón de aire frío con olor a pasto y a madera quemada. El cielo

se había llenado de estrellas. ¿Victoria no le habría preguntado algo justo en ese momento? Tal vez la sonrisa no fuera otra cosa que el movimiento de sus labios al contestarle.

Zopi trajo una botella de vino, vasos, pan, una tabla, un tenedor y un cuchillo, sal, la carne y la linternas, a la que le había cambiado las pilas. Había comprado bifes de costilla. Los saló, mientras Antonio esparcía las brasas. Sirvió dos vasos de vino hasta la mitad y le acercó uno a la parrilla. También le convidó un pedazo de pan.

—Estuvo buena la reunión del otro día... —empezó a decir Antonio—. Qué idea esa de comprar diapositivas de otro...

—Es Sara —dijo Zopi—. Hace cada cosa más extraña... Ahora quiere que hagamos el viaje.

Antonio se puso el pedazo de pan en la boca.

—¿A qué lugar? —preguntó, distraído.

—Ahí. A las fotos —Zopi se rió—. Está loca de remate.

Dijo que Sara había preparado un plano y había calculado el tiempo de las estradas por la ropa que esos desconocidos llevaban. El cálculo no pasaba de ser una suposición. Ella creía que tenían que salir en septiembre; la cantidad de gente en la playa indicaba temporada baja.

—Quiere que compre un Renó Dofín. Ya averiguó en dos de los hoteles. Va a llevarse algunas diapositivas para preguntar por ellos a los conserjes y a los empleados más viejos. Quiere saber cómo se llamaban de verdad. Quiénes eran. Qué hacían.

—¡Mirá si se van a acordar de eso!

—Le digo lo mismo, pero ella está eligiendo diapositivas clave, por las dudas.

Zopi alejó su cara del fuego. Se tocó la frente, como si le ardiera.

—Está un poco pirada... —dijo.

—¿Y no te asusta?

—¿Esa obsesión?

Antonio asintió.

—No. Me asustan otras cosas de Sara —dijo Zopi.

Y se tambaleó. Antonio lo ayudó a sentarse.

—¿Te sentís mal?

—Estoy colorado, ¿no?

Antonio le estudió la cara bajo la luz de la linterna.

—Sí. ¿Qué te pasó?

—Dura uno o dos minutos, no te asustes.

—¿Cómo sabés?

—Ya tuve.

Algo lo suficientemente grande como para ser visto, pero lo suficientemente rápido para huir, pasó por detrás de la parrilla y se metió dentro de la pila de ramas. Antonio apuntó con la linterna. Apuntó también hacia otro lado y vio dos ojos amarillos, durante un segundo. No estaba tranquilo.

—Sara me pone algo en los vasos, para que no tome alcohol —dijo Zopi—. La descubrí el otro día, y tuvimos una pelea. Son unas pastillas grises que guarda en la cartera. Desde que la vi, las guarda en otro lugar.

Una rama crujió.

—Lo hace para que deje de tomar. Hace meses que el vino y la cerveza tienen gusto a tierra. Me está acostumbrando...

Antonio masticó otro pedazo de pan. Estaba pendiente de Zopi, pero también de los ruidos de alrededor.

—Vos le metés los cuernos todo el tiempo —dijo—. Al lado de eso, el engaño de Sara es infán-til y bien intencionado.

—¿Bien intencionado? No he podido tomar un trago en meses. La cabeza me estalla. Tuve que ir al médico. Las pastillas salieron en los análisis...

Chistó.

—Mí propia mujer... —agregó, después.

Antonio acomodó los bifes en la parrilla. Zopi le preguntó qué le andaba pasando.

—Algo sé —dijo—, algo me contaron las chicas. Marta y Sara.

Antonio dijo que estaba en una época rara. Que se sentía inseguro de su trabajo y de su familia.

—La crisis de los cincuenta años —lo interrumpió Zopi.

—Tal vez.

Dijo que le resultaba difícil conversar con Victoria. También con Marta. El viento del mar hizo temblar las copas de los arbustos.

—¿Y esa chica de sepia...? —insistió Zopi.

Antonio subió los hombros.

—No estoy saliendo con nadie, si eso es lo que querés saber.

Hizo un gesto para que Zopi, que estaba por hablar, se callara. Nada ocurrió. Los ruidos del ambiente también se habían callado.

—Sé que sentí algo extraño cuando ví a esa chica.

Algo que justificó que la siguiera.

—Como esos ruidos —dijo Zopi.

—No. Algo tranquilizador. Algo lindo.

Oyeron pisadas cerca de ellos, adentro de la espesura.

—Deben ser gatos —dijo Zopi.

Se quedaron un rato en silencio. Antonio dio vuelta los bifes.

—¿Y con Marta... tienen relaciones?

—Sí, y muy buenas —contestó. Después se encogió de hombros—. Es extraño; nunca me había pasado. Sé que no la quiero lo suficiente. Tal vez debería decir que no la amo. Pero cogemos bárbaro.

—A mí también me pasa —dijo Zopi—, pero con Sara cada vez lo hacemos menos. Apenas lo justo para cumplir. En cambio, con la pendeja que me levanté el otro día, me la paso garchando.

Antonio cortó un pedacito de carne. La probó.

—Yo no podría.

—¿Qué?

—Coger sin amar...

—Pero ahora lo estás haciendo.

—Con mi mujer. De la que alguna vez habré estado enamorado...

La duda en el tiempo verbal lo dejó pensando.

—... porque ahora ni te acordás —completó Zopi.

Antonio tomó otro trago de vino. Zopi le alcanzó la tablita.

—Me gustan jugosos —dijo. Y continuó—: Mientras la carne marche, es un buen comienzo... ¿Comemos abajo o arriba?

—Arriba —pidió Antonio.

Subieron la carne sobre la madera. Antonio puso la mesa. Zopi volvió a bajar para recoger las brasas en un balde de acero. Adentro de la casa, las apiló en el hogar. Arrió unos troncos. En minutos tuvieron otro fuego. Cenaron sobre platos de cerámica. Zopi tomó Bidú Cola.

—No entendí por qué es un buen comienzo...

—Qué cosa.

—Lo que dijiste abajo.

—Haceme acordar que suba la reja de la parrilla, después.

—¿Para qué?

—Para que no la chupen los animales.

—Estuvo todo el invierno ahí...

—Bueno, para que no la chupen más de lo que ya lo hicieron.

Zopi se llevó un pedazo de carne a la boca.

—Quise decir: si cogés bien, ¿para qué preguntar? Comía afirmando con la cabeza. Para él no había nada que resolver.

—Si te parece una desconocida, ¡mucho mejor! —rió—. ¡Carne virgen!

Antonio se sirvió vino hasta vaciar la botella.

—En realidad, quiero a Marta —dijo, arribando a una conclusión.

Depositó los huesos sobre la tabla vacía.

—Y tengo que querer a las dos, a ella y a Vicki.

—No como una obligación —dijo Zopi.

—No, no, de verdad. Desde adentro —se apresuró a aclarar Antonio—. Tengo que estar bien con Marta, con Vicki. De últimas, estoy mejor que con alguna otra gente que antes me molestaba...

Zopi quiso saber qué gente. Antonio dudó. Parecía confundido.

—Otra mujer —dijo, al fin.

Crea recordar a una mujer más energética que había tenido alguna vez. En realidad, no la recordaba con precisión, sólo podía evocar la rigidez de su trato. Ese pensamiento fue una ráfaga que entró y salió repentinamente de su cabeza aturdida por el alcohol.

—¿Una mujer anterior?

—No sé —dijo Antonio.

—¿Tuviste otra esposa?

Antonio se quedó mudo. No se acordaba. Le daba vergüenza no acordarse.

—Marta es tan mansa... —empezó a decir Zopi—. Ojalá la mía fuera tan disciplinada...

El adjetivo dibujó una arruga en la cara de Antonio.

—Pero, bueno, tiene mejores tetas —completó Zopi, estallando en una carcajada—. ¿Qué pasa?

La cara de Antonio estaba blanca.

—No sé por qué te conté eso. Lo de la otra mujer.

Zopi tomó Bidú.

—Porque estás borracho —dijo.
Levantó las cosas de la mesa.

La mirada de Antonio se perdió entre las llamas del hogar. Esperó en silencio a que Zopi volviera.

—¿Nunca tuviste recuerdos que no fueran tuyos? —le preguntó—. Como si vinieran de otro lado...

Zopi pensó un instante.

—¿De otra ciudad?

—De otra historia.

—No —dijo Zopi.

Después hizo un gesto, como si se acordara de algo.

—Hay una teoría...

—¿Sí?

—Algo del órgano de los sueños. De la máquina interior que nos da imágenes para soñar. Dicen que esa máquina puede llegar a funcionar, también, cuando estamos despiertos.

—¿Quién lo dice?

—Lo dieron en el Canal Infinito.

Antonio negó con la cabeza.

—No creo en esas pavadas del Canal Infinito —dijo.

Zopi se defendió.

—No hay mucho que creer si se trata del mismo órgano que hace que tengamos pesadillas. Si suponemos que el cerebro puede mirar hacia adentro estando dormidos, deberíamos también darle un lugar a la existencia de las alucinaciones exteriores. Parece lógico.

Antonio ya se había distraído con algo que se arrastraba en el entretecho.

—Empezaron —dijo Zopi.

Los murciélagos aleteaban en el espacio residual entre la chapa y el faldón de paja. Buscaban un lugar para aparearse o dormir.

—¿Eso será todo? —preguntó Antonio.

—Si no entra una comadreja, sí. La comadreja no sólo hace más ruido, sino que hace caer la paja por los lugares en los que va pisando.

Antonio estaba mareado. Se despidió de Zopi y se fue a su cuarto. Cerró la puerta. Encendió el velador. Imaginó los caminos de los animales sobre la paja. Esperaba que ninguno de aquellos seres pudiera vencer el cielo raso y caer sobre él mientras dormía. Eso le daba miedo de verdad: un murciélago podía tener rabia. Desde donde estaba, estridado entre sábanas que tenían olor a humedad, escuchaba el crepitar de los leños. Oyó que Zopi salía de la casa y pensó: "Fue a buscar la rejía de la parilla". Se levantó a mirar por la ventana; no lo vio. Abrió las puertas del placar. Había perchas de metal. Colgó sus pantalones, la remera, el pulóver. Se acostó y se tapó con todas las mantas.

Tuvo un sueño con la chica de sepia.

Ella iba vestida con su polera roja, sus borceguíes y el pelo largo. Se hacía una trenza, de espaldas a Antonio. Después se la deshacía, porque a Antonio no le gustaba. Cruzaba las piernas en una actitud infantil. Cruzaba, además, los dedos de una mano. Cuando la trenza se deshizo por última vez, el pelo ya no le llegó a los hombros.

Antonio se acercó. Con las yemas de los dedos rozó la cabeza de la chica. El pelo empezó a encenderse.

Zopi lo estaba sacudiendo en la cama. La agitación de Antonio era casi asma, un ahogo de humo. Se incorporó para toser.

—¿Con qué estabas soñando?

Antonio trató de recordar.

—Con fuego —dijo, seguro de lo que había visto.

—Gritaste...

Antonio no se acordaba de ninguna otra cosa.

—¿Qué grité?

Zopi apoyó las manos sobre las mantas.

—Un nombre de mujer —dijo.

—¿Lorena?

—No. Paula.

—Si consideramos que los seres pueden seguir existiendo en otras dimensiones... ¿por qué no van a poder manifestarse o actuar sobre las personas vivas?

La pregunta de Zopi quedó flotando en el aire como una gaviota de las que sobrevolaban la playa. Estaba hablando de seres muertos.

La playa estaba salpicada de piedras y de hierros, estos últimos producto de un naufragio. Los hierros eran puro óxido con incrustaciones negras, perladas por el agua de mar. Las piedras eran más interesantes. Al menos así lo creyó Antonio, que llevaba la cámara fotográfica. Las formas de las piedras le parecieron pedazos de cuerpos humanos: torsos, hombros, cráneos.

—Sólo que se contradice con lo que ayer me explicabas. Decídite: ¿la aparición de un fantasma es o no es una visión en el cerebro de alguien?

Antonio se agachó sobre una piedra para medir la luz.

—Después agregaste que un moribundo puede provocar una aparición a la distancia... Y que era

posible que una persona viera espíritus. Ésas ya son cosas muy difíciles de creer. Pero que un muerto se manifeste... eso es una taradez.

—Es mucho, ¿no? —dijo Zopi.

Antonio asintió, sin dejar de mirar por el visor. Había algo en las redondeces de las piedras que las convertía en musculaturas. Se sintió tentado a tocarlas. Zopi lo hizo por él, espontáneamente, un instante después de que Antonio lo deseara.

—Me convenciste —dijo Zopi—. Las teorías del Canal Infinito hacen agua por todas partes.

Las piedras estaban frías. En la playa había muchas gaviotas. Algunas echadas, otras que corretaban. Una pasó rozando el mar, por delante de la ola que se estaba formando. La sombra de la gaviota flotó paralelamente a la costa. Zopi dijo:

—Y jamás conociste a una Paula...

—Exacto. Parate ahí.

—¿En el agua?

—Sí, dale.

—Estará helada...

—Es para una foto.

—¿Muy buena?

—Fotón.

Zopi se descalzó a regañadientes. Antonio también, y se quitó las medias. La arena estaba más fría que el agua. A los dos les dio la misma impresión. Antonio hizo que Zopi cambiara de lugar, luego lo hizo ponerse en cuclillas. Esperaron en silencio la espuma de la ola.

—Ya está.

A lo lejos vieron a un pescador con un niño o un perro. Desde donde ellos estaban no se podía distinguir. Si era un perro, le habían puesto un uniforme color verde. Si era un niño, podía ser un rompevientos, o un pulóver. La proa del barco hundido estaba unos cincuenta metros antes que los pescadores, clavada de punta en la arena mojada.

Zopi se recostó detrás de un peñón que parecía la espalda de un patovica. Asomó la cabeza por el extremo correspondiente a los hombros.

—Para Sara, dale.

Antonio se agachó buscando que el cuello de Zopi quedara centrado.

—Quiero... Ya.

—¿Saló buena?

—Graciosa.

Las piedras estaban perforadas, torneadas, retorcidas. El mar las había moldeado como arcilla. Antonio hizo varias tomas. Las sombras de las piedras eran aún más interesantes. Cuando las olas llegaban a mojarlas, las sombras se desdibujaban en el movimiento.

Antonio dijo:

—No sé quién puede ser Paula.

—Tal vez sea el segundo nombre de Lorena.

—El nombre Paula no me produce nada...

Antonio creía que el pedazo de proa del barco era demasiado obvio para fotografiar. Como las fotografías de ardeceres, que eran bellas pero estaban gastadas por la repetición. Hizo una o dos tomas

para conformar a Zopi, a quien la proa le parecía muy bonita.

Al apuntar sobre un ojo de buey, centró la visión del teleobjetivo sobre el pescador. Movió el cañón hasta ver al cachorro. Era una niña con un buzo canguro, verde oliva.

—Tampoco recuerdo haber conocido a ninguna Lorena... —empezó a decir. Sacó una foto más. Zopi se puso los mocasines.

—... pero esa chica estará muy pronto en mi camino —concretó Antonio—. Estoy seguro y no sé por qué. Además hay otra cosa.

—¿Qué?

—Siento que estoy en deuda con ella.

—¿Por haberle hecho tantas tomas?

—No. O que estaré en deuda, bueno... Esto del futuro me confunde...

—¿Por qué?

Antonio levantó una mano para indicarle que prefería torcer camino en dirección al pescador. Zopi ya tenía ganas de regresar. Le había dado frío en los pies.

—Hasta allá nomás —dijo Antonio—. Quiero saber si pescó algo.

—Falta un montón...

Antonio siguió adelante y se dio vuelta sólo para regresar a la conversación.

—¿Por qué? Porque sería una precognición, nada menos. Y las precogniciones no existen...

Zopi aplaudió.

—Bravo por el racionalista. ¿Por qué no pueden existir, a ver?

Antonio se detuvo para explicarle.

—Si la precognición existiera, y uno pudiera ver el futuro en los sueños, o en estado de trance, y los vaticinios se cumplieran, querría decir que estamos viviendo en el pasado, en algo que ya ha sucedido. Un suceso que para nosotros puede ser nuevo, pero que para el tiempo es memoria...

Zopi dio vuelta un cangrejo con el pie.

—Y la memoria es como un álbum de fotos: siempre es pasado... —Antonio se tocó la cabeza.

—Ése es un razonamiento negativo —dijo Zopi.

—¡Todo lo contrario! Creo en el futuro, en lo imaginable. Sería un razonamiento negativo si creyera en tener un recuerdo de mañana, porque estaría afirmando que mañana ya fue.

En cuanto el agua lo rodeó, el cangrejo hizo un pozo y desapareció de la superficie.

—Aceptar que la precognición existe es aceptar que esta vida ya se ha vivido —dijo Antonio.

—Pero bien que te gustaría ver de nuevo a Lorena, o como se llame tu chica de sepia...

La cara de Antonio se iluminó.

—Sí, me gustaría tener otro encuentro con ella, aunque fuera tan efímero como el que pasó. Aunque más no fuera una repetición.

—Y si te dieran la oportunidad de hablar con Lorena, ¿qué le preguntarías?

—Le preguntaría por qué me pasa esto.

—¿Para qué?

—Para saber.

—¿Todo?

—Todo —contestó Antonio—. Quiero llegar al fondo.

—¿Y si resulta que en el fondo no hay futuro?

—No importa.

—¿Y si resulta que te enamoras?

Antonio se dio vuelta para no mirarle la cara.

—Será algo bueno —dijo.

Zopi pensó antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Y si llegara a ser algo malo?

—¿Malo como qué?

—No sé, un secreto atroz. Algo que te inmovilice, que te provoque pánico.

Empezaron a caminar de nuevo, más despacio que antes.

—Nada puede ser peor que la incertidumbre —dijo Antonio.

—Puede haber cosas peores. Situaciones para las que se necesite tener un nivel de preparación o de adaptación que vos no tengas...

—¿De adaptación? No te entiendo...

Zopi trató de explicarse con las manos, que quedaron haciendo un dibujo en el aire.

—Digo, no sé. ¿Vos te sentís preparado para lo que sea, con tal de ver de nuevo a Lorena?

—Seguro —dijo Antonio.

El pescador mantenía tirante la tanza. Desde donde ellos estaban, ya se veía el brillo del nailon.

—Me encantaría poder convocarla...

—¿De qué manera?

Antonio dio varios pasos sin hablar.

—Por la sola voluntad —dijo, al fin.

Completó en silencio la distancia que faltaba hasta el pescador. El hombre tenía una gorra negra hasta las cejas, que también eran negras.

—Buen día —saludó Antonio.

—Buen día —contestó el pescador.

Zopi, que venía retrasado dos pasos, se acercó.

—¿Qué saca?

El pescador le hizo una leve inclinación de cabeza.

—Pejerrey o borriquetas.

—¿Y con qué encarna?

—Calamar. Cuando no hay, hígado.

—¿Hígado de pescador?

—De pollo, señor.

La nena estaba jugando con un baldecito. También había tres baldes de pintor. Uno tenía un cuchillo y calamares mal envueltos en papel de diario; del segundo salían carreteles y un aparejo; en el último había pan y fiambre.

—¿Lombrices no sirven? —continuó Zopi.

—¿De mar?

—De tierra.

—No —contestó el pescador.

—¿Hay lombrices de mar?

—Hay. De tierra no sirven, señor. De tierra es para el río.

La nena llevaba coltas en el pelo. Levantó la cabeza para mirar a los recién llegados. Antonio le vio el lunar debajo del mentón. Las manos le comenzaron a temblar.

—¿Y hay pique?

—Nada.

—¿Estarán de hace mucho?

—De recién.

Antonio se puso de rodillas. Levantó la cámara. La nena le sonrió. El hombre giró medio cuerpo para ver qué era lo que ese extraño estaba haciendo.

—¿Es hija suya? —le preguntó Zopi.

—No —dijo él.

—Pero está con usted...

Antonio se acodó sobre la arena y sacó una seguidilla de fotos. Apuntaba con voracidad. Tenía la cara demudada en una sensación de vértigo. La nena posaba, lo más contenta.

—¡Eh! —gritó el pescador. Y dirigiéndose a la nena—: Vení para acá.

Ella tendría tres años. Había algo de particular en su rostro para que Antonio se arrastrara por la playa de esa manera, apoyándose sobre los codos. No había hecho caso al grito, aunque había sido para él.

La caña hizo un tirón sobre la mano del pescador. Él, nervioso, empezó a recoger la línea, sin dejar de mirar hacia atrás. Antonio se movía en contorsiones rápidas y violentas, apretando el disparador.

—¡Eeeeh! —repite el pescador. En la línea no trala más que los anzuelos vacíos de carnada.

—¿No es hija suya pero está con usted? —insistió Zopi.

—No tengo por qué contestarle... Oiga... ¡Deje ya mismo de sacarle fotos!

Antonio no lo oía. Hizo las cuatro tomas que le faltaban para acabar el rollo. Miraba como un

autista. Rebobinó con una mano, mientras se palpaba el cuerpo con la otra en busca de más película.

—¡Señor! —gritó el pescador, acercándose a Antonio. Había desclavado la caña y la estaba enarbolando como para pegarle un latigazo.

—No hay problema, me lo llevo —dijo Zopi.

Lo arrastró de un brazo. Antonio tenía el cuerpo endurecido por los nervios. Había alcanzado a sacar el rollo de la máquina y se lo guardó en un bolsillo. Temblaba. Caminaron a paso rápido. El pescador levantó a la nena, que había empezado a llorar. Antonio volvió varias veces la cabeza.

Llegaron a la casa sin hablar. Zopi tardó dos coñacs en tranquilizarlo. Todavía era de día. Lo acostó y cerró las cortinas. Antonio aguantó una hora con los ojos abiertos; después se quiso levantar. Apartó las manos hacia un costado y apoyó un pie en el suelo, pero hacía demasiado frío y se volvió a meter en la cama.

Los ruidos empezaron a la medianoche. Zopi los escuchó desde el estar, donde estaba leyendo. Fue hasta la habitación. La manta estaba cálida. Antonio, de pie frente al placar abierto, agitaba las perchas de metal. Las perchas hacían el ruido que Zopi había escuchado.

—¿Te volviste loco?

Antonio no le contestó. Salió del cuarto separado a Zopi del marco de la puerta, como si fuera una mosca que lo estuviera molestando. Fue directo a la mesa ratona. Zopi no hizo nada para detenerlo; lo siguió. Lo vio dar vuelta la copa en la que había servido el coñac, para después arrastrarla desde

el centro hasta el borde derecho de la mesa. Antonio hizo el movimiento como si fuera una jugada brillante de ajedrez. Después soltó la copa unos segundos, con cara de no saber cómo seguir, y nuevamente se puso a moverla. A Zopi le pareció que el dibujo que Antonio iba formando sobre la mesa era algo así como una superposición de estrellas de David, o esos juegos de intentar construir un sobre de un solo trazo. Con el final del coñac que se había volcado, había quedado marcado un torpe triángulo escaleno.

Antonio tenía la mirada perdida. Cayó desplomado sobre el diván.

Zopi se sobresaltó: simultáneamente con el cuerpo de Antonio, se cayeron una olla y la sartén de cobre que estaban colgadas sobre el desayunoador. Los cacharros rebotaron en la madera de la barra para terminar estrellados contra el suelo: uno del lado del estar y el otro del lado de la cocina.

Se acercó al cuerpo inconsciente de su amigo. Le tocó las mejillas. Antonio estaba transpirado; respiraba entrecortadamente. Zopi lo acomodó sobre el diván, estirándolo por las piernas. Los pies de Antonio estaban fríos. Tenía las plantas impregnadas de un polvillo blanco, fino como el talco o la harina. Zopi lo estaba limpiando, cuando le oyó decir:

—Si engañás a Lorena con Paula te mato, Gustavo.

No parecía su voz. A Zopi se le cayó la toalla de las manos. Antonio inclinó levemente la cabeza y,

como si nada hubiera pasado, le preguntó la hora. Zopi consultó el reloj en su muñeca.

—Las seis y cuarto —dijo.

Gustavo, el hombre que Antonio había invocado en su única frase inconsciente, estaba arrodillado a un costado, muy cerca del diván. Con la cabeza hundida entre los hombros, casi pegado al hogar, rechinando los dientes sin parar y sin poder frenar el llanto. De estirar un poco el pie, podría haber tocado una de las patas de la mesa ratona. A su lado había un teléfono. Gustavo y el teléfono eran invisibles a los ojos de Antonio y Zopi. Y ellos tampoco alcanzaban a oír el rechinar de aquellos dientes, tan parecido al crepitar del fuego sobre los troncos.

Gustavo, en cambio, los había percibido. No directamente; pero sabía que alguien más estaba allí con él, en la misma habitación. Tal vez a menos de dos metros de distancia de su cuerpo acurrucado y tembloroso. Levantó el tubo del teléfono y marcó el número que sabía de memoria. Tuvo que marcar tres veces: estaba tan nervioso que le costaba acceder en las teclas. Había visto las pisadas, había oído la voz y otros ruidos horribles. Estaba inmovilizado por el pánico, al igual que la copa de coñac, invertida y quieta, sobre la mesa. Las velas seguían encendidas. Algunos papelitos con letras estaban caídos. Del otro lado de la línea, alguien levantó el auricular.

—Lore —dijo Gustavo, con un hilo de voz—. Acaba de ocurrir lo peor.

—¿Quién es?—había preguntado Lorena.
En el teléfono no había ninguna voz.

Esto pasaba desde hacía meses. Alguien la estaba llamando *por agenda*. Para Lorena, llamar por agenda era anotarse en la agenda un teléfono en un horario dado, día a día, y repetir el acto con insistencia, lo que Gustavo hacía con las editoriales para que le pagaran, y ella con Gustavo cada vez que quería que le devolviera sus discos. La voluntad de la persona que estaba haciéndole esos llamados parecía muy difícil de torcer. El silencio que se escuchaba al otro lado de la línea era metálico, tal vez eléctrico. “Jamas humano”, pensaba Lorena.

Las últimas veces había ocurrido algo todavía más extraño. El vacío de línea había sido interceptado por un bip, que Lorena interpretó como la indicación para comenzar a dejar un mensaje. Estaba segura de que se trataba de algo así. Antes del minuto sonaba un segundo bip, y después volvía el tono. Alguien, del otro lado, le estaba dando una oportunidad para comunicarse. Hasta el momento de la llamada de Gustavo, Lorena no se había animado a decir nada.

La voz de Gustavo logró ponerla nerviosa a la distancia. La estaba llamando desde una playa, a más de quinientos kilómetros de la casa de Lorena, y ella se sintió tan afectada que, cuando escuchó la señal de llamada en espera, no consideró que estaba hablando con su novio a larga distancia (y en ese estado de pánico), y le dijo sin pensar "Esperá que tengo a alguien en línea". Apretó flash-dos y tomó la llamada. Cuando se dio cuenta y quiso volver, Gustavo había cortado la comunicación. Intentó marcar el número y le dio ocupado una y otra vez: Gustavo había descolgado el auricular.

¿Cuáles habían sido sus palabras? ¿"Acaba de pasar lo peor"? "Demasiado literario", pensó Lorena. Para Gustavo, casi todas las cosas podían ser "lo peor". Era el perseguido más grande que ella conocía, un fóbico total. Tomó un largo sorbo de su café con leche. Luna se le acercó, saliendo del fondo infinito de papel blanco que Lorena utilizaba para hacer retratos.

—No, no —la retó Lorena—. Otra vez ahí, vamos. Empujó a la gata para que se subiera al papel. El animal estaba cansado de posar. Hacía más de media hora que Lorena le sacaba fotos sin parar, y apenas la había premiado con un puñado de *Whiskas*. Luna había visto a su dueña (a Lorena le disgustaba decir que era la dueña de Luna, pero técnicamente era así) cambiar lentes, rollos, graduar la luz y la apertura del obturador.

Lorena atralá y alejaba la imagen de su gata sin que ésta se moviera, aunque eso fuera lo que la gata

más quisiera hacer. Y salirse de ese papel tan blanco. Trató de rasgarlo. Lorena movió una pantalla plástica y Luna quedó encandilada por la luz. Frunció la cara. Parecía pensar: "O me sacás de acá, o te meo el relón". Lorena tenía muchas más fotos para hacerle. La gata dobló las patas traseras y le dejó un charquito.

—¡Luna!

Lorena apoyó la cámara en el piso y esparció a Luna hacia la cocina. La gata hizo miau, lo que tal vez quisiera decir "te avisé". Tomó un poco de leche de su tazón y se fue a dormir. Lorena cortó el papel, lo arrugó y lo tiró a la basura. El rollo cargado aún tenía cuatro fotos. Puso la cámara sobre el trípode. Extendió más papel de fondo, hasta cubrir el espacio a su espalda. Apretó cuatro veces el pulsador.

¿Qué era lo que Gustavo estaba haciendo en esa casa de la playa? Escribir. Gustavo era escritor de novelas de fantasmas. Tenía la convicción de que había un solo tipo de miedo básico, y él lo conocía. Sus novelas se vendían poco, y debía terminar una cada tres meses para que le alcanzara a cubrir los gastos mínimos de alquiler, servicios, comida y algún antojo que surgiera. El resto del dinero que necesitaba para vivir lo conseguía de las reseñas literarias que hacía en los periódicos.

Lorena lo había conocido en la editorial. Le habían encomendado el trabajo de sacarle la foto para una solapa. Él se había mostrado muy seguro y ganador, pero en el fondo era supersticioso y tenía una

suerte mediocre. Lorena se había dado cuenta en la primera cita. Desde ese momento habían transcurrido tres meses y una semana. Habían salido los miércoles, los viernes y los sábados a la noche.

Cuando hicieron el amor por primera vez, Gustavo estaba comprometido con alguien; una chica petisa y engrupida, según Lorena. La chica también era escritora, pero de novelas de aventuras para adolescentes. Lorena la conocía: le había sacado una foto de solapa y la recordaba obsesionada por un grano que le había salido debajo de la nariz. Un día Gustavo decidió que iba a quedarse con la fotógrafa. Desde entonces, la relación había sido más pesada para ella, que tenía que aguantarle sola todas sus mañas de cuarentón, a tiempo completo. Además, como lo había conocido mientras Gustavo estaba con otra mujer, Lorena no se sentía muy segura de él.

La otra cosa difícil era que no podía contenerlo en su ansiedad. Era un hombre imposible. Por ejemplo, ahora: ¿qué le podía haber ocurrido para mostrarse tan desesperado? ¿Para qué la llamaba desde quinientos kilómetros? ¿Para contragiarle sus miedos?

Igual la hacía reír. Y las novelas de él le gustaban, aunque no conocía a nadie que se hubiera asustado con ellas. En la editorial habían decidido cambiarles el target, incluyéndolas en la colección juvenil. Para Gustavo había sido una degradación.

—¿Qué va a pensar mi público? ¿Que todo este tiempo lo estuvimos tomando por idiotas?

—Los jóvenes no son idiotas —corrigió el editor.

Iba a tener que quitar, eso sí, cualquier escena de sexo o alusión al acto sexual. Lo demás podía seguir igual: los chicos pedían cada vez más y más sangre.

Lorena había sabido captar, desde esa primera solapa, el yo verdadero de Gustavo; ese gesto que lo mostraba inteligente a la hora de asustar a los lectores con los trucos de costumbre. "Esta vez seré distinto", prometían sus ojos en la foto, "y te mataré de miedo". Al decir de Gustavo, las fotos lo *stephen-kingzaban* lo más bien.

Lo que menos le gustaba a Lorena de la fotografía era la parte del laboratorio. Habla algo en el cuarto oscuro que la inquietaba, con su luz mortecina y las apariciones de gente en los papeles. La misma luz roja le daba temor. Por eso trataba de permanecer el menor tiempo posible entre las cubetas, y casi siempre desviaba la cara en el momento del revelado.

—¿A qué le tenés miedo? —le había preguntado Gustavo.

—A que en el papel aparezca otra persona.

Ésa era la única fantasía terrorífica que Lorena le había confesado, y él la había utilizado de argumento en su siguiente libro, *El espíritu del laboratorio*. Con lo que ganó, Gustavo pudo pagar el gas, la electricidad y el teléfono de su departamento; llenó tres heladeras; le regaló a Lorena un perfume y alquiló durante dos semanas una casa en la playa para escribir otra novela.

Por esos días Lorena se había mudado al mismo departamento que su madre, para que Inés no se sintiera sola. Inés era obesa y pecosa; Lorena era finita,

morocha, con el pelo castraño oscuro, los ojos marrones y un lunar negro cerca del mentón. El departamento era lo suficientemente grande como para que madre e hija tuvieran cada una su cuarto y sus espacios. Lorena había armado un pequeño laboratorio en la habitación de servicio, que tenía baño y era fácil de oscurecer. Pero el rolón de papel estaba colgado en el estar, y eso era un tema de disputa entre las dos. Inés quería que lo sacara de allí porque afeaba el ambiente. Lorena argumentaba que el estar era el único lugar del departamento lo suficientemente largo como para conseguir una distancia focal razonable. Y las cuentas del departamento se pagaban con la fotografía. Ésas eran, siempre, las últimas palabras de la discusión. Luna dormía en la cocina.

Inés sufría de depresión crónica, estaba medicada con Alplax y a veces le pedía a su hija que se pasara a la cama matrimonial. Luna tenía prohibido subirse con ellas, porque Inés era alérgica. Inés y Lorena dormían tomadas de la mano casi todos los domingos. Esas noches, la gata orinaba en las alfombras y rasguñaba los sillones del estar. Fuera de la molestia del acoso telefónico, Lorena era feliz.

Gustavo le había contado la teoría de Schopenhauer acerca de la fabricación de un fantasma.

—El ojo humano recibe imágenes debido a una mezcla de estímulos exteriores y convulsiones nerviosas internas. Pero también las puede recibir sin intervención de lo exterior. El oído a veces percibe ruidos como consecuencia de procesos anormales

en el cuerpo. El olfato también, y es muy común que se puedan sentir olores determinados sin causas exteriores.

—A mí nunca me pasó—dijo Lorena.

—A mí sí. Y el cerebro también puede hacerlo.

¿Por qué no? ¿De qué te reís?

—De tu cara de loco. Te voy a sacar una foto.

Gustavo abrió un libro de tapa dura. Leyó:

—“Por determinación de excitaciones interiores, el cerebro puede proyectar figuras en el espacio. Las figuras así formadas no serán fáciles de distinguir de las ocasionadas por los sentidos.”

—Quieto.

—Quieto, nada. Dejame terminar. “El cerebro construirá esas figuras en las tres dimensiones, y después hasta las podrá mover, siguiendo el hilo de la causalidad, que es otra función del razonar.”

—¿Terminaste?

—No. Se trata, nada menos, que de la proyección de un sueño hacia fuera. A la capacidad para soñar, Schopenhauer la llama “segunda vista”.

Gustavo cerró el libro.

—Ahora sí—posó.

Lorena sacó la foto.

La casa en la playa era del padre de un amigo de Gustavo. Se la alquilaba por doscientos pesos a la semana. Lo que más atralá a Gustavo era el gran ventanal. Al principio la casa no tenía electricidad y había que sacar el agua de un pozo que los uruguayos llamaban *cachimba*. Así fue durante un año. Después, con la llegada de la luz, el padre de

su amigo hizo instalar hasta luminarias externas con detectores de movimiento.

Se bajaba a la playa por una escalera. Abajo había una parrilla. Gustavo jamás la usaba porque odiaba encender fuego. La cocina de la casa andaba a gas. La heladera, de tan vieja, no hacía hielo. El teléfono era el último adelanto que había llegado.

Al fuego del hogar no tenía más remedio que encenderlo: Gustavo iba a la casa en invierno. Durante el verano, el lugar se alquilaba a precios exorbitantes, que él no podía pagar. La casa no tenía vecinos. Para llegar, Gustavo caminaba quince minutos por la playa. Se llevaba comida en latas, huevos cocidos, queso y galletas que iba consumiendo en canapés. Solamente si el hambre era irremediable, caminaba los quince minutos hasta el pueblo. A la vuelta regresaba con el único taxi que había, uno manejado por un turco con un bigote en herradura, y aprovechaba para llenar el baúl de botellas de vino y caña quemada. Era el lugar ideal para escribir novelas de horror. Además, podía dar paseos por la costa, hasta el barco hundido o las piedras.

El día antes de ir a visitarlo, Lorena había almorzado con su madre en un restorán de Belgrano. Ocuparon una mesa pegada a la vidriera, y apoyaron las carteras y los sacos en una tercera silla. Comieron carnes y pastas. Al terminar, Inés le pidió al mozo que les sacara una foto. Lorena llevaba la cámara encima porque venía de hacer un trabajo. Se paró, midió la luz y la distancia, encuadró la toma y le entregó la cámara al mozo con la indicación de

no moverse y apretar ahí. La madre iba de negro. "Todavía", pensó Lorena. Reveló los negativos en el departamento, después de preparar su mochila.

Llegó a la playa el viernes a la mañana; Gustavo la estaba esperando para irse de caminata. No le importó que ella hubiera viajado ocho horas en ómnibus. Caminaron hasta la frontera con Brasil. Eran más de cinco kilómetros; cuando llegaron estaba todo cerrado, no había taxis y tuvieron que regresar a pie. Debido al cansancio, esa noche ni siquiera pudieron tener una cena romántica. A las nueve ya estaban durmiendo.

El sábado Lorena sacó cinco rollos de fotos en blanco y negro. Las fotos a color no le gustaban; opinaba que la esencia de una foto estaba en el juego de brillos y sombras sobre los volúmenes expuestos. Los colores, para ella, sobran. Además, hacían cosas que no eran importantes. Lorena había probado sacar las mismas fotos en blanco y negro y en color, con dos cámaras. Un mal detalle rojo podía competir con el motivo principal. El motivo de la casa en la playa era siempre Gustavo. Lorena también estaba encantada con el telón de fondo que el mar le ofrecía a toda hora. A la noche había apagado las luces y llenado el ambiente de velas. Cuando él se levantó de la siesta, se quedó perplejo.

—¿Quién murió?

—La luz—dijo ella—, y la vamos a velar.

Había cargado la cámara con un rollo de tres mil novecientas asas y la había atornillado sobre el tripe, para que estuviera quieta en las exposiciones

prolongadas. Ellos mismos iban a tener que quedarse quietos. El forómetro le pedía toda la apertura del diafragma y tiempos mayores a medio segundo. La primera toma se la hizo a las velas, para probar. Después, a Gustavo detrás de las velas; después cerca del fuego, pálidamente reflejado en el ventanal negro. Gustavo estaba sentado en el piso, frente a la mesa ratona.

—¿Y si jugamos a la copa?

Lorena dijo que ya no jugaba. Lo había hecho de chica, con unas amigas, y el "ser" se había presentado. Se acordaba hasta del nombre: Pepe.

—Un espíritu con ese nombre no puede ser serio.

—Se llamaba así.

—¿Y era bueno?

—Buenísimo.

Le hacían preguntas antes de ir a bailar. Si tal se iba a encontrar con cual, si la iba a besar. Pepe siempre acertaba. O, al menos, ésa era la percepción actual de Lorena sobre lo que entonces había pasado. Después las cosas no fueron tan bien, y decidió no volver a jugar.

—Por las dudas —dijo.

Lorena agregó que a lo que más le temía era a su propio abandono en el mundo de los espíritus. Había meses en los que sentía ganas de irse a otro sitio: temía que Pepe la convenciera. Pepe, de eso se acordaba bien, le había declarado su amor en el juego. Las chicas decían que Lorena era una privilegiada, y la envidiaban. Pero a ella le parecía algo negativo.

Todavía escuchaba voces, a veces, en el naratorio. Mientras flotaba. Y estaba tentada a contestar. Otras veces simplemente se emocionaba, y sus lágrimas se diluían en el agua de la pileta.

—¿Mientras hacés la plancha?

—Sí. Cuando el naratorio se queda sin gente y bajan la luz.

A pesar de los argumentos de Lorena, Gustavo insistió en jugar. Nunca lo había hecho, aunque quería poner una escena de ese juego en el libro que estaba escribiendo. Ella anotó todas las letras y los números del cero al nueve en papelitos. También hizo dos carteles: SÍ, NO. Ordenó los papeles formando un óvalo sobre la mesa ratona. Puso una copa dada vuelta en el medio. Tenía que ser una copa liviana, para que corriera bien. En la casa parecía haber solamente copas pesadas.

—No creo que funcione —dijo.

—Probenos.

—Mejor no.

Lorena había construido el tablero para que Gustavo viera cómo se hacía, nomás, y porque consideraba que esa escena en el libro era importante. Pero no iba a jugar. Era una promesa que se había hecho a sí misma, y la iba a cumplir.

Le explicó cómo se ponían los dedos sobre la base de la copa, apenas apoyados en el canto de vidrio. La copa temblaba y después salía a buscar una letra. Empezaba despacio y la velocidad crecía. A veces iba tan rápido que las chicas no alcanzaban a leer las respuestas.

—¿Y siempre les contestabas?

—Siempre. ¿Qué fue ese ruido?

—Ah, no te dije: murciélagos. ¿Anoche no los oíste?

—Anoche estaba agotada.

—Se meten en el entretecho. Una vez dos murciélagos se colaron a la pieza y los tuve que matar. Gustavo puso ojos diabólicos. Ella preguntó:

—¿Salpicaron mucha sangre?

—¡Peor que en *Carri!*

Lorena se rió.

—Sostené la copa por la base —dijo, y se levantó para apuntarle con la cámara. Bajó el trípode hasta la altura de la mesa ratona. Volvió a enfocar. Gustavo dejó correr la copa un centímetro.

—Mirá que se mueve, ¿eh? Escuchá cómo tiembla...

Lorena sólo tenía oídos para los murciélagos. Sacó dos fotos. Después llevó la cámara hasta un rincón, enroscó la tapa en el lente y se tiró en el diván.

—¿Me vas a ayudar? —Gustavo la seguía esperando.

—Hacelo solo...

—¿Y solo, se puede?

—Deberías.

—Pensé que el acto de la copa era un acto de imaginación colectiva.

Lorena se incorporó.

—A ver... Ponete medio así, medio de arriba.

Ahora apoyá las dos manos, una a cada lado...
Gustavo se había doblado.

—¿Lo hago bien?

—Sí.

—¿Y Pepe? ¿Lo llamo y viene, nomás?

—Hay que invocarlo. Si te reís, no va a venir.

—Es que me da risa.

Ella se desesperó.

—Vení, acercate —le dijo—. Acá hay un fantasma que te quiere comer...

—Munn —dijo él, y se le tiró encima.

El domingo Lorena le dio más detalles de aquel juego. "A veces no pasa nada", dijo. La ansiedad de Gustavo era simplemente profesional. Iba a probarlo en cuanto Lorena se volviera a la Capital. Las indicaciones que faltaban eran las más increíbles.

—Si el espíritu te dice que es maligno, rompé la copa.

Gustavo asentía como si las palabras de Lorena revelarían resultados matemáticos.

—Si te dice que es bueno, preguntale si siempre dice la verdad. Si contesta que sí, seguí. Si contesta negativamente, también rompé la copa.

Gustavo afirmó sin hablar.

Almorzaron tarde. Volvieron a hacer el amor y ella les sacó fotos a partes del cuerpo desnudo de Gustavo. A la nocheita se tomó el ómnibus de regreso.

Lo primero que hizo al llegar fue llamarlo. Eran las cinco de la mañana. Gustavo estaba durmiendo. Había jugado, pero no le había dado resultado.

—Pepe está de viaje —dijo.

A Lorena le pareció bien. Con lo asustadizo que era, mejor así. Pero a las diez de la mañana, cuando Gustavo se levantó, encontró la copa en Sí. El espíritu le había respondido y él tenía taquicardia.

—Se movió.

—¿Debajo de tus dedos? —le preguntó ella.

—Peor. Después.

—¿Y estás seguro de que dejaste la copa en el medio?

—Segurísimo —dijo.

Esa noche iba a volver a probar. Pensaba quedarse durmiendo en el diván, frente a la mesa ratona. Le iba a preguntar si era un espíritu bueno. De lo contrario, iba a romper la copa. Y había solamente dos, porque ya había roto otra mientras lavaba.

—Me tiemblan las manos —dijo.

—Sin miedo —dijo ella—. Pensemos...

Lorena era, ahora, la escéptica.

—¿No te habrás levantado para nada?

—Para hacer pis. A las siete y media.

—¿Y no fuiste al estar?

—No.

—Qué raro... Probá de nuevo. No creo que vuelva a pasar...

—¿No eras vos la que tenía miedo?

—Lo que te conté eran puras mentiras —dijo—.

¿Cómo voy a creer en un juego?

Se despidieron y cortó. Ella había tratado de ser terminante para convencerlo: Gustavo era una persona vulnerable a lo paranormal. ¡Si hasta le daban miedo sus propios libros!

Esa noche Lorena no reveló fotos, aunque tenía trabajo pendiente. Notó que Luna estaba agitada. Se durmió tarde, y tuvo un sueño extraño. Pensó: "¿Se lo cuento o no se lo cuento a mamá?". Siempre se cuidaba de contarle cosas que no la sumieran más en su depresión. Gustavo llamó a las ocho de la mañana. El experimento se había repetido con la adición de dos ingredientes horribles.

—Las perchas tintinean con el placar cerrado

—dijo—. Solas.

—¿Y cómo sabés?

—Por el ruido. Se chocan.

—Será una corriente de aire.

—¿Adentro del placar?

—Sacá las perchas, y listo.

—Cuando abro, todo está quieto.

—Debe ser un murciélago.

Gustavo se quedó un instante en silencio.

—Ah, capaz...

—¿Y lo otro?

Del miedo que tenía había salido afuera de la casa, y se asustó con la luz automática del porche. Después se quedó adentro. Como a las cuatro de la mañana, la luz del porche se encendió sola.

—Le pregunté si era mentiroso, como vos me dijiste. Me debo haber dormido sentado, entre las dos y las cuatro. Me desperté cuando se encendió la luz y otra vez la copa estaba en Sí —jadeaba al contar— lo—. ¡La rompo?

Sonaba tan patético que, por un instante, Lorena pensó que le estaba haciendo una broma.

—¿Me vuelvo, o no me vuelvo? —gritó él, del otro lado.

La voz de Gustavo era una mezcla de súplica y desesperación. "No se pondría así si fuera una bruma", supuso ella.

—Me asustás, Gut... —le dijo.

Gustavo hizo un largo silencio.

Lorena pensó en preguntarle por la novela, decirle algo que lo pudiera distraer.

—¿Lo vas a hacer de nuevo? —le dijo.

Gustavo parecía estar sufriendo al otro lado de la línea.

—No sin un testigo que me asegure que no la nuevo yo mismo, actuando como un somnambulo...

A Lorena se le ocurrió otra idea. Dijo:

—Hacé lo siguiente. Dejá la copa en el medio de la mesa y andate a dormir con un kilo de harina, o de talco.

—No tengo.

—Arená, entonces. Esparcí arena en el suelo, hasta llegar a la cama. Y, desde ahí arriba, hacia todos los costados. Después dormirte. Por la mañana, si vos sos el que se levanta a moverla, lo vas a notar. Estarán tus huellas.

Él se quedó callado.

—¿Seguís ahí?

—Sí. Harina sería mejor. Es un lindo día; podría ir a comprar, ya que también necesito otras cosas del almacén...

—Y de paso caminás un poco.

—Bueno.

—Mañana me llamás, bien temprano porque me tengo que ir a las siete —dijo Lorena.

—Saludos a Luna y a Inés —dijo él.

Luna ronroneó. Esa noche entraron juntas al cuarto oscuro, y la gata no paró de maullar. Tenía los pelos del lomo erizados, y le mostraba los dientes a la lámpara roja. Lorena hizo una sola ampliación: la de su madre y ella almorzando en el restorán de Belgrano. La escena era casi idéntica a la de su sueño: el punto de vista del fotógrafo era el que ella había visto en el almuerzo. Salió del cuarto oscuro rápidamente.

El sueño volvió a repetirse. En la silla vacía había un hombre de espaldas. Comía con ellas. Desde atrás se lo veía subir el tenedor hasta la boca. Lorena intuía que él corraba carne. Las carteras y los tapados estaban colgados en los respaldos de las mujeres. Lorena sabía quién era por el pelo y por las patillas de los anteojos. El saco, la ropa, no era la que él usaba. Lorena tenía puesta la polera roja, aunque el sueño parecía en blanco y negro. "O sepiá", pensó.

Gustavo llamó a las seis y diez de la mañana. Estaba apaciguado. Una fila de pisadas había revelado que él iba hasta la copa para moverla. La copa estaba en Sí, pero los pasos eran los suyos. Prometió ponerse a escribir a la brevedad. Le preguntó por las fotos y por el trabajo. Lorena le había empezado a contar, cuando lo escuchó gritar.

—¿Qué pasa?

Él estaba sentado en el suelo de la sala, con el teléfono en la mano. Oyó las perchas golpearse entre

si y contra las paredes del placar. Soltó el teléfono y fue hasta la habitación. Vio cómo la frazada se volaba de la cama. Sintió algo en la espalda, como una mano fría, que lo empujó hasta el estar. La copa comenzó a temblar e hizo un movimiento sobre la mesa. Gustavo alcanzó a tomar el anotador y la lapicera. Se arrodilló a un costado. La copa compuso una advertencia que lo asustó.

“Ya no salgo con Paula”, estuvo a punto de decirle, temblando.

Entonces se cayeron dos cacharros de los que estaban colgados sobre la barra del desayuno. Gustavo se puso de pie inmediatamente. La sartén había caído sobre un vaso de jugo.

Agarró el palo de amasar. El enemigo era invisible. Golpeó repetidas veces en el aire aquí y allá, abriéndose camino hacia el teléfono. Las manos le ardían como si el palo estuviera incandescente. Lorena seguía del otro lado.

—¿Qué fueron esos ruidos? ¡Hola, hola?

Gustavo apoyó la espalda contra la pared del hogar. “Aún estoy vivo”, pensó. Soltó el palo. Se palpó el cuerpo. Si eso hubiera sucedido a medianoche, le habría dado un ataque cardíaco.

—... lo peor... —alcanzó a decir.

Después volvió a hacer silencio. Lorena estaba desconcertada. Escuchó la señal de que tenía un mensaje en espera. Gustavo no le contestaba; ella dudó con los dedos sobre las teclas del teléfono y al fin le dijo “esperame un momento”. Flash, dos. En la otra línea no había ninguna voz. La sorprendió

el bip de un contestador. Sintió que, quien fuera que estuyese del otro lado, le estaba habilitando la posibilidad de dejar un mensaje. Movió los labios. Como una autómatas, sin saber por qué, grabó:

—Te extraño. Quiero volver a sacarte foros. Me corté el pelo como a vos te gustaba.

Del propio susto volvió rápidamente a la línea. Gustavo habla cortado. Luna se había escondido detrás del sillón de cuero. A Lorena le temblaba la mano sobre el teléfono.

El mensaje fue escuchado por Marta, mientras hervía unos tomates perita. Estaba haciendo una salsa especial para Antonio, para recibirlo; había amasado fideos. Antonio había regresado de su viaje de madrugada, más nervioso que de costumbre, y se había levantado muy temprano. Cuando salió, llevaba la cámara colgando del cuello. La única cosa que dijo fue que volvía a almorzar. El rechazo que ella sintió fue como la gota que rebalsa el vaso. Ya había juntado causas suficientes para borrarlo de su vida, y ahora esa voz descarnada sonando en su propio contestador, *en el contestador de la familia...*

Era una voz preocupada y melancólica al mismo tiempo.

La voz de una mujer joven.

Había escudriñado a la niña de la playa a través del visor de su cámara sin poder profundizar en ella, sin aprender nada de su cara. Esa carita poseía un magnetismo intrínseco, como si los genes más benéficos se hubieran congregado para explicarle a Antonio cómo era la inocencia, para explicarle el significado original de esa palabra en toda su dimensión. Y los ojos de la nena, muy desde el fondo del paisaje, le seguían repitiendo: "Cuando yo crezca, vos serás el depositario de toda mi bondad". Antonio casi lo había podido oír, aunque seguía sin poderlo entender.

Llegaron a la Capital a las cuatro y media de la mañana. Zopi lo había dejado en su casa. Antonio entró lo más sigilosamente que pudo. Se sirvió un whisky sin hielo y se lo tomó como si fuera un remedio. Sobre la mesa de la cocina había una pila de fideos amasados. Probó la masa. El gusto era el de siempre, aunque estaban un poco secos (señal de que llevaban varias horas ahí tendidos). Marta sabía amasar, y la memoria que Antonio tenía de sus fideos era la de lo invariable, la de aquello que mantiene su

calidad. ¿Qué iba a decirle? Ella había amasado para él, y él no tenía ganas de verla. Se tomó otros dos whiskies. Sobre una silla estaba el bolso de Victoria.

Cuando entró en la cama, Marra trató de darle un beso. Antonio olía a alcohol. "Espero que no hayan manejado en ese estado", dijo ella. Antonio no pudo conciliar el sueño. A las dos horas se levantó, se vistió, recogió su gabán, sus zapatos, la cámara y el rollo de fotos.

—¿Adónde vas?

—Vuelvo para almorzar.

Salíó a la calle. No iba a revelar ese rollo en su casa. Antes de enfrentarse con Marta y con Victoria quería saber cómo habían salido las exposiciones. ¿Lorena niña se vería parecida a la grande? ¿Podrían reconocerla su esposa y su hija? Lo que era obvio para Antonio, tal vez no lo fuera para su familia.

La otra razón para salir era que no se animaba a enfrentarse a solas, en el cuarto oscuro, con esa aparición. Le daba miedo lo que pudiera ver. Prefería que otro pasara por ese trance.

Cuando tuvo las copias, a eso de las once de mañana, aún se sentía inseguro. El sobre le pesaba como una placa de hierro oxidado del barco. Había esperado dos horas de pie, en la vereda del laboratorio. Ninguna de las personas que pasaba le pareció fotografiable. Había llevado la cámara para disimular, o por si se le presentaba la ocasión de ver a Lorena de nuevo. Aunque desconfiaba de lo que podría pasar, en ese caso. Sintió que ahora ya no se atrevería a fotografiarla. Ahora había que hablar, y

las fotos no saben hablar. Ahora tenía un sobre con veinticuatro posibilidades acuñadas, como quien recibe una mano tapada de cartas en el póquer.

Buscó un lugar donde hubiera mucha gente: una plaza. Para sentirse seguro iba a necesitar una muchedumbre. ¿Y si todos ellos, las madres, los chicos, el cuidador, el policía, el vendedor de globos, los jubilados, las palomas, los gatos; y si todos ellos fueran espectros? ¿Si fueran seres de otro tiempo que por alguna circunstancia hubieran extraviado la dimensión?

Abrió el sobre. Pasó las copias una a una. Eligió tres. Los ojos de las tres niñas le decían lo mismo: "Cuando ninguno de nosotros esté aquí, mi amor por vos seguirá inactivo en estos ojos negros y blancos, blancos y negros, tal vez sepiables; eternos".

El corazón de Antonio golpeaba violentamente adentro de su pecho. ¿Y si era verdad; si ese amor era lo que necesitaba? Por primera vez él no era el observador que sacaba una foto, ni el espectador que miraba las copias. Por primera vez era el observado. Esos ojos infantiles no habían parado de mirarlo. Y ya no había actitud posible, no había afectación que ellos no descubrieran, no había escondir que ellos no supieran encontrar para desenterrar lo que Antonio era.

¿Iba a seguir viviendo en un mundo de mentira, con una familia que parecía un simulacro? Tenía ganas de llorar, pero no sabía si por odio, alegría, angustia o miedo. Iba a cambiar, de todos modos, y era mejor estar preparado.

Regresó a su departamento corriendo. Llevaba el sobre con las fotos debajo del brazo. Estaba enarrodado de Lorena y todavía no sabía quién era.

Lo primero que Marra le hizo escuchar fue la cinta del contestador.

—Será ella... —dijo él, dudando.

—¿Y cómo me vas a explicar este mensaje?

Antonio suspiró. Sentía que flotaba en el agua salada y tibia de una gran pileta a oscuras.

—Me voy —agregó.

Ni siquiera iba a intentar tocar a Marra. Se estaba reservando todo el tacto para cuando estuviera con Lorena. Los fideos sobre la mesa eran un detalle obscuro.

Buscó y abrió su valija de cuero. Abrió el sobre de las fotos. Esparció las copias sobre el cobertor de la cama y las mezcló con las copias anteriores, que había escondido en la mesa de luz. Lorena sabía el teléfono de su casa. Lorena lo extrañaba. Lorena se había cortado el pelo para Antonio. Había que abandonarse a la espera, quizás, y confiar en que ella volviera a aparecer. “Yo también te extraño, y te quiero fotografiar. Cada milímetro de tu piel, cada segundo de tu futuro”, pensó.

Guardó algo de ropa, para dos o tres días. Puso la cámara, los rollos, el tanque de revelado. Puso un libro que Zopi le había regalado, al que le faltaba un capítulo, pero él le había dicho que se entendía igual. Era un libro de terror. Separó la foto sepiaada. ¿Y Vicki? Cerró la valija a medio hacer. Se sentó sobre la cama. La luz estaba baja.

Victoria apareció, pálida, en el vano de la puerta. Iba vestida con ropa de gimnasia. Entró a la habitación. Se quitó la campera y la arrojó sobre las fotos de la nena, desordenándolas. Tenía puesta una remera blanca de algodón.

—¿Qué está diciendo mamá? —preguntó, como si quisiera escuchar una desmentida de labios de su padre.

—Que me voy —dijo Antonio, sin mirarla.

Victoria esperó un segundo. Luego se acercó lentamente a la cama para recoger aquellas fotos.

—¿Adónde?

Antonio no le contestó. Ella fue pasando las fotos como figuras repetidas. Las apoyó sobre la mesa de luz.

—¿Es tu hija?

—No.

—¿Y qué es?

—Nada.

Para Victoria, las fotos de la niña eran como dardos.

—¿La chica del contestador?

—Sí.

—¿Y cuándo se las sacaste?

Antonio no le contestó.

—Parece muy menor para poder dejar un mensaje.

Él asintió.

—¿Qué edad tiene?

Antonio siguió sin contestar.

—¿Qué edad tiene hoy? —se corrigió ella.

—No sé.

¿No sabía la edad y hasta tenía sus fotos de cuando era un bebé?

—¿Es alguna vecina?

—No.

—¿No, o no sabes?

—No sé.

—¿Seguro que no es hermana mía?

—¿Y con quién?

—Con otra madre.

—No.

—Tiene tus ojos.

Había levantado uno de los primeros planos de la nena.

—Seguro que no —repetió él.

Victoria volvió a apoyar la foto. Antonio buscó abrazarla.

—Voy a volver, porque te quiero mucho...

Ella se escabulló.

—No nos querés... —Se secó la cara con el borde de la remera—. ¿Cuántos años tiene?

—Pienso que veinticinco...

—¿Y si tiene veinte, qué? Tendría mi edad...

Ella empezaba a desesperarse otra vez.

—¿Y si es mala? ¿Y si no te quiere?

Antonio hundió su cara entre las manos. Quería dejar de oírla, de estar ahí con ella. Quería irse.

—¿Y si es como yo, qué?

Victoria se había quitado la remera y se estaba desprendiendo el corpiño. Soltó las manos en su espalda. El corpiño cayó.

—¿Y si tiene unas tetas así, qué, viejo cobarde? Marta irrumpió en el cuarto para cubrirla. Lo hizo con la propia ropa que Victoria se había quitado.

—¡Cobarde! —Victoria tenía la cara constreñida por el llanto—. ¡Animate a decir que la conocés de toda la vida, mentirosos! ¿Crees que somos taradas?

¿Querés que creamos cada pavada que nos digas?

Antonio no le contestó. Marta arrastró a su hija afuera de la habitación. Se encerraron en el cuarto de ella. Antonio podía sentir el llanto de Victoria. Todo el episodio le había dolido, pero no alcanzaba a dejarle una marca. Sintió que estaba anestesiado. Ahora le quedaba saber. Estaba decidido a hacer ese viaje a ciegas, hasta el final, sin importarle lo que pudiera pasar. Se levantó. Tomó la valija.

“¡Cobarde, cobarde!” La acusación de Vicki le martillaba en el cerebro. Escuchó el golpe de una puerta. Marta había salido del cuarto de Victoria. Caminó hasta donde estaba Antonio. Agarró las fotos. Tenía en las manos un sobre marrón.

—Va a estar bien —dijo.

—Y vos también... —le dijo él.

—Sí.

El sobre marrón tenía otras fotos; Marta las volvió a poner sobre la cama. Había un accidente automovilístico con un coche quemado; una ruta, pasto y sangre. Había fotos de Vicki bebé en un moisés rosa. Marta aplió las fotos nuevas con las otras, y guardó todas en el mismo sobre. Ya vería más tarde qué hacer con ellas. A Antonio le extrañó que no las hubiera tirado.

—Únicamente vos podés hacer eso que vas a hacer —dijo Marta—. Andá a aclarar tus asuntos, que nosotras te vamos a estar esperando...

—No quiero que me esperen —dijo Antonio. Marta desvió la mirada.

—Si allá no hay nada, podés volver —insistió. Evitaba mirarlo.

—Gracias —dijo él.

—Y, por las dudas, dejá el sexo aparte. Para no confundirte...

Antonio no la entendió, pero no quiso dilatar el momento con explicaciones. La abrazó y le buscó la boca con un beso. Marta prefirió darle la mejilla.

—Es hora —dijo.

Hablaba en forma pausada, con mucha calma. Le sonrió.

Antonio siguió sin entender.

9

—¿Quién es? —preguntó la madre de Lorena.

—El chico que sale conmigo.

—¿Y está acostado en tu pieza?

—Sí.

—¿En tu cama?

Lorena subió los hombros.

—Acaba de acostarse —dijo.

—¿No tenés cara, vos?

—El colectivo llegó a las cinco de la mañana. Se vino caminando desde Retiro. Está muy aturdido. Parece que tuviera fiebre.

—¿Y de dónde llegó?

—De la playa —dijo Lorena.

Inés traía entre las manos las bolsas de las compras.

—¿Y qué estaba haciendo en la playa, en invierno? —dijo.

—Escribía una novela.

—¿Es escritor?

—Sí.

Inés apoyó las cosas sobre la mesada.

—¿Famoso?

—Más o menos.

—¿Y por qué le dio el shock?

—Vio un fantasma.

La madre dijo "ah", haciéndose la distraída.

—Me parece que es papá... —dijo Lorena.

Las manos de Inés quedaron suspendidas a mitad de camino entre la heladera abierta y las bolsas. Lorena la ayudó con las botellas.

—... si es así, lo encontramos —agregó.

—¿Cómo podés saber? —le preguntó Inés.

Lorena volvió a subir los hombros, restándole importancia a la pregunta de su madre.

—Lo supongo —dijo.

Inés insistió.

—Debe haber algo que te haga suponer eso.

—Sí —dijo Lorena—. Hay algo.

Inés cerró la puerta de la heladera, encendió la hornalla y apoyó una olla con comida. Quitó la tapa de la olla y revolvió con una cuchara de madera. Probó; volvió a tapar. Le hacía falta sal. Como Lorena tardaba en seguir, la miró.

—¿Qué hay? —dijo—. ¿Qué es?

—Primero es... una fuerte intuición.

Lorena tenía la piel erizada. Se pasó las manos por los brazos, como queriendo borrar esa impresión. Inés condimentó con pimienta y ají molido, además de sal.

—¿Y segundo?

—Segundo, algo que el fantasma le dijo a Gustavo, la noche en que lo asustó. Se lo marcó en la copa.

—¿En qué copa?

—En el juego de la copa. Lo hablamos intentado hacer, sin resultado. Cuando regresé, el juego quedó armado sobre la mesa.

—O sea que te fuiste con éste que ahora está en tu cama. No con una amiga.

Lorena había mentido.

—Mamá, tengo veinticinco años...

—Sí, claro —dijo Inés, revolviendo.

—Mirá con lo que me venís a salir cuando estoy contándote algo importante...

—Soy tu madre —dijo Inés—. No me hables en ese tono.

A Lorena le dieron ganas de irse de la cocina.

—Looo... reee —la voz de Gustavo, desde el dormitorio, parecía la de un moribundo.

Ella miró en dirección a la puerta abierta. Inés se secó las manos en un repasador y puso el fuego al mínimo.

—Esperá —le dijo, y entornó la puerta. Agarró con ambas manos la cabeza de Lorena y le dio un beso. Después se sentó.

—Dale, seguí.

Lorena también buscó una silla para sentarse.

—Gustavo anotó el mensaje... —empezó a decir— y era una amenaza para que dejara a Paula.

—¿Quién es Paula?

—La ex novia de Gustavo. Aún estaba saliendo con ella cuando yo me metí.

—Vos siempre con cosas raras.

—Era el final de la relación, pero todavía estaban...

Paula
117

—¿Y vos sabías?

—Claro.

—Y ahora ese tipo está acá... —Inés puso cara de "siempre lo mismo". Se mordió el labio inferior.

—Looo... rece —la voz de Gustavo se escuchó débilmente.

—Parece que está mal de verdad —opinó Inés—. ¿Cómo dijiste que se llama?

—Gustavo. Es un exagerado. —Lorena abrió un poco más la puerta y dijo, dirigiendo la voz hacia el dormitorio—: Ya va.

—Terminá de contar de una vez.

—Si me interrumpís... Nadie sabía de lo nuestro, porque los amigos de él son amigos de Paula, y porque yo no se lo había contado a nadie. La advertencia del fantasma fue un acto para cuidarme. Y no conozco a nadie más que a vos o a papá que quieran cuidar de mí.

Inés sonrió.

—Ahora también está Gustavo —dijo.

—Todavía no lo sé. Por lo pronto, yo soy la que lo cuida a él.

Le contó el sueño del almuerzo.

—Vos le hablabas animosamente, le decías cosas que no se oían, porque los ruidos del restorán y de la ciudad lo tapaban todo. Yo lo miraba ex-tasiada, y de vez en cuando hacía un comentario. Él solamente comía. Un bife. Lo cortaba en pedazos chicos que después volvía a correr por la mitad, cuando ya eran un bocado en el tenedor. Tenía la espalda muy erguida; un saco italiano con

hombreras que no parecía suyo; camisa blanca, corbata amarilla.

A Inés comenzaron a llenársele los ojos de lágrimas.

—¿Y qué más? —preguntó.

—Nada más.

Lorena abrazó a su madre. Gustavo volvió a llamarla, desde la habitación. Su voz parecía ahora la de un agonizante.

—Andá a darle la extemaunción, dale.

Inés desvió la cara hacia un costado para secarse los ojos con una servilleta de papel. Lorena salió por el pasillo.

—¡Qué te pasal —gritó, antes de llegar al dormitorio.

Abrió la puerta.

—Sacame el gato de encima...

La nariz de Gustavo estaba hinchada y roja. Se habla sonado más de cincuenta veces: los pelos de Luna le daban alergia. La gata parecía no registrarlo. Se le había subido y le acercaba sus patitas al cuerpo, enganchándole el pizama o la tela de la sábana. Lorena la miró: Luna estaba contenta con ese sonador de nariz.

—Dejalo, vení.

Maulló. No quería ir.

—Dale.

Luna se recostó en la cama. Ahora parecía relirse de Lorena.

—Obedecele a mamá —dijo Gustavo.

La gata lo miró.

—Le das risa —dijo Lorena.

—¿Cómo le voy a dar risa a un gato?

—Es gata, te lo dije mil veces. Y sí, se está riendo... Mirala.

—Si la miro me da asma...

Luna estiró una pata y bostezó. Después flexionó el cuerpo hacia atrás y retiró las mantas de un zapazo. Se hizo un ovillo en el triángulo que dejaban las piernas abiertas de Gustavo, sobre el colchón. Como si nada hubiera pasado, se puso a dormir.

—Me encanta cómo te obedece.

—Es que se enamoró de vos.

La madre de Lorena apareció en la puerta.

—Inés, mi mamá. Gustavo...

—Sacale esa gata de encima, pobre... —dijo ella.

Luna se quejó del comentario con un ronroneo. Lorena se inclinó sobre la cama para agarrarla. Luna se retorció y al final se escapó maullando. Lorena fue tras ella. Inés y Gustavo se quedaron solos.

—¿Así que es escritor?

—Sí...

—¿Y publica, y eso...?

—Claro.

Inés lo miraba como a un ser extraterrestre.

—¿Pudo adelantar mucho allá en la playa? Lore me dijo que está escribiendo una novela.

Gustavo se quedó pensando la respuesta. Inés tenía las manos enlazadas a la altura del vientre. "No, porque la casa estaba embrujada", estuvo a punto de decir. Se sintió idiota. Mintió:

—Sí.

—¿Cuántas páginas?

—Cien.

Lorena regresó con una bolsa.

—¿Quieren mirar?

—¿Qué son? —dijo Inés.

—Las fotos de cuando era chiquita. Las que me sacó papá.

Abrió la bolsa, metió la mano y fue sacando un paquete tras otro. Las fotos estaban apiladas por tamaño, sin importar que correspondieran a distintos años. Lorena abrió primero el paquete con las más grandes; después las medianas, otras del tamaño de una tarjeta postal y unas cuadradas que estaban brillantadas y tenían los bordes dentados en fantasía. Todas eran en blanco y negro.

—¿Tu papá era fotógrafo?

—Sí.

—Qué bueno —se apuró a decir Gustavo.

Eran fotos de playa. La familia había alquilado una carpa y Lorena jugaba a hacer equilibrio entre una reposera de lona y una silla plegable. Sus posiciones eran cada vez más peligrosas. Conforme aumentaba el riesgo, crecía la sonrisa. En la última foto ella estaba parada sobre la lona tirante. Al explicar las tomas, la madre llamó "perezosa" a la reposera.

—Después se vino en banda —agregó.

—¿Y ésta? —preguntó Gustavo.

—Con una amiga... —A la madre—: ¿Qué playa era?

—Quequén.

—Ah, sí, Quequén.

—A Adolfo le encantaba verancar en Quequén —dijo Inés.

Gustavo se dirigió a Lorena.

—¿Adolfo se llamaba tu vicio?

—Sí.

—¿Y le decían de alguna manera?

Lorena hizo con la boca un gesto de no saber.

—Papá —dijo.

Inés salió de la habitación.

—¡Mirá éstal! —Gustavo estaba viendo una foto en la que Lorena se estaba comiendo un gran pedazo de sandía. Debía tener cinco años.

—La sonrisa *sandíesca* —dijo Lorena.

—¿Y éstal?

—Me estoy haciendo pis encima. ¿No ves la cara?

Inés regresó con algunas fotos enmarcadas, que eran a color.

—Papá detestaba las fotos a color; les decía *piritas*, como si fueran las de antes, de cuando se coloraban a tinta —dijo Lorena.

—¿También las sacó él?

—No, son fotos de comunión, sacadas por cualquiera.

En una, Lorena aparecía con un largo rosario colgado al cuello y una Biblia entre las manos. En otra tenía las manos unidas en actitud de rezo. Miraba hacia el cielo.

—La beatitud no te va —dijo Gustavo.

—Idiotas; está mamá.

—No importa, es escritor... —dijo la madre—. Dejalo que se exprese. Total, la foto es mala... Ésta, en cambio, me gusta mucho.

Le pasó el cuadrito para que Gustavo pudiera verla. Lorena iba de la mano de Inés; las dos iban vestidas con jumpers, como en los años setenta. La madre tenía unos anteojos muy cómicos, al estilo Garibela, y el pelo cortado carré y sostenido por una vincha de nailon. Atrás se veía el Monumento a la Bandera.

—Ay, mamá, esas fotos...

—¿Qué pasa? Están bien...

—No. Salió gorda y llena de granos.

—Y, bueno, eras adolescente...

—Todas las adolescentes tienen granos —acotó Gustavo.

—¿No es cierto? —dijo Inés.

En las fotos más pequeñas se veía parte de la cara de Lorena, parte de la mano en una taza; la punta de un libro en la mesa, parte de la otra mano y del busito de ella. Llevaba una polera gruesa.

—Ésa es una serie que me sacó en un bar —dijo Lorena.

Buscó otras que estaban en papeles de distinto tamaño.

—¿Ves?

En la foto siguiente, ella miraba hacia la calle. Con una mano se rizaba el pelo, cortado como el pelo de Inés en la foto del Monumento a la Bandera. En otra se le veía parte del cuello —todo lo que la polera permitía— y el mentón con el lunar. Lorena llevaba un aro de plástico.

—¿Te gusta cómo me queda el pelo corto?

Gustavo la miró. Le parecía que el pelo de Lorena era hermoso así, largo.

—Más o menos —le dijo—. Aunque también te queda bien. ¿Qué edad tenías, acá?

—Veintitrés; ¿no?

Inés se acercó a mirar. No se animaba a sentarse en la cama.

—Menos —dijo—. Veinte.

—Qué aro barato —dijo él—. ¿No era que odias el plástico?

—Me lo puse para esa foto. Producción...

—A Adolfo le gustaban esas cosas —dijo Inés.

En la otra foto, Lorena tenía su cara escondida a medias en la taza inclinada de café.

—¿Qué cosas? —preguntó Gustavo.

—Disfrazarla. Mustrale la foto de monja...

—No, mamá.

—Sí, sí, tengo que verla —dijo él.

—La voy a buscar —dijo Inés.

Salió.

—Tarado, no hagas comentarios... —Lorena intentó imitar su voz y el gesto que él hizo—: "La beatitud no te va..."

Gustavo chistó.

—Tu mamá está más allá del bien y del mal —dijo—. Mirá si le van a importar esas cosas.

—Bueno, pero pará. Basta.

Inés entró cargando un portarretratos.

—No la encontré —dijo.

Lo apoyó de cara al colchón.

Las tres últimas fotos de la serie eran las mejores.

Lorena sacándose el aro: la mano, el borde posterior del maxilar, el lóbulo, el colgante de plástico, la patilla. Gustavo se la quedó mirando como quien saborea un caramelo. Iba a decir "ésta es mi preferida", cuando vio la otra. Los labios de Lorena estaban atrapando la punta de una medialuna. Se veían también sus dedos finos sosteniendo el triángulo de masa, y parte de los dientes en el acto de morder. Ahora Gustavo ya no sabía cuál elegir. Además había una tercera, que era mucho más erótica que las anteriores, aunque el gesto fuera más despojado. Los dedos de Lorena se deslizaban por su propia nuca y por la base del cuello como si estuviera haciéndose un masaje. Se había quitado la polera, estaba de espaldas y su cuello fino surgía de la remera como el cuello de un jarrón de porcelana china. Inclínaba un poco la cabeza hacia delante; el movimiento permitía también ver la oreja y parte del perfil que el cabello dejaba a la vista.

—Uau —dijo Gustavo.

—Feliz coincidencia —dijo Lorena—. También son las que más me gustan.

—A mí no —dijo Inés.

La piel de Lorena estaba excitada en la toma. Él pensó: "Erizadita". El padre había conseguido extraerle a la piel de Lorena la textura que se le forma con las caricias de Gustavo.

—Son geniales —dijo.

—Hay otras de cuando era bebé —dijo Inés, intentando interrumpir la atención de Gustavo.

Empezó a ordenar las fotos, otra vez por tamaños, y a ponerles gomitas.

—Me las sacó en la mesa de un bar. Yo tenía que hacerme la que no lo veía. Como si no me diera cuenta de que él estaba ahí enfrente con ese armatoste...

—¿Conservás la cámara de tu papá?

—Claro —dijo Lorena.

Inés corrió a buscarla. Volvió con una Pentax pesadísima que tenía un gran cañón. Estaba magullada y sin correa. El lente se había partido.

—Es de museo —dijo Lorena—. La correa se quemó.

Gustavo tomó la cámara entre sus manos.

—Es de plomo —agregó.

—Está igual desde que él murió —dijo Inés—. Solamente le paso el plumero.

Inés escondía algo más detrás de su espalda.

—¿Qué trahés? —se anticipó Lorena—. Me das miedo... Mostrame antes.

La madre descubrió su secreto: era una muñeca desvestida y sin pelos.

—Jamón —dijo.

—Así le puse —corroboró Lorena.

Inés recibió la cámara con mucho cuidado, de manos de Gustavo.

—Otra reliquia —dijo Lorena, sin dejar de mirar a su muñeca.

—¿Le pusiste Jamón de nombre?

—Sí.

—¿A qué edad?

Ella miró a su madre.

—A los dos años, ¿no?

—Sí.

Lorena la hizo caminar sobre la cama; le movió los brazos y la cabeza. Uno de los ojos pestañeaba. Gustavo había ordenado sus fotos preferidas una al lado de otra.

—¿Y por qué hacían eso de que no lo veías?

Lorena levantó los hombros, restándole importancia.

Inés juntó los cuadritos.

—¿Te acordás cuando fuimos a Bahía Blanca, a ese hotel donde nos trataron tan mal, y papá...?

—Sí, mami —dijo Lorena, con cara de aburrida.

—Bueno —se justificó Inés—, tu papá era así. La alegría con patas.

Saló con las fotos enmarcadas de la primera comunión.

—Dejala que cuente... —dijo él.

—No, porque se va a poner mal.

—¿Hace cuánto que murió?

—Tres años.

Gustavo juntó las fotos que quedaban. Les puso una gomita. Lorena lo tomó de una mano. La madre volvió a entrar. Metió los paquetes en la bolsa, fijó su mirada un instante en las manos tomadas y dio vuelta hacia ella el portarretratos que había dejado boca abajo. Se quedó parada un instante, esperando a que le pidieran verlo.

—¿Es él? —preguntó Gustavo.

Lorena asintió en silencio. Gustavo agarró el portarretratos con la mano libre. Era un primer plano

de frente, bastante borroso. El hombre sonreía con aspecto de ganador, pero sin exhibir sus dientes. Tenía los pelos parados, como si su cuero cabelludo fuera un cepillo y los pelos no supieran de la existencia de la gravedad. Tenía canas. Tenía anteojos con montura de plástico, tanto o más graciosos que los de Inés en el Monumento a la Bandera. Tenía dos hoyuelos de esos que se forman con algunas sonrisas. Tenía la misma tonalidad de piel que Lorena.

—Es mala porque es una ampliación que hice para mamá —dijo ella—. En la foto completa está comiendo con unos amigos en una quinta en Maschwitz. Algún le había hecho una broma y él se rió. Yo sacaba la foto.

A pesar de la granulosis de la copia, Gustavo pensó que era una buena fotografía.

—¿Entendés, no? La cara de papá, en el negativo, está así de chiquita y acá está enorme...

—Sí.

La propia granulosis era, tal vez, la que le daba nostalgia. Ese aspecto que Gustavo no sabía nombrar, como de cosa ida. Inés se había quedado esperando que él lo reconociera, o algo así. Miró fijamente a su hija, que tampoco supo qué decir. Gustavo les devolvió el portarretratos en silencio. Inés salió con el cuadro y la bolsa con las fotos. Lorena fue tras ella. Gustavo se quedó solo. Juguetó con Jamón. El ojo que no pesaba estaba hundido en la cuenca. El trasó de sacarlo, pero lo hundió más. Una de las pestañas estaba bien curvada hacia arriba y las otras a medio desprender y hacia abajo.

Cuando Lorena volvió a aparecer, Gustavo le hizo un gesto para que se sentara a su lado.

—Creo que es hora de que me cuentes los detalles de cómo murió tu padre —dijo, con la voz calmada.

Lorena le quitó la muñeca de las manos, le dobló las piernas y la sentó sobre el *divan*, entre una polvera blanca y unos viejos frascos de colonia. Luna empujó la puerta con la cabeza y se metió.

—No, por favor... —pidió Gustavo.

Luna se subió a la cama de un salto y se instaló entre los brazos de Lorena. Ella empezó a hacerle caricias. La gara miraba a Gustavo como diciéndole "al caso te molesta es porque estás celoso".

—¿Qué querés que te cuente? Ya te lo dije todo...

—De nuevo.

Luna roncó. Se ubicó panza arriba, para que Lorena le acariciara la panza.

—Fue un accidente de ruta. Iba en auto a Mendoza; rozaron un camión y se desbarataron. Había un periodista de *Fina*, un ayudante de producción y él, que iba como fotógrafo. Tenían que cubrir un congreso de arquitectura. El auto volcó. Manejaba el ayudante; iba sin cinturón de seguridad; la cabeza se le estrelló contra el parabrisas. Papá iba al lado: estaba vivo. También el periodista. Entonces el auto se prendió fuego. Eso lo concaron los del camión. Dieron marcha atrás y estacionaron en la banquina. Llegaron; papá estaba allí, en llamas, habla lo grado salir del auto y tiraba de salvar al de atrás.

Habla podido desprenderse del cinturón; la puerta de su lado se había salido con el golpe. Pero la de atrás estaba atorada. Todo su esfuerzo estaba puesto en salvar al periodista. Los camioneros le tiraron una manta y lo sacaron de allí antes de la explosión. Uno de los camioneros dijo que nunca iba a poder olvidarse de la cara del periodista, que se estaba hiriendo en el asiento de atrás.

—¿Y?

—Llevaron a papá a un hospital. Vivió dos días más. Tal vez para que alcanzáramos a despedirnos.

—¿Qué pasó en el hospital?

Ella bajó la cabeza para besar a Luna.

—El hospital era horrendo —dijo—. Húmedo. Olor a municipio. No había modo de trasladarlo a otro lugar. Antes de llegar a la habitación, supe que ése iba a ser el último lugar de papá. ¿No te había contado nada?

—Sí. Pero sin detalles.

Lorena se sonó la nariz en un pañuelo de papel.

—Estuve los dos días —dijo—. Cuando los camioneros fueron a agarrarlo, dijeron que tenía la mano derecha soldada a la manija de la puerta trasera, de la que no paraba de tirar. El fuego le salía por la ropa. Estaba prendido, dijeron. Y alejaba la otra mano del auto. Lo arrastraron hacia la banquina, para protegerlo de la explosión. El periodista murió carbonizado.

Lorena tragó saliva.

—Parecía que se había guardado una mano para que yo se la pudiera acariciar... Teníamos que entrar a verlo con delantal blanco, gorro, barbijo. Mamá

no lo podía soportar. A mí me dejaban entrar más veces porque me velan más fuerte...

Gustavo abrazó a Lorena. Luna saltó al piso. Los miró desde la puerta, antes de salir del dormitorio.

—Parecía que no se iba a morir nunca. La mano era tan dura como un manojito de alambre. Yo ya sabía que jamás iba a poder sacarle otra foto. Me dieron ganas de romper la cámara...

Se secó una lágrima de la cara.

—Pero alcanzaste a despedirme... —dijo él.

—Sí —afirmó ella. Y agregó—: Más o menos.

Gustavo esperó a que se calmara.

Ella se tragó las lágrimas, sacó un pañuelito del bolsillo y lo arrugó junto con los otros, arriba del cubrecama.

—Yo le repetía "andate, viejo, andate en paz", porque no quería que sufiera. Le ponían inyecciones, le cambiaban las vendas, que se le pegaban a las heridas. Una vez me apretó la mano y me asusté. Algo le habría dolido demasiado para reaccionar de esa manera. Se lo conté a mamá. Pero los médicos no nos alentaron. Iba a morirse, eso era todo. Entonces deséte más que nunca que fuera pronto.

—¿Y tu mamá?

—Mamá no. Lo quería vivo, como fuera. Lo iba a seguir queriendo únicamente si lo veía luchar. Aunque ella misma ya se hubiera abandonado...

Gustavo se arregló las sábanas.

—¿Entonces? —preguntó.

—Llegaron las últimas horas. Eran las doce, me acuerdo. Le pregunté por qué no se iba de una vez.

Le dije: "¿Estás haciendo un esfuerzo por nosotras? Si nosotras vamos a ir, papá, más tarde, pero también vamos a ir...". Me pareció que lo alegraba. La mano se le había aflojado. Me dio ánimo...

—¿Y?

—... me dio confianza...

Suspiró. No sabía si seguir.

—Todo, por favor—le pidió Gustavo.

—Entonces...

La puerta se entornó. No era Luna la que la movía.

—Entonces le propuse que hiciéramos un pacto—dijo.

Inés se estaba asomando para escuchar. Con una mano se tapaba la boca.

—Le dije que podía volver... le pedí que volviera.

Le dije que si había algo más allá, iba a estar esperandolo para que viniera y me lo contara. O que me trajera fotos para ver...

La mano de Inés subió por su nariz, hasta casi taparle los ojos. Se quedó quieta en la puerta entreabierta.

—Y yo le contaría cómo iban las cosas de este lado.

Luna apareció entre las piernas de Inés. Se trepó a la cama y fue a tenderse al lado de Gustavo. A él no lo afectó.

—¿Y después?

—Nada más. Apenas se lo terminé de decir, se aflojó para siempre. Me dio rabia. Odié la vida, a todos. Llegué a casa y velé los rollos que me quedaban.

Gustavo pensó lo que iba a decir.

—¿Y más adelante, pasó algo?

—¿Cuándo?

—Al año, por ejemplo.

Loirena bajó la cabeza.

—Para sufrir, un año es mucho tiempo—dijo—.

Al año ya me había arrepentido.

Inés cerró la puerta en silencio. Loirena no se movió de la cama.

—Tuve pánico de que él volviera. Miedo de mí misma, cada vez que me quedaba flotando en la pileta de natación. Miedo a ahogarme. A que él viniera y me dijera "lo de allá es verde", y me hiciera pensar "lo que más quiero es verde, me voy con vos". Y dejar sola a mamá.

Llevó una mano hasta su gata.

—Y a Luna—agregó.

Luna maulló suavemente.

—A mí me hubiera agarrado miedo de ver fantasma...—dijo Gustavo.

—También...—acortó ella.

Él la empezaba a entender.

—¿Y ahora?—le preguntó.

Ella se secó las lágrimas.

—Ahora lo sigo extrañando como antes, o más... Pero estoy preparada.

Gustavo se estremeció.

—¿Preparada para qué?

Luna se agazapó. Exhibió los colmillos al aire de la habitación. Miraba en todas direcciones, como si persiguiera una mosca invisible.

—Para sacarle una foto —dijo Lorena.

El lomo de la gata parecía la carna de un faquir.

—Para ir a esa casa a cumplir con mi parte del pacto —dijo.

10

El espejo estaba tapado. Cuando Lorena llegó a la casa, ese detalle fue el primero en llamarle la atención. El ventanal dejaba pasar una luz clara, llena de las pequeñas gotas de la niebla salada del mar. El día era traslúcido como el vidrio de la ventana del baño. El espejo, así tapado, no podía reflejarlo.

—¿Por qué le pusiste una sábana al espejo?

—Lorena esperó, en el teléfono, a que Gustavo le contestara.

—Tuve miedo.

Había tenido miedo de ver a alguien, varias horas antes de que la copa funcionara. Como había salido corriendo, se había olvidado de descolgar la rela.

—Ese espejo es demasiado grande.

La casa estaba ordenada. Afuera había un cobertizo con leña. Lorena cargó varios troncos; tuvo que hacer dos viajes. El pasto húmedo le mojaba las botitas. Se arrodilló frente al hogar. Hizo un bollo de papel y le arrojó algunas astillas. Lo encendió. Acercó un tronco, que inmediatamente empezó a soltar humo. Tuvo que abrir la ventana. El viento movió

la sábana sobre el espejo, como si fuera un disfraz infantil de fantasma.

Cuando Lorena descolgó la tela, pudo verse de pie. Tenía la camisa arrugada y ojeras por haber dormido mal en el micro. Llevaba, colgada del cuello, una bolsita de terciopelo marrón en la que había guardado algunas cosas. La bolsita estaba atada con un cordón azul. Palpó las cosas a través de la tela. ¿Quién podía aventurar qué iba a servirle y qué no, en la situación para la que se estaba preparando?

Toda la luz del día, de la playa, del mar, estaba dando sobre Lorena. Plegó la sábana. El espejo descubierto era una fotografía animada. Lorena se llevaba bien con las fotografías. El espejo descubierto le daba menos miedo que el cubierto. Sin embargo, cualquier luz sobre la espalda, una ráfaga inusitada, el mínimo movimiento de una cucaracha en un rincón oscuro, una vela a medio apagar, la corriente embolsada en una cortina, una pelusa volando en círculos o la oscuridad ignota del placar—Gustavo le había descrito el chin chin del movimiento de las perchas con lujo de detalles—iban a inquietarla. Estaba lista para el salto. Pero también tenía curiosidad. Y una deuda, y la intriga por volver a ver a su padre. Todo eso era más que el miedo. Todo eso era un envoltorio negro para su miedo, como el sobre de plástico que protege de la luz a los papeles sensibles. Ese sobre que se abre solamente en el cuarto oscuro, bajo el aire rojo.

Lorena deshizo su valija sobre la cama. Las mudas alcanzarían para dos o tres días. ¿Y qué tal si

tardaba años? ¡Iba a dejar a su madre, a Gustavo, a Luna; iba a dejar su trabajo para abandonarse a esa experiencia? "Papá no va a hacerme esperar", pensó. Una íntima seguridad le llenó el cuerpo de un aroma a familia. Sintió que ese aroma era más amoroso que todas las fotos juntas. Sacó la del padre, inmóvil adentro del portarretratos. La ubicó sobre la mesa de luz. Sacó su bolso con la cámara, el tanque de revelado y dos boteellas de medio litro de color caramelo. Sacó la ropa de juguete: un vestido agujereado de Jamón. Lo estiró sobre la mesa ratona. No cortó letras, ni dio vuelta la copa. "Esta vez será de otra manera", pensó. Ya había crecido, y lo de la copa era un juego de niñas. "Soy una mujer, papá."

El timbre del teléfono la sobresaltó. Era Gustavo. ¿Estaba bien? "claro"; ¿había comido? "tengo los sánquches que me dieron en el viaje"; ¿ya había bajado a la playa? "todavía no".

—Y seguro que no querés que vaya a acompañarte...

Lorena negó primero con la cabeza.

—No. Esto es algo entre papá y yo.

—Digo, por si acaso.

—¿Por si acaso, qué?

—Nada. ¿Hace un buen día?

Lorena miró hacia la playa.

—Sí—dijo—. Se está componiendo. Cuando

llegué había niebla.

—A la mañana siempre hay.

—Ahora salió el sol.

—¿Y vas a bajar?

Al mediodía hizo un almuerzo frugal, con los sandwichitos y media botella de vino que Gustavo había dejado sobre la mesa, en su huida salvaje. "Poco más y deja la puerra abierta", pensó Lorena. Colgó sus toallas en el baño, acomodó su cepillo de dientes en la piletta, el jabón y el champú en la bañadera; ordenó sus ropas en las perchas; se peinó. Se abrigó, se colgó la cámara del cuello. Era una Pentax ME Súper, y la había cargado con rollo blanco y negro, su debilidad. "Aunque las fotos de playa son mejores en color", pensó, y de inmediato le pareció que era un pensamiento tonto. En blanco y negro las cosas se veían más antiguas. Eso era una ventaja para el recuerdo, y lo que ella había ido a hacer estaba relacionado con el pasado. Con el tiempo de la muerte.

La playa estaba vacía. Lorena caminó hasta la proa del barco hundido. Era grande, hueca, podía contener a varias personas en su interior. Dio un rodeo: no quería marcar sus pasos en la arena mojada, para que en las fotos no salieran las huellas. Se paró sobre una piedra y apuntó. Hizo la primera toma previendo que la barranca quedara a la izquierda y la proa a la derecha. Después tomó una foto del mar. En el cuadro aparecía una extensión de arena y el horizonte quedaba inclinado. El casco era un gran colador. Se acercó con el zoom, sin cambiar la velocidad. Esperó a que los rayos de sol dieran como en las fotos anteriores. Disparó.

La última foto de esa serie la tomó con los pies metidos en el agua. Se veía el interior del barco,



desde la proa partida. Parecía una ballena emergiendo para respirar. La espuma blanca de la orilla rodeaba a la ballena.

Más adelante les sacó una foto a sus botitas; después encontró una calavera de gaviota y se la puso entre los pies mojados: iba a ser una foto extraña. A Lorena le gustaban sus pies. Eran finos y bien formados. A Lorena le había gustado esa calavera cartilaginosa entre sus flancos, y la geometría que formaba la punta del pico con las uñas de los pulgares. Muchas veces, al componer una foto, Lorena solía mirar los vacíos con más fijación que a los mismos objetos por fotografiar. Encontraba más cosas en esos silencios visuales que en los modelos. Su papá siempre había opinado lo contrario: para él, lo más importante era lo que quedaba capturado en el primer plano.

Lorena levantó la cabeza hacia la casa: se había alejado unos quinientos metros. Las olas le mojaban el ruedo arremangado del pantalón. La cámara le pendía a la altura del busto.

Antonio llegó a la casa cuando ella empezaba a regresar. Eran las tres y cinco de la tarde. El cielo estaba parcialmente encapotado. Dejó su bolso sobre el sillón, pasando por delante del espejo, sin mirarlo. Lo primero que le llamó la atención fue el olor a desodorante. ¿Habría llegado Lorena? Fue hasta la habitación, vio la cama hecha con las sábanas rosas, vio el portarretratos, vio la foto, se vio. Era él en blanco y negro: con más pelo, con unos ridículos anteojos con montura de plástico que parecían de

juguete, con una sonrisa que no mostraba los dientes, pero que contagiaba. Más real que la sonrisa que había salido en sus negativos. Intentó reproducirla; la boca le tironcaba un poco, como si se negara. Fue hasta el espejo con la foto. La boca se le abrió por la sorpresa. Dio vuelta la cabeza para mirar hacia atrás: el reflejo copiaba lo que había a sus espaldas, como si Antonio fuera transparente. El portarretratos flotaba en el aire, sin él. Nadie lo sostenía. Se le resbaló de las manos; cayó al piso.

Volvió al dormitorio cuando Lorena empezaba a subir la escalera de la baranca. Ella venía cantando una canción de los Beatles. Antonio volvió a colocar su retrato sobre la mesa de luz, más o menos donde lo había encontrado. ¿Ella advertiría su presencia, aunque su reflejo no se viera? Apreió su propia cámara contra el pecho: una Nikon reflex profesional. La había cargado con un rollo color de muchas asns, porque cuanta más sensibilidad tuviera la película, más detalles captaría, y ahora Antonio quería detalles. Ella también sentiría algo por él, porque también lo había retratado, aunque la cara de la foto no fuera la misma cara de ahora, llena de arrugas y huellas. "Soy yo, Lorena, el hombre de la foto. Sé que estoy más viejo, pero te amo. Vine a verte. Acá", pensó.

Corrió a esconderse detrás de una cortina. Levantó la cámara. La canción de Lorena era *Eleanor Rigby*. Trala la campera en la mano. La vio aparecer en la zona de foco; tocó el cañón hasta que la neblina se disipó. Se acercó a la nariz de ella, al mentón, al

pelo ahora partido por el cuadro, ahora claramente nítido otra vez. Lorena se había detenido. Miraba fijamente hacia la casa. Tenía la polera roja; tenía una bolsita de terciopelo colgándole del cuello por una cinta de cola de ratón; enrollaba la película, abría la cámara, retiraba el chasis. Puso otro rollo y levantó la cabeza atentamente. ¿Había escuchado algo? ¿O lo habría visto? Antonio se quedó muy quieto. Ella tardó unos segundos en volver a caminar. Cuando lo hizo, se dirigió directamente hacia la entrada. Él se apretó contra la pared. Lorena abrió el paño de vidrio corridizo del ventanal y entró con paso firme. Apoyó su cámara casi encima del bolso marrón de Antonio. Era imposible que no lo advirtiera... ¿Y si el bolso tampoco podía verse? Antonio se asomó al espejo pasando sigilosamente por detrás del cuerpo de la chica. No quería hacer nada que pudiera sobresaltarla. Había ido a buscar a Lorena—o como fuera que ella se llamase— a la casa de la playa, y allí la había encontrado. No iba a arruinar ese encuentro por nada del mundo.

Durante el viaje había pensado qué decirle, cómo presentarse. "Soy Antonio, te amo." ¿Cómo podía estar seguro de que la amaba? Ahora presentaría que ella también lo amaba. Al menos lo tenía retratado sobre la mesa de luz.

Lorena ladeó su cara en el espejo, para verse un barrito. El bolso de Antonio tampoco conseguía relajarse. Ella sí. Se apretó la cara con los dedos y se dejó un pellizco colorado. Después fue al dormitorio a buscar los elementos del laboratorio. Abrió el

tanque de revelado y sacó el espiral. Sacó, de adentro de su cartera, una tijera. La guardó en un bolsillo.

Antonio se deslizó en el dormitorio y se quedó parado frente a la puerta abierta del baño. Si ella se daba vuelta, podía ser que lo viera. Antonio no sabía si quería que eso pasara, pero allí estaba: expuesto. Ella sintió un escozor sobre su hombro. Giró la cabeza levemente. Estaba atenta, con los sentidos en alerta. Los ojos muy abiertos. En una mano tenía el tanque, en la otra el espiral y el rollo de fotos. Guardó el rollo en el mismo bolsillo donde estaba la tijera.

Él estaba lo más quieto que le permitía su propio temblor. Lorena se había descalzado. Lorena estaba juntando los objetos del laboratorio. Lorena estaba vuelta de repente, para enfrentarlo. Lorena rodeaba la cama matrimonial hasta detenerse delante de su cuerpo de hombre, dudar un instante y avanzar. Y cruzarlo. Y partir a Antonio en dos, como si su cuerpo fuera de aire, como si fuera del humo de los leños. Él había cerrado los ojos. Dio vuelta la cabeza. Lorena le cerró la puerta del baño en la nariz. Antonio estaba confundido. Dio dos pasos hacia atrás. No había sentido nada especial, y ella lo acababa de pasar por adentro absurdamente, como sucedía en las películas. Miró la puerta cerrada. Y si... Lorena no le dio tiempo a imaginarse nada, porque salió del baño repentinamente.

—Hay demasiada luz —le dijo al aire, o a él.
Abrió el placar. Las perchas colgaban una al lado de la otra, como en una formación militar. Ella sacó

las cosas que había en el suelo —un bolso agujereado, un par de mantas con olor a humedad— y las pasó al estante de arriba. Se metió adentro del placar y se sentó en el lugar donde habían estado las cosas. Dejó la tapa del tanque a su izquierda, el tanque unos centímetros más adelante y el espiral a la derecha, junto a la tijera y el rollo. Tenía las piernas cruzadas. Antonio la vio hacer porque estaba parado justo enfrente. Entonces Lorena sonrió (¿le sonrió?), y le volvió a cerrar la puerta en la cara.

—Acá sí —dijo, desde la oscuridad.

Un dejo de luz habría velado la película; Antonio sabía eso. Él hubiera preferido esperar hasta la noche, en vez de encerrarse en un placar mohoso. Además, la luz ya estaba bajando. Apuntó con la cámara hacia la cama vacía. Corrigió el diafragma. Disparó. Después fue al comedor y tomó fotos del estar y de la cocina. Regresó a la habitación porque le pareció que ella lo estaba llamando. Lorena, adentro del placar, cantaba una canción infantil. Antonio conocía la letra. "La araña chiquitita trepó por el balcón..."

—¿Te acordás? —oyó que ella decía.

—Sí —contestó Antonio.

—"Yino la lluvia y al suelo la tiró..."

—Yo canté esa canción —dijo él.

—"El sol salió, el agua se secó..."

—¿Te la cantaba, linda?

—"Y la araña chiquitita de nuevo se trepó."

Silencio.

—¿Te gusta esa canción? —dijo Antonio. Pero las puertas seguían cerradas. Sintió que esa melodía

tenía el mismo efecto que las fotos sacadas de muy cerca, en las que nadie puede describir algo sin describirlo antes. Y tenía la tristeza de una caja de música. Lorena la volvió a cantar otra vez, antes de abrir la puerta.

Antonio aún estaba ahí. Ella seguía con las piernas encogidas en el espacio estrecho del placar, la espalda pegada contra la pared del costado, el tanque cerrado sobre su regazo. Las prendas colgadas le hacían un techo irregular de telas, como los cielos de los escenarios del teatro. Parecía esperar algo. También él seguía quieto, apenas a un metro del cuerpo de ella. La figura de Antonio no era observable desde la posición de Lorena, pero Antonio sabía que ella no iba a poder verlo desde ninguna posición. Lo que ellos hablaban podía coincidir, pero nunca sería un diálogo, porque las coincidencias estaban regidas por el azar.

Institivamente, como respondiendo a la espera de Lorena, a ese descanso que ella se había tomado adentro del placar, Antonio tocó una percha. Chin chin, hizo, al rozar contra las otras. Lorena alzó la cabeza.

¿La había asustado, le había infundido miedo? No. Ella sonreía. Antonio movió otra percha. Lorena podía ver aquel movimiento, oía el tintineo como de triángulo de orquesta de niños, tanto que Antonio se animó a tocar más. Intentó torpemente interpretar una musiquita, tal vez la de la araña, la canción que Lorena había cantado. Ella tardó unos segundos, pero terminó reconociéndola entre risas.

—“... Trepó por el balcón, vino la lluvia...”

Cantaron formando un dúo: dos soliloquios acompañados. Cantar los una. Les hacía ver lo mismo: las ropas que bailaban vacías entre ruidos de cascabeles. Antonio se acuclilló en el suelo al lado de Lorena. Los brazos de ella eran suaves. Se animó a rozarla. La experiencia del tacto le hizo comprobar lo inevitable: su mano estaba ahí y ella estaba asustada. La vio pararse, hundir su cabeza en la ropa, voltear algunas perchas. La vio salir de un tirón; se hizo a un lado y maldijo por haberse pasado de la raya, por no haber sabido cuán sutil debía ser su aproximación, cuán sencillo ese primer contacto.

Siguió a Lorena. Hubiera querido pedirle disculpas. Ella entró a la cocina hecha un torbellino. Se puso una mano en el pecho: estaba agitada y tenía taquicardia. Con la otra mano apretaba firmemente el tanque de revelado. Antonio se acodó sobre la madera del desayunador. “Soy yo”, le dijo. Lorena abrió la botella de revelador y la inclinó sobre la boca del tanque. Levantó la cabeza. Frunció el entrecejo. Sus ojos miraron primero hacia la nada, después al segundero de su reloj. Agitó circularmente el tanque durante treinta segundos. Esperó treinta segundos más y agitó otros cinco. Así, durante tres minutos y medio. En los instantes de espera miraba hacia el vacío. Una de las veces lo miró, o a Antonio le pareció que lo miraba. Pero los ojos de Lorena estaban ciegos.

La enfocó con su cámara, reguló tiempo y luz. Era ella, o era *casi* ella, porque ella lo habría estado

esperando para amarlo, y esta casi ella no alcanzaba a advertirlo. Apretó el disparador y la vio detener su movimiento, como si supiera que alguien le estaba sacando una foto con la velocidad baja y quisiera no salir movida. "O escuchó el disparo", pensó Antonio. Uno de los dos era una proyección, y él era el que no salta en el espejo. Ella volcaba revelador sobre el embudo, para retornarlo a la botella color caramelo; tapaba la botella; hacía correr agua sobre la boca del tanque ("sin usar detenedor", observó críticamente Antonio); fijaba el rollo; lo enjuagaba; abría el tanque; desenrollaba los negativos. La habría reconocido entre millares de mujeres, la tenía a cincuenta centímetros de su óptica y sin embargo aún no la había encontrado.

La acompañó hasta el baño. Lorena extendió la cinta de negativos ante la luz que estaba sobre el botiquín. El agua se escurría por el desagüe de la pileta. Ella señaló un negativo. Antonio se fijó e hizo que sí con la cabeza, como si la indicación le hubiera sido dada para que opinase, como si ella hubiera estado esperando una opinión suya. ¿Se iba a conformar con la ilusión de completar los actos autistas de la chica? ¿Iba a poder resistir ese desconsuelo? En el negativo que Lorena había señalado aparecía una laguna de agua plateada. El agua reflejaba el cielo. La laguna tenía la forma de una lágrima de grandes dimensiones. Había dos tomas de la misma situación, y Antonio no supo por qué ella había preferido una a la otra.

—¿Qué te parece?—dijo Lorena.

Su voz había perdido el miedo. Ella fijó sus ojos en el espejo.

—¿Y? Quiero que me digas qué te parece...

¿Se dirigía a él, a Antonio? ¿Lo habría visto, por fin? Ella hizo un mohín con la boca que parecía un beso.

—Sé que te va a gustar —completó. Colgó rápidamente la película del barril de la cortina con un broche de ropa que había en el botiquín, y salió apagando la luz.

Antonio se quedó a oscuras con su duda. Lorena le había hablado, sí, aunque no lo había visto ni una vez. Ella *sabía* que él estaba tratando de establecer contacto. Aunque lo hubiera atropellado, antes, y le hubiera traspasado el cuerpo. Antonio sintió un gran calor. ¿Podía pasar a través de la hoja de la puerta, o era necesario abrirla? Tanteó el picaporte; movió la mano. La puerta se entornó. Sin encender la luz, la abrió un poco más. El picaporte, la mesa ratona donde había apoyado su bolso, el portarretratos que había levantado... los objetos le respondían. *Podía* agarrarlos. Sonrió. Sintió el frío del metal del picaporte en su mano cerrada. Abrió la puerta y la cerró, jugando con el vaivén. La sonrisa se le apagó cuando vio la cara de ella.

Lorena se había sentado sobre la cama. Tenía el portarretratos entre las manos. El vidrio estaba partido. La luz del dormitorio, encendida. La vista de Lorena estaba fija en la puerta que se batía sola. Algo imposible, porque la ventana del baño estaba cerrada y no había corriente de aire.

—¿Sos vos?—preguntó.

—Sí—dijo Antonio, sin moverse.

Ella apoyó lentamente el portarretratos sobre la cama. Se paró. Caminó tres pasos resueltos y cerró la puerta del baño con llave. Antonio había quedado adentro y a oscuras. Esperó un rato. Si encendía la luz, la mataba de un susto. Cerró los ojos, cruzó los dedos. Oyó cómo ella se acostaba. Dio un largo paso hacia adelante. No se había chocado con la puerta. Abrió otra vez los ojos. La débil luz del velador recorraba la silueta espanada de Lorena metida en la cama. Había vuelto a apoyar el portarretratos, pero ahora con la foto hacia abajo. Antonio había atravesado la puerta del baño con los ojos cerrados. Y también había podido tocar la madera de la puerta. Y además estaba confundido, angustiado y desencontrado, en ese orden. Había adquirido un estado nuevo, y todavía conservaba parte del viejo estado humano.

Lorena tomó una pastilla para dormir y se tapó con la colcha. Dejó la luz del velador encendida. En la habitación hacía calor. Antonio esperó hasta que la respiración de ella se hiciera más pausada; entonces se acercó a la cabecera de la cama. Lorena tenía los párpados cerrados a una realidad y a un mundo de los que Antonio ya no era parte, contra todo lo que él pudiera desear. Instintivamente se agachó hasta su cara y le dio un beso en la mejilla, muy cerca de la boca. Lorena posó su mano ahí, sonrió levemente y se acurrucó entre las sábanas.

—¿Quién es ella?—se dijo, mirándola en la foto.

Aunque Antonio estaba atiborrado de novedades, una sola lo atormentaba: la identidad de la chica que dormía en la cama matrimonial.

Podía verse, ver su mano apretando el obturador de la cámara, ver sus pies descalzos en la seminuebra de aquel estar. Era un hombre, el de siempre. Pero su cuerpo, para los demás, no era reflejado por la luz. Supuso que por esa razón era invisible para Lorena y para el espejo.

No se trataba solamente de un fenómeno óptico. Lorena tampoco lo había oído hablar. Él era imperceptible para ella, o al menos así parecía por el momento. Antonio repitió "por el momento", saboreando cuidadosamente las palabras.

Se recostó en el sillón y se tapó con una manta. Había apartado leños del fuego, y se había sentido incómodo al acercarse. En el estar hacía más calor que en el dormitorio, lo que ya era mucho decir. Lorena había dejado la puerta abierta, seguramente para que el calor le llegara durante la noche.

Si quería podía entrar y acariciarla, manteniendo los ojos abiertos. Ésta era la otra novedad. Cuando cerraba los ojos no podía asir ningún objeto, y el tacto le desaparecía del cuerpo. Había levantado un tronco mediano; había sentido su rugosidad, su peso; había estado a punto de colocarlo en la fogata del hogar, y un recuerdo vago le hizo cerrar los ojos. El tronco se coló entre sus dedos, cayéndose al piso. En la caída chocó contra unos arizadores de metal que hicieron bastante ruido.

¿Y si ella había escuchado?

Caminó hasta el dormitorio. Lorena dormía profundamente. Se había sacado la polera roja. Se había quitado el corpiño y los pantalones, que estaban húmedos y arrugados en los bajos. Se había tapado con la sábana. Su cámara de fotos estaba apoyada sobre el portarretratos en horizontal. Antonio se acercó hasta tocar la cama.

Lorena se movió: la sábana corrida le descubrió un pecho. La piel de Lorena era como la piel de los duraznos, pensó Antonio, "con ese fino vello". Se acercó más; con el índice de la mano derecha corrió un poco las mantas. El busto de Lorena quedó descubierta en toda su belleza. Antonio apoyó sus dedos en un pezón. La piel de Lorena estaba erizada.

Él cerraba los ojos y su mano la traspasaba con dedos invisibles; los abría y la estaba rozando, y quitaba más sábana y le apergaminaba el vientre liso con sólo tocarlo. La vio arquearse, torcerse, patear las cobijas hasta el suelo liberando las piernas, los piecitos que tanto le gustaron a Antonio. Sobre el

pubis rozó los finos caracoles de sus vellos y la dulzura le cerró los ojos; los dedos se introdujeron en la piel, traspasaron músculos, secreciones y viscosidades, y se detuvieron en lo oscuro sin saber qué hacer. El cuerpo de Lorena sí sabía, e intentaba apresar lo invisible a su manera, con las mucosas envolviendo una tibia nada de aire. Y él otra vez afuera: todo el cuerpo de Lorena en sus ojos abiertos. Todo el olor de ella, desde la boca hasta la punta de los pies; yogurcico en el cuello, acidez debajo de las axilas y en el centro de los pechos, yerba mate en las piernas y... ¡tan salado el mar sobre los caracoles! Antonio aspiró ese mar; cerró los ojos y hundió la cabeza en el agua. Era un agua caliente, extraña. No un agua para que él bebiera.

Lorena soñaba que el barco encallaba sobre su playa, para eso abrió levemente las piernas, por eso acomodó la cadera, metió las manos debajo de la almohada, despegó la espalda de la sábana y se mordió el labio. Antonio la vio. Antonio se moría de desco, pero estaba descubriendo que su deseo era otro, no sexual. Lorena no estaba hecha para su carne.

Se había enterrado de todo por sus dedos. Y cuando había cerrado los ojos porque sí, o porque le dolía mucho entender lo que estaba pasando, los dedos buscaron el alma en ese cuerpo dormido, tal vez su corazón, y el alma estaba tibia como el dormitorio, como la cama, como Antonio.

Sólo uno de los olores le fue familiar; el de la espalda, cuando ella se dio vuelta en la cama. Alguna vez había estrechado una piel así, podía rememorar

aquella fresca como quien se acuerda de una primavera feliz en el campo. Unas vacaciones con primos y caballos.

Lorena emitió un pequeño gemido. Sacó una mano de debajo de la almohada para tocarse un ojo. La lágrima le hizo un camino en la mejilla. La mano quedó perdida a media distancia entre secar la lágrima o volver a guardarse bajo la almohada. Finalmente abrió los dedos, como una flor nocturna. Antonio se recostó en la cama y apretó la mano entre las suyas. Ella siguió llorando, pero ahora con una sonrisa sobre los labios. Se le acomodó más contra el cuerpo; "en ovillito", pensó él. "Como si tuviera cinco años." Antonio supo que tampoco era el hombre que podía darle protección.

¿Para qué estaba?

La tapó con la sábana, apagó el velador y salió del dormitorio. El amor de Lorena, eso que tanto había ansiado, era un sonido lejano diluido en la materia de la noche. Pensó en un lugar donde las sensaciones se superpusieran unas sobre otras, un lugar donde los colores, los ruidos, se encimaran, y todos los gustos fueran el mismo gusto. Un lugar donde la proximidad no existiera, donde la apatencia no pudiera darse y la simultaneidad fuera la única alternativa. Los sentidos estarían confundidos, porque cada cosa taparía a las demás, pensó. Y los amores serían todos iguales. Y por iguales, intercambiables.

Sintió que estaba llegando desde ese triste lugar. Se acordó de Marta y de Victoria. Cuando pensó en Marta sintió deseo; cuando pensó en Vicki sintió

que, si no la vela más, sencillamente iba a morir de pena. Extrañaba a las dos, amaba a las dos, aunque no de igual manera. La idea de amar a todos por igual era desoladora, asfixiante como el humo de los leños.

Había llegado hasta esta casa por amor, ahora bien: ¿por qué tipo de amor?

Antonio estaba llorando como un niño. Junto a un fuego empecinado en achicharrarlo, pero al que iba a aguantar porque Lorena lo pedía, porque ella había dejado la puerta abierta para dormir desnuda y ese fuego en el hogar iba a ser la única opción para abrigarla durante la noche, pensó. Porque Antonio debía de haber dejado el sexo en casa, como le había pedido Marra. "Para no confundirme", pensó. Por una vez, quería entender.

También quiso verse. Se levantó con la premonición. Fue hasta el espejo: allí estaba, ya. Su cara había aparecido. Con el pelo como en la foto de Lorena, pero menos parado; algo de barba, patas de gallo, ojeras, sueño. El espejo era de cuerpo entero; él no. Se rio. Antonio era un bebé en un mundo nuevo, en un sitio donde el fuego ardía por demás, los objetos eran imposibles de agarrar con los ojos cerrados y los espejos no lo devolvían. ¿O sí? Había comprendido algunas cosas, había aprendido que los cambios lo invadirían serenamente, sin revelarse; tan sólo con la duda, con su pena de amor. La sola voluntad lo había puesto de nuevo adentro del espejo. El bolso también se reflejaba, con la ropa salida.

Ahora tendría que ocultarse, pensó, sobre todo por lo que le había ocurrido a sus piernas. Si ella lo vela así, la iba a matar de un susto. Tomó la cámara de la mesa. Se la colgó del cuello. Todos sus pensamientos habían vuelto a converger en Lorena.

Apagó la luz del velador. El fuego hizo una sombra viva de su medio cuerpo sobre la pared. Antonio recogió una sábana y se la anudó en la cintura, a modo de pollera que lo cubrió hasta el piso. Sentía un miedo certero y punzante sobre las vértebras del cuello. Era algo conocido, un hormigueo que se expandía por el tórax y le bajaba por las extremidades hasta la punta de los dedos. ¿Cuándo había sentido un miedo así? ¿Con Marta, con Victoria? Era miedo a perderlo todo. A quedar en evidencia y sin secretos. A no poder volver atrás en una decisión. ¿Para qué iba a seguir ocultándose, ahora que era medianamente visible?

Levantó un candelabro de bronce, lo sopesó en su puño cerrado, lo miró fijamente durante un rato y luego cerró los ojos. El candelabro no había caldo.

Cuando volvió a mirar, la luz estaba encendida. Lorena estaba allí. Tenía el cuerpo tapado por una bata blanca. Seguía descalza, y lo miraba con la boca y los ojos abiertos. Pálida, como untada por la luz de la luna.

Llevaba un papel en la mano.

—¿Papá? —dijo.

Antonio no entendió.

Antonio podía ver la foto de una persona del pasado y saber que había estado viva mientras se la sacaban, aunque la persona ya hubiera dejado de existir. Así le ocurría con una foto de su madre, que había atesorado por años. ¿Dónde estaba ella *ahora*? Alguna gente opinaba que dejarse sacar una foto era cavarse la tumba por anticipado.

“Pero esta foto...”, pensaba Antonio, mientras hacía girar el papel entre sus manos. Era un recorte de periódico. Antonio se había sentado en el diván, lejos del fuego, y se había tapado la pollera improvisada con una manta. Lorena estaba sentada en una silla. Le había dado ese papel como toda explicación, y le había dado también un nombre que lo posicionaba en un lugar único e invariable, el del padre. Esa indicación lo ponía a resguardo de cualquier otro desecho, y lo hacía avergonzarse de haberla acariciado.

En la foto había un hombre muerto, o casi muerto. A lo lejos se veía un auto en llamas. El hombre era Antonio. ¿Qué hacía entonces allí sentado frente a Lorena?

La fotografía no asociaba fechas con porvenires, pasados con futuros. No tenía compasión por el pesar de Antonio. No decía nada más de lo que daba a ver. En el periódico, él tenía la cabeza quebrada. Se la tocó, para percatarse de que no era cierto. Se buscó, inútilmente, una cicatriz.

—¿Estás segura?

—Sí—dijo Lorena—. ¿No te acordás de nada?

Antonio negó con la cabeza. La foto tenía la definición de los periódicos. Estaba impresa en papel reciclado de un gris casi amarillento; los años la habían vuelto quebradiza y frágil; en el doblez había perdido contraste. Venía acompañada de un epígrafe y una rescña. Antonio había leído con avidez. Reconoció su apellido, aunque el nombre no era el mismo, y se asombró al reconocer al otro pasajero.

—Zopi...

Lorena sintió un escalofrío. Antonio la miró fijamente.

—¿Quién era Zopi?—preguntó.

Ella trató de mostrarse tranquila.

—¿Por qué? ¿Te acordás de él?

Antonio volvió a mirar la foto. Sobre el pavimento de la ruta había un solo cuerpo, el suyo, quemado y quebrado. El auto atrás, apenas reconocible entre el humo, era un manajo retorcido de hierros y vidrio.

—¿Zopi está con vos?—preguntó Lorena.

—Sí—dijo Antonio.

—¿Lo ves?

—Todo el tiempo.

Dobló el recorre y lo apoyó sobre la mesa ratona.

—Aquí dice que me llevaron al hospital. No a mí, sino a alguien que tiene mi mismo apellido pero se llama Adolfo.

—¿No te llamás así?

—Me llamo Antonio.

—Te cambiaron el nombre.

Antonio movía la cabeza despacio, como reafirmando cada cosa de la que se enteraba. No tenía miedo, sólo angustia.

—¿Y me internaron en terapia?

—Sí.—Lorena bajó la vista.

Pasaron un minuto sin hablar.

—¿Y qué más?—dijo él.

—Estaba mamá. Y había mucha gente intentando salvarte la vida.

—¿Y yo?

—Inconsciente.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos días. La habitación estaba repleta de aparatos. Tu cuerpo, lleno de tubos.

Él no le sacaba los ojos de encima.

—¿Y no hablé?

—Nada.

—¿Y los médicos...?

—Qué.

—¿... actuaron bien?

—Eran muy buenos.

—¿Pero hicieron todo lo posible?

Lorena dudó.

—Al principio no estábamos seguras. Mamá reclamó. A las 16.47 te habías ido de este mundo; el médico que te atendía llegó a las 18. No estaba en el hospital. A la semana supimos que habían hecho todo lo posible. Y que ese médico no tenía por qué estar todo el día y toda la noche de guardia, que había suplicancias. Ellos también tienen una vida...
Antonio asintió.

—Al mes, el médico me citó por teléfono. Fui. Hablé hasta desahogarme. Él se mostró amable. La visita me dejó tranquila. Estoy segura de que lo intentaron todo.

—¿Y tuve dolor?

—Parecías estar molesto. Pero hicimos lo posible para que no sufrieras.

—Entiendo.

—¿Te entristece enterarte?

La cara de Antonio cambió.

—¿De que me cuidaron bien? Al contrario...

—No —dijo Lorena—. De los detalles de ese último día.

Antonio anticipó la negación con la cabeza.

—No... Estoy preparado.

Trató de sonreír.

—Un poco tarde, pero preparado.

—Nunca es tarde.

Él sonrió.

—¿Y qué aspecto tenía?

Lorena tardó en contestar.

—¿En el momento de morirte?

—Sí.

Ella pensó.

—Estabas limpio —dijo—. Y te peiné.

—Aunque tuviera el pelo quemado —dijo él, imaginándose el estado—. Aunque tuviera la cabeza partida...

Lorena se sonrojó.

—Bueno, hice como que te peinaba, para que te sintieras bien...

Desde afuera llegaba el rumor del mar, que se mezclaba con el chillido de los murciélagos en el entretecho. Ella empezó a explicar.

—Tus días fueron larguísima, yo te agarré la mano durante muchas horas... Cuando estabas en los últimos minutos, te propuse algo de lo que estoy arrepentida...

Antonio levantó la vista.

—No he podido dormir bien desde entonces...

—Lorena sacó un pañuelo del bolsillo. Estaba nerviosa.

A Antonio le dieron ganas de acariciarle la cabeza.

—¿La pasaste muy mal?

Ella afirmó.

—Primero estaba enojada, después me deprimí. Y después, inmediatamente después, lo negué.

—¿Y tu mamá?

—Se enojó, se deprimió, te recuerda bien. Ella hizo un proceso positivo, aunque a veces todavía se pone triste. Toma pastillas. Mi proceso fue malo. Yo traté de alejarme de vos, porque me dabas miedo.

Antonio apartó la cara.

—¿Quién era Zopi?—preguntó, sin mirarla.

—El periodista que intentaste salvar, y por el que los diarios te catalogaron de héroe. Iba en el asiento de atrás. Murió en la explosión.

—¿Yo lo quise salvar?

—Sí. Por eso te quemaste tanto.

Él se miró los brazos buscando una secuela.

—Ahora parecés recuperado...—observó ella.

—Sí—dijo Antonio—. ¿Llegaste a ver mi cadáver?

Lorena apartó la cara de la conversación.

—No—dijo, terminante—. Te vi solamente mientras estabas vivo, con vendas.

Antonio dio un largo suspiro.

—Zopi no es periodista—dijo.

—¿Y qué es?

—No sé. Trabaja en una oficina. Es el marido de Sara.

—¿Quién es Sara?

—La amiga de Marta.

—¿Y Marta?

—Mi mujer.

Lorena se quedó mirándolo tan fijo que él tuvo ganas de retrairse, aunque solamente atinó a cruzar las manos sobre la manta.

—Tu mujer es Inés; mamá.

Antonio descansó el cuerpo a lo largo del sillón. Eran demasiadas noticias para una sola vez. Lorena, inesperadamente, le pidió que volviera a incorporarse.

—Me hacés acordar al hospital...—dijo.

Cuando él se volvió a sentar, tenía los ojos brillantes.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Tres años.

Para Antonio, el tiempo había sido diferente. Primero pensó que no podía ser, que era un cuento demasiado inexacto. Después llegó a la conclusión de que no podía contradecir a Lorena, porque no recordaba nada. Por otra parte, su relación con Marta parecía de toda la vida.

—¿Y cómo me ubicaste?

—Te ubicó Gus, mi novio—dijo Lorena.

Agregó también que era un noviazgo que estaba empezando, y que Gustavo se había asustado mucho.

—¿Cuándo?

—Cuando te sintió. A vos. En esta casa.

—¿Él estaba aquí cuando vinimos con Zopi?

Lorena se sorprendió.

—No sabía que estuvieras con Zopi. Gustavo sólo registró un movimiento de perchas, como ese que hiciste para mí, y un mensaje.

—¿Mío?

—Sí.

—¿Qué decía?

—Que dejara de pensar en Paula.

—¿Y quién es Paula?

—La novia anterior de Gustavo. Una escritora.

—¿Y vos cómo sabés?

—Porque lo hablamos. Me habla de Paula, a veces...

Lorena se rió.

—Pero ya no tiene importancia —dijo.

—¿No te dan celos?

Lorena levantó los hombros.

—Un poco. Si ella volviera a aparecer en la vida de Gustavo, me imagino que las cosas se complicarían. También me imagino que tendrá que hacer sus últimas maniobras para cerrar convenientemente ese capítulo de su vida y poder empezar uno conmigo... Nadie ha nacido recién como para no tener deudas que pagar.

—*Maniobras*... —repitió Antonio, como molestandose de la palabra—. ¿Y lo asusté mucho?

—Uf. Dejaste tus pisadas en el suelo. Le moviste una copa. Escribiste: "Buh, dejá de pensar en Paula!". —Lorena puso cara de monstruo. Los dos rieron.

—Pobre...

—Ya es hora de que deje de pensar en ésa...

—dijo Lorena—. Así que no tan pobre...

—¿Y qué estaba haciendo aquí, solo?

—Escribiendo una novela de terror. Es escritor.

Antonio echó una carcajada.

—¿Y es bueno?

—Muy bueno.

—¿Y vende? ¿Es famoso?

—Más o menos. Tenía hasta velas prendidas, porque escribe a mano, estilo medieval, y después para lo escrito en la computadora. Me llamó horrorizado...

Antonio siguió riéndose; tosía.

—¿Estás bien, papá? —dijo Lorena.

—Sí. Bueno, ya no puedo morirme otra vez, ¿no?

—Tal vez sí. Ojo.

—Cierto.

Lorena se paró como para buscar algo, pero se volvió a sentar. El teléfono dio un timbrazo.

—Qué hora de llamar... ¿No son más de las tres?

—Las tres y media —dijo ella—. Debe ser Gus.

Dejó que se conectara el contestador.

—Hola, amor, quería saber si estabas bien, me

quedé muy preocupado y...

Antonio siguió riéndose.

—¡Arendelo! —gritó.

Lorena se había contagiado la risa.

—... y llamame, porfa. Tené en cuenta que si no hay novedades, dentro de un rato estoy saliendo para allá...

Lorena levantó el tubo.

—Ah... —sintió, del otro lado de la línea. A sus preguntas, ella contestaba "sí, sí, bueno". Su voz era tranquilizadora.

—Te llamo a media mañana. Sí, Gus. Probablemente esté regresando al mediodía.

Se puso seria.

—Aquí no hay nadie —dijo—. Cuando llegue, te cuento.

Después escuchó algo que la hizo volver a la risa.

—Adiós, un besito —cortó.

Antonio se había quedado con la boca abierta.

—Le mentiste... ¿Cómo que aquí no hay nadie?

¿Y yo?

Lorena seguía tentada.

—Si le llevo a decir que estás de visita, se desmaya.

—¿Y qué te hizo reír tanto?

—Adiviná qué me pidió.

Antonio pensó.

—No se me ocurre...

—Que, si te veía, te dijera que ya no le va a hablar más a Paula...

Volvieron a reírse. El viento chiflaba entre las ranuras de las ventanas. El fuego tembló.

—¿En serio estás con Zopi?

—Nos hicimos amigos. Es un buen tipo, y me parece que sabe que está muerto.

—Tuvo tiempo de darse cuenta, adentro del auto en llamas...

—Tal vez. Pero yo también lo tuve, si sobreviví dos días en el hospital. Sin embargo...

Lorena trató de entender.

—¿Y por qué decís que él sabe?

—Por la actitud. Porque me llevó hasta vos cuando eras una nena, confiando en que yo lo iba a tomar bien. Sin miedo.

—¿Y qué hiciste?

—Te saqué fotos como loco. Zopi también aceptó a su mujer y a sus hijos; me da la impresión de que se ha adaptado.

Lorena esperó un rato.

—¿Y vos no querés a Marra?

Antonio cabeceó afirmativamente, como si lo dudara un poco. Lorena cambió la pregunta por otra:

—¿Y ella sabe?

Antonio pensó en el comentario del sexo, el que Marra le había hecho al despedirse. Sintió una ternura inmensa, montada entre las dos realidades.

—Tal vez nos esté escuchando ahora —dijo.

—Eso no contesta mi pregunta.

—Sí, seguro que sí —dijo él. Y después agregó, decepcionado—: Todos ellos, de alguna manera, han aceptado la otra vida.

Lorena se secó una lágrima.

—Capaz que ellos no tienen nada por qué volver...

—Puede ser.

Lorena insistió:

—Capaz que ellos no tienen deudas para pagar —dijo.

Antonio dejó que su mirada se perdiera, como si no pudiera enfocar. Luego preguntó:

—Tiene que ver con lo que me propusiste a último momento en el hospital, ¿no?

Ella afirmó escuetamente con la cabeza.

—¿Tengo una deuda?

Ella volvió a afirmar.

—¿Con la vida?

—Conmigo —dijo Lorena.

Antonio trató de pensar. Afuera se estaba formando una tormenta.

—Me imagino qué es —dijo, al fin.

Lorena sonrió.

—Contame más de Marra —dijo.

Él prefería no salirse de la conversación, sin embargo frunció la boca, levantó las cejas y le contestó.

—Para ser una mujer sustituta, es muy linda.

—¡Sustituta, papá!

—Bueno, eso parece. No recuerdo haberla elegido.

—Contame más. ¿Te quiere?

Antonio se ruborizó.

—No le digas a mamá.

—Prometido.

—Sí—dijo.

Lorena sonrió otra vez.

—¿Y es linda?

Antonio no sabía qué contestarle.

—Debe ser como mamá...—dijo, al fin—.

¡Mamá es linda?

—Sí—dijo Lorena—. ¿No te acordás de mamá?

—No sé—dijo él.

—Ni de mí...

—De vos sí. Por vos estoy acá. Y a tu mamá la empiezo a recordar...

—¿Ahora?

—Ahora.

Él comenzó a llorar lentamente. Las lágrimas le mojaron la manza.

—Tomá—Lorena le alcanzó un pañuelo.

—Gracias... ¿Inés?

—¡Muy bien!

Antonio se concentró.

—Inés está llorando frente a la foto del portarretratos, y le ha puesto una rosita... Yo le estoy acariciando la cabeza sin que ella lo advierta, acaba de llegar del entierro y se ha tomado una pastilla... La veo... Es tan hermosa...

—¿Qué ropa lleva puesta?

Antonio cerró los ojos.

—Un saco de lana azul y una pollera negra, larga hasta los pies. El saco no es de ella, lo lleva sobre los hombros. Le queda grande, como si se lo hubieran prestado por el frío...

Lorena no se acordaba.

—Estoy viendo más cosas...—dijo Antonio.

—¿Cuáles?

—Inés, el día en que vos naciste; la alegría que tenía. Me acuerdo también de un entierro celeste que a ella le gustaba llevar cuando éramos novios en Rosario, y paseábamos por la orilla del río...

—Contame más.

—Me estoy acordando...

—¿Sí?

—Esperá.

—Contame más.

Antonio abrió los ojos.

—Me acuerdo de un baile, y del día que se escapó Peluche.

—¿Quién?

—El perro de mamá. Un fox terrier marrón... Me acuerdo que ella no lo encontró y dijo que Peluche se le había desprendido de la vida...

—¿Dijo eso?

—Textual. Como si el acto de dejarla la hubiera lastimado. "Desprendido", dijo.

—¿No será demasiado poético para mamá?

Antonio levantó los hombros.

—¿Qué? ¿Te extraña? Mamá escribía poemas...

—Mirá de lo que me estoy enterando...

—Claro.

—¿Te acordás de alguna?

—No.

Por un rato dejaron de hablar.

—¿Hay más gente con vos? —preguntó ella, repentinamente.

Antonio afirmó. Le devolvió el pañuelo, que cayó sobre el regazo de Lorena.

—Estaré lleno de gente. Está Victoria.

—¿Quién es Victoria?

Antonio tardó en contestar. La miró y le pareció que ella lo adivinaba.

—La hija de Zopi —mintió.

Otra vez volvieron a callarse. Él cuidó que la mancha le tapara bien las piernas.

Al final, Lorena se decidió.

—¿Y? ¿Cómo es?

Antonio sabía de lo que le estaba hablando, pero igual preguntó:

—¿La muerte?

—Sí.

Antonio levantó las cejas.

—Hasta ahora, igual. Te lo ponen todo así, para que sea igual.

—¿Idéntico?

—El francés la mató.

—Vivimos en un departamento que arregló Mirta... —dijo—. Me llaman Antonio, Mancojo un Va-

liant gris.

—El mismo que manejabas acá —dijo Lorena.

—Salgo a una calle llena de gente, que también es Buenos Aires. Ah, no hay Coca-Cola. Eso es un problema...

—¿Y qué hay?

—Bidi. Un saco.

—Qué horror, la muerte...

—Sí. Que no haya Coca es un detalle espantoso.

Antonio miró las paredes de la casa y las colchas.

—Esta casa, por ejemplo, es la misma en la que estuvimos con Zopi. Exacta.

Siguió observando las paredes hasta que detuvo

la vista en Lorena. De nuevo se le llenaron los ojos de lágrimas. Su ligereza le había dado rabia.

—No es cierto; falta.

Se mordió el labio.

—Falta lo principal —agregó.

Ella le hizo una sonrisa.

—Nosotras también te extrañamos mucho

—dijo.

Hablaba con el llanto retenido en las gargantas.

—Mamá y yo —completó.

El tonoó otra vez.

—Decile a mamá que no se preocupe —dijo—.

Que cuando encuentre a Peluche de aquel lado, lo voy a cuidar mucho.

—Lo importante es que alguien te quiera...

—dijo Lorena.

—Hacen lo imposible... —dijo él.

—Dejaba, ¿eh?

—Sí.

—¿Prometidos?

—Prometido. Aunque no deberíamos hacernos más promesas...

Lorena sintió frío en la espalda.

—Ya está —dijo él, resignado—. Ya entendí todo.

—Yo también —dijo Lorena, y sintió que un aire beatífico le inundaba los pulmones.

—Ahora sé por qué sueño con fuego... —agregó él. Sus ojos se cruzaron en una sola mirada larga, cómoda, que habían decidido guardar entre ellos hasta que amaneciera.

—Dentro de una hora sale el sol... —Lorena dejó el reloj y el pañuelo sobre la mesa ratona. Antonio agarró el pañuelo.

—Está empapado —dijo—. ¿Para qué querés que salga el sol?

—Para sacarte una foto.

Antonio se alegró repentinamente.

—Yo también quiero sacarte una.

—Vos podés sacarla ahora —agregó ella—. ¿O te olvidarte el flash?

—Lo traje —dijo Antonio—. Sos vos la que no tiene.

—Gustavo me regaló uno en el último cumpleaños.

—¿Nikon? ¿Canon?

—Minolta.

—Ese muchacho no te conviene —dijo—. ¡Podía haberte regalado algo mejor! Avisame cuando quieras que lo asuste.

—Nunca, papá.

La voz de Antonio volvió a quebrarse cuando dijo "bueno". Ella ya no podía hablar. Siguieron mirándose hasta que el día entró en la habitación. Las nubes de tormenta se hablan ido con la noche.

—Traje una foto de mamá —dijo Lorena, y agregó—: ¿Querés verla?

—Prefiero recordarla —dijo Antonio.

Lorena igualmente fue hasta el cuarto. De la bolsita de terciopelo sacó los aros de plástico y el collar. Se los probó frente al espejo del baño. Puso caras de foto. Después volvió a parar el portarretratos partido y se pasó la correa de la cámara por el cuello. Hizo todo rápido, por temor a que él se fuera. Llegó corriendo. Antonio la estaba esperando de pie.

—¿Vas a sacarte esa pollera ridícula, sí o no?

—Tengo frío —dijo él.

—Si hace un calor bárbaro.

—Bueno, no es el frío. Es que no tengo pantalones. Ni calzoncillos.

Ella puso cara de asombro.

—Como oís —le aseguró Antonio—. Los pantalones y los calzoncillos no se materializaron... No sé qué pudo haber pasado.

—¿Y no trajiste otros?

Antonio se quedó mirándola.

—Sabés cómo es papá de descuidado... —afirmó.

Se acercaron a la ventana. A esa primera luz le faltaba intensidad para que salieran buenas fotos.

—Vos primero —dijo Lorena.

—No, vos. Qué feo flash.

- A mí me encanta.
 —Si quieres, te dejo sacar con el mío.
 —No, porque no es de este mundo.
 —Si esperamos unos minutos más, bastará con la luz de afuera.
 —No estoy segura, y quiero usar mi flash. Sonrei de una vez.
 —Vos primera, dije. Soy tu padre. ¡Whisky!
 Antonio levantó la cámara y Lorena sacó la lengua.
 —Siempre arruinándome las fotos. Ya de chiquita.
 —Y vos siempre huyéndole al flash.
 —¿Y qué?
 —Que no vale.
 Las cámaras subían y bajaban de las caras.
 —¿Te estás ocultando? Dejame hacer una, a ver...
 —¿Tengo cara de muerto?
 —¡Hablaste justo! No, no tenés. ¡Yo tengo cara de viva!
 —Tampoco. Te saco. ¡Alzaste la cámara!
 —Porque tardaste un siglo.
 —No estabas en foco...
 —Vos tampoco. No importa.
 —¿No importa estar en foco? Ese escritor te está pervirtiendo...
 —Si no te gusta, volvete con nosotras...
 —No puedo, Lore.
 —Ya sé.
 —¿Me hacés una sonrisa?
 —¿Así?
 —Eso es una mucca.

- Es mi sonrisa de las siete de la mañana.
 —¿Ya son las siete?
 —¿Te tenés que ir, papá?
 Las cámaras les ocultaban las caras. Ninguno de los dos quería mostrarle al otro que estaba llorando.
 —Con la cámara en la cara podés ser vos o cualquier chica —dijo Antonio.
 —Es que no nos ponemos de acuerdo en quién saca primero. ¿Te tenés que ir?
 —Sí.
 Dispararon sin parar hasta acabar los rollos.
 Cuando bajaron las cámaras, los rostros de los dos estaban empapados.
 —¿Cuándo?
 Antonio no quiso contestar, pero dijo:
 —Ahora.
 El rollo de Lorena se rebobinó automáticamente; él lo hizo con una manivela. Abrieron las máquinas al mismo tiempo, sacaron los chasis y las volvieron a cerrar. Lorena se guardó el rollo en un bolsillo; él lo retuvo en el puño. Ella se acercó. Las cámaras chocaron en el abrazo. Él sentía que se iba. Le pidió que lo dejara solo.
 —Por los pantalones —dijo.
 Se dieron un beso.
 Lorena salió de la casa. Empezó a bajar las escaleras que daban a la playa y, en un momento, dio vuelta la cabeza. No era que lo quisiera espiar, pero tuvo ganas de verlo por última vez.
 Antonio se había sacado la sábana que le hacía de pollera. No tenía piernas. Antonio era visible sólo

en su mitad superior. Él también volteó la cabeza para verla, tal vez sintiendo la mirada de ella, o simplemente para guardar ese último recuerdo. Vio que Lorena tenía la vista fija en su ausencia. Ruborizado, atinó a mirarse lo invisible y se alzó de hombros, como diciéndole "hice lo que pude".

—Tenes un padre incompleto.

La cabeza de Lorena estaba a punto de desaparecer bajo el césped de la barranca. La escena, lejos de asustarla, la había enternecido.

Su padre le sonrió por última vez y se desvaneció en el aire de la mañana.

"¿Quién es?", parecía querer preguntar Luna, mientras lo miraba dormir la siesta en el sillón.

"¿Quién es para estar tirado a pata suelta, para abrazar a tu mamá, para entrar y salir a cualquier hora con su llave?"

¿Quién es para quedarse toda la noche escribiendo sin que nadie le diga nada; quién para abrir la heladera cuando se le antoja y comerse todos mis quesos Adler de salame; quién para cantar cuando se baña, a los gritos, adentro de nuestra bañadera?"

—Mi amor —contestaba Lorena

"¿Y quién es para estar adentro del televisor?"

Luna también miraba, embobada, la pantalla. Gustavo estaba allí, en un programa de literatura, diciendo cosas como "lo natural y lo sobrenatural no son dos clases de sustancias distintas y extrañas, sino una y la misma, que sólo al ingresar en nuestro entendimiento se manifiesta como naturaleza", con cara de saber de qué estaba hablando, pensaba Lorena. Ella tenía el libro entre las manos. El título era *Ectoplasma*, y la tapa era la foto de un hombre fuera de foco.

Lorena había llegado de la casa en la playa y le había contado todo a su madre, a Luna, a Gustavo. Inés lloró de emoción. Luna dio un montón de vueltas por el piso. Gustavo tomó nota.

Inés le preguntó si le había mandado saludos.

—Casi solamente habló de vos —dijo Lorena.

Las preguntas de Gustavo habían sido de otro tipo. Él apuntaba directamente al aspecto: quería saber cómo se veía.

—Bien, ¿por? —dijo ella.

—Dame detalles.

—Normal...

—¿No puede ser!

—¿No se te ocurrirá escribir un libro, no?

—No sé...

—Mejor que ni se te ocurra.

Era la tercera semana que el libro estaba en lista de *best sellers* y parecía inamovible del primer lugar. Gustavo había cambiado levemente la historia: el padre se encontraba con la hija, tenían una conversación emocionante, pagaba así su deuda y después, al final, le devoraba la cabeza de un tarascón. El cuello de Lorena quedaba como una bandera de carne y astillas. Había vendido pilas de ejemplares, y el Centro Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía le había dado el premio al mejor libro de fantasmas local. El lema que los editores habían inventado era: "Una historia *casi* real".

Gustavo repetía en los reportajes que el milagro había sido haberto escrito, y que salvo por el final *gore* —sobre el que sus lectores de la primera hora

opinaban que era lo mejor del libro—, él sentía que alguien, una presencia sobrenatural, se lo había dictado. Que *Ectoplasma* viniera sin el capítulo trece fanatizó a los licenciados en marketing, a los que la idea les había gustado aún más que el libro. Los editores tuvieron sus reservas, aunque coincidieron en que podía ser un "detallito", algo simpático que tal vez fuera bienvenido por el público. Pero resultó ser un dolor de cabeza: la gente devolvía sus libros argumentando que estaban fallados. La historia se entendía igual, pero traía un capítulo de menos. Después de tres mil reclamos, la casa editorial decidió normalizar el asunto para evitar nuevos problemas.

—¿Fui una especie de mensajero? —le había preguntado Gustavo.

—Un médium —dijo Lorena.

—Entonces tengo derecho a escribirlo.

Las cosas, desde ese momento, fueron cada vez mejor. Inés estaba radiante, y se llevaba de maravillas con su yerno. Lorena se sentía plena, adulta, nueva. Todo su pasado de nena había terminado. Ahora tenía que preocuparse solamente por estar bien.

En un sueño, la noche siguiente a relatarles la conversación, había vuelto a ver a su padre. Él le decía que la amaba, pero que ahora iba a ocuparse de su realidad.

—¿Volviste a casa?

—Sí.

—¿Y?

—Me recibieron con una fiesta. Zopi, Sara, Marta y Vicki. Dejé la valija en el suelo. Había chips

y kiwis; había guirnaldas que iban de lado a lado del departamento. Vimos diapositivas de un viaje de egresados a Cuba de un colegio irlandés, de 1972.

—¿Quién era Vicki?

—Mi nena de acá.

Lorena se sintió aliviada. Su padre era feliz.

El único que seguía con problemas era el escritor. Ahora era respetado y sus libros anteriores comenzaban a insertarse en el mercado. Un conocido crítico había dicho de *El espíritu del laboratorio* que era un libro excelso. Ahora ganaba becas, le hacían traducciones, prensa. Y la editorial le daba libertad para que escribiera lo que quisiera, aunque se fuera del target juvenil.

Sin embargo, Gustavo rezongaba por las rincónes. Sentía angustia, algo existencial. Lorena supuso que un escritor sería siempre insaciable en sus fobias. Luna se fue a sentar encima de sus piernas, para que le rascara la cabeza.

—Mirá si ahora la fama se me instala, dejo de conocerme y de conocerlas a ustedes, me confundo, me vuelvo un tipo hostil, engreído, y me mando a mudar. Mirá si me pasa.

Lorena se rela.

—Mirá si no sé llevar una fama y una familia, que son dos actividades incompatibles. ¡No sabés lo inestable que puede llegar a ser el trabajo de un escritor!

—¿Y de qué tenés miedo?

—De eso. De que me tare. Mirá si no se me ocurre ninguna otra historia en la vida. Hay gente a la

que le pasó. Escritores famosos que dejaron porque ya no *velan* nada más.

—¿Qué decís...

—Yo que vos, tendrías miedo. Miedo al futuro.

—No.

—¿No?

—No tengo miedo.

—¿Por?

Lorena se acercó para darle un beso. Inés entró al cuarto con una bandeja de scones. Luna se relamió. "Nada como un escón para alejar fantasmas", pensó Lorena.

—Porque no.

Se llevó un escón a la boca y agregó:

—Porque yo te conozco.

Agradecimientos

A la diseñadora gráfica Lorena Boldt, por la anécdota disparadora. A los arquitectos Luciano Jáuregui y Vale Vilar, por el episodio de las diapositivas. A Hebe del Puerto, por prestarme su casa en La Pedrera, Uruguay, en la que transcurrió y fue escrita esta novela. Al arquitecto Rubén Zoppi, por aportación de apellido.

A las escritoras Josefina Scelantó y Mori Ponsowky, por la atenta lectura y minuciosas correcciones. Al escritor y cineasta Edgardo González Amer y a las arquitectas Viviana Miglioli y Patricia Ons, por sus valiosos comentarios.

A Roland Barthes, por *La cámara lúcida*, a Arthur Schopenhauer, por *Ensayo sobre las visiones de fantasmas*, y a Edgardo Cozarinsky, Rosa Montero y Juan Cruz, por el premio.
¡Chapeau!